



Deliciosa *amnesia*

UN ROMANCE CAPAZ DE SUPERARLO TODO

Emilia V.

DELICIOSA AMNESIA

UN ROMANCE CAPAZ DE SUPERARLO TODO

EMILIA V.

Título: Deliciosa Amnesia Copyright © edición 2021 Emilia V.

Registro de la Propiedad Intelectual Tercera Edición 2021

Imagen de portada utilizada con licencia Depositphotos™

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta que, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.*

ÍNDICE

1. Evan
2. Audrey
3. Evan
4. Audrey
5. Evan
6. Audrey
7. Evan
8. Audrey
9. Evan
10. Audrey
11. Evan
12. Evan
13. Audrey
14. Evan
15. Audrey
16. Evan
17. Evan
18. Audrey
19. Evan
20. Audrey
21. Evan
22. Audrey
23. Evan
24. Audrey
25. Evan
26. Audrey
27. Evan
28. Audrey
29. Evan
30. Audrey
31. Audrey
32. Evan
33. Audrey
- Epílogo

Capítulo 1

EVAN

—Voy en camino —dije, tenía ambas manos en el volante y la pieza del Bluetooth en mi oído.

—Date prisa, por favor —contestó mi padre en voz baja—. Algo no está bien, Evan. Hay una mala... —Se interrumpió—. Y no se... —Papá se quedó completamente callado, quité las manos del volante y me estiré en el asiento.

—¿Papá? ¿Papá, hola? ¿Puedes oírme?

Pero ya no estaba. Y yo, me encontraba atrapado en un ferry camino a Nantucket sin nada más que preocupación por esa llamada. Eso no era propio de él. Mi padre era una roca. Mentira, ni siquiera era una roca, era acero. El hombre me había criado, por el amor de Dios. En toda mi vida nunca me había pedido ayuda, y ahora, el día que me pide ir a conocer a mi nueva madrastra y hermanastra, me hacía esa llamada ¿Sonaba asustado? ¿Dónde estaba su rudeza habitual?

Saqué el auricular de mi oreja, lo que hizo que me picara instantáneamente.

—Ahhhhh —grité frustrado, y lo arrojé al asiento del pasajero de mi Audi.

Abrí la puerta y salí del auto para buscar a alguien que me explicara qué diablos estaba pasando.

Un tipo con un uniforme de marinero cursi se paseaba entre los demás vehículos, observando y anotando las matrículas en un portapapeles y sonriendo a la gente sentada dentro de ellos.

—¡Hey, tú! —grité. Varias cabezas se voltearon hacia mí. El marinero también levantó la vista—. Sí, tú, ¿cuánto falta para que esto termine?

—Quedan quince minutos de viaje, señor.

—Quince minutos —Saque mi billetera y se la meneé como si fuera una delicia—. Que sean cinco y te daré mil dólares.

El hombre volteó los ojos de tal manera que solo se veía lo blanco de ellos.

—¿Señor? ¿Tartamudeé?

—No, señor, pero me temo que no puedo cambiar el rumbo ni la velocidad del ferry. Está en nuestra página web, señor. El viaje dura dos horas y quince minutos, en total.

—Dos mil dólares —le contesté igualmente, y saqué algunos billetes para probar que hablaba en serio.

La suave brisa, el olor del océano, la hermosa vista del día en este verano, todo se me escapaba.

—Señor, no puedo hacer que el ferry vaya más rápido. Tendrá que esperar —dijo el hombre.

Bueno, esa era la primera vez que me rechazaban una oferta así. Había sido rico la mayor parte de mi vida, y alcancé a serlo mucho más trabajando en tecnología y bienes raíces, después de dejar la casa de mi papá. Según mi experiencia, el dinero lo compraba todo, incluyendo viajes más cortos a través del océano.

Me senté de nuevo en mi auto, refunfuñando en voz baja. A pesar de todo, alcancé mi móvil nuevamente y llamé al teléfono de mi padre. No contestó. Probé llamar al teléfono fijo después, apretando los dientes a través del incesante zumbido.

—Vamos —murmuré—. Contesta, papá.

La culpa me envolvió.

Había estado lejos de él últimamente. Lo había dejado esperando muchas veces. Incluso venir a conocer a su nueva esposa e hija esta semana había sido una tarea casi imposible para mí, y ahora esto estaba sucediendo.

Finalmente, el ferry atracó, y me dirigí hacia la larga calle que se unía con Cliff Road y terminaba en dirección a North Shore. O al menos, la parte de North Shore donde estaba ubicada su mansión.

Sentía la tensión acumularse y recorrer mi columna vertebral. Esto no era normal. Estaba en peligro.

Tranquilo, imbécil. Él está bien.

Mi padre no tenía ningún enemigo. No era como yo, en ese aspecto. No había ninguna razón para que estuviera en peligro.

Mis manos sudaban al volante, mi pie presionaba impaciente el acelerador. Me gustaba tener el control todo y no esperaba a que nadie más hiciera algo. Estaba en mis manos, y así era como me manejaba.

Me acerqué al camino de entrada de la mansión, y me incliné hacia adelante. Mi mirada viajó desde el camino hacia el cielo, una y otra vez. Sentí un vacío en mi estómago al ver la columna de humo negro que se elevaba en la distancia.

No. No puede ser. ¡Carajo!

Hundí el pie en el acelerador, resbalando en el camino que conducía a la casa. Luces parpadeantes aparecieron en mi espejo retrovisor y un camión de bomberos se acercaba detrás de mí. Aceleré mucho más y atravesé con el Audi las rejas de entrada a la propiedad. La mansión estaba al final de un largo camino de grava.

El fuego vivo serpenteaba desde las ventanas abiertas en el último piso. La casa de la piscina a la izquierda ya estaba envuelta en llamas. La puerta principal estaba abierta a lo alto de los enormes escalones de piedra, pero no había nadie de pie fuera de ella. No veía a mi padre en ninguna parte, no estaba afuera con su nueva esposa a su lado.

Apenas había frenado cuando mi mano ya había soltado el cinturón de seguridad y con la otra abrí la puerta. Salté y corrí hacia la entrada principal. Detrás de mí podía escuchar el chirrido de las llantas del camión de bomberos y los gritos. El humo que salía del pasillo, me asfixió.

Me arranqué la camisa. Me la até alrededor de la nariz y la boca, y luego entré.

—¡Papá! Papá, ¿dónde estás?

Mis ojos ardían, no podía ver. Me arrodillé y me arrastré hacia la habitación más cercana, tosiendo, balbuceando y llamando a mi padre.

Una figura apareció en la alfombra grisácea delante de mí. Una mano delicada con los dedos enroscados contra la palma, uñas pintadas de rosa pálido. La imagen me llamó la atención. Era una mujer. ¿Quién era? ¿Qué hacía ella aquí?

Mi hermanastra.

Me arrastré hasta ella, con la garganta seca, tosiendo y agarré uno de sus brazos levantándola con cuidado. Tenía que sacarla de ahí. No podía seguir con el plan de arrastrarme y buscar a mi padre. Si pude encontrarla a ella, los bomberos encontrarían a mi padre y a mi nueva madrastra también.

Una gran grieta resonó sobre mí.

¡Muévete! Antes de que todo el techo se derrumbe sobre tu cabeza.

Ella era ligera en mis brazos a pesar de su cojera. Corrí a través del humo hacia el vestíbulo de entrada y un estruendoso choque, seguido de una ola de calor, me persiguió, pero no me detuve a mirar atrás, no me atreví.

Alcancé los escalones de piedra de la entrada, agarrando a la mujer en mis brazos. Tosí bajando cada uno de ellos y me detuve en el camino de grava junto a mi auto. Los bomberos pasaron corriendo frente a mí y entraron en la mansión. Sonaban gritos. Desenrollaron una gruesa manguera del camión y una ambulancia se apresuró a subir por el camino.

La mujer aún estaba inconsciente. Me agaché y la puse sobre la grava tan suavemente como pude, y luego me arranqué la camiseta de la cara. Mi visión era borrosa, salían lágrimas involuntarias de mis ojos. Tosí, parpadeé, me limpié la cara. Finalmente, me aclaré un poco, y mi mirada se posó sobre ella.

Mi corazón se detuvo por un instante.

El mundo que me rodeaba se ralentizó, casi desapareció por completo, y durante un milisegundo no había fuego, ni peligro, no pensé en mi padre, ni escuchaba las sirenas ni los hombres gritando. Solo estaba ella. Era perfecta.

Coloqué sus brazos suavemente a los costados, su pecho subía y bajaba lentamente. Era curvilínea, perfectamente proporcionada, con una expresión en su rostro que era verdaderamente pacífica, incluso a través de las manchas de hollín.

Una sensación extraña se apoderó de mi pecho, tenía la creciente necesidad de protegerla de las llamas, del humo, de cualquier peligro. Me puse un puño en el pecho, tratando de deshacerme de ese sentimiento.

¿Quién eres?

—¡Hey! —El grito rompió el hechizo.

Levanté la vista y un bombero venía hacia mí, despejando el humo con sus manos.

—Oye, ¿estás bien? ¿En qué diablos estabas pensando? No puedes entrar a... —Se detuvo cuando vio a la mujer.

Me dolía muchísimo la garganta, pero la aclaré para hablar, al menos lo intenté.

—Mi padre —dije con voz ronca—. Mi padre y su esposa están en el edificio. Tienen que sacarlos.

—Nos encargaremos de ello —dijo el tipo de uniforme, y luego miró hacia atrás por encima del hombro—. Aquí vienen los médicos. Quédate aquí mismo y no la muevas.

—No me digas —le contesté, tosiendo en mi puño.

No podía moverme, mucho menos a ella. Dios, había inhalado tanto humo y gastado toda mi energía, pero quería volver corriendo a esa mansión y buscar a mi padre. ¿Cómo diablos pasó esto?

Miré a la mujer aún inconsciente. ¿Cómo se llamaba? Mi padre me lo había dicho, pero yo era pésimo a la hora de recordar fechas y nombres. Addy, Audrey o algo así. Me sonó una alarma en el cerebro cuando la miré fijamente. Ella sabía lo que había pasado. Tenía que saberlo.

Un par de médicos corrieron hacia nosotros, con una camilla. La bajaron y se pusieron a trabajar en ella, revisándole el pulso, levantándola, atándola. Otro corrió hacia mí y se agachó, agarrando una pequeña linterna con la mano.

—Señor, ¿puede oírme?

—No, el humo ha tapado mis oídos.

La confusión se apoderó de la expresión del paramédico.

—Por supuesto, puedo oírte. ¿Adónde la llevas? —pregunté, poniéndome de pie.

—Al hospital.

Por supuesto. Pregunta estúpida. Pero yo actuaba extrañamente protector al pensar que se la llevarían. Mi hermanastra. Papá. ¿Dónde diablos está papá? Miré hacia la mansión, dudando entre seguir a la ambulancia hasta el hospital o quedarme esperando que sacaran a mi padre.

El fuego saltó de las ventanas del último piso cubriendo los alféizares y los aleros. Se escuchó un crujido resonante, y dos bomberos salieron corriendo de la casa, con las manos vacías, saltaron del porche y cayeron al césped.

El crujido se convirtió en una enorme grieta, y el lado izquierdo del techo, justo encima de donde había encontrado a mi nueva hermanastra, se derrumbó, escupiendo chispas y motas de hollín. Las llamas rugieron y los hombres abrieron la manguera, descargando el agua sobre la casa.

—Cristo —murmuré, llevando mis manos a la cabeza y agarrando puños de mi cabello—. Esto no puede estar pasando —Caminé hacia adelante—. ¡Papá!

Una mano salió disparada y aterrizó en mi pecho, impidiéndome correr hacia la ruina ardiente por segunda vez.

—Whoa. Tranquilo amigo —dijo una voz masculina.

La casa era un desastre. No había forma de entrar sin una muerte segura. Me volteé hacia el bombero que estaba a mi lado y lo agarré por los hombros.

—¿Dónde están? —gruñí—. ¿Dónde está mi padre? ¿Dónde está su esposa?

—Señor, tiene que calmarse —contestó el tipo.

—¿Dónde?

Pero el grito de la sirena de la ambulancia me interrumpió. Me giré hacia ella, mirando como cerraban las puertas a bofetadas, mientras los médicos saltaban adentro.

No había nada que pudiera hacer aquí. Y existía la posibilidad de que mi hermanastra supiera dónde estaba mi padre; tal vez se había ido de la casa antes de que comenzara el incendio. Trató de llamar a la policía. Eso explicaría por qué la ambulancia había llegado a tiempo. Era una falsa esperanza.

Apreté los dientes, luchando conmigo mismo por sentir esto, por sentirme atraído a seguirla a pesar de mis instintos de quedarme y buscar de nuevo en la casa en llamas, aunque eso significara poner mi vida en riesgo.

Un nuevo crujido resonó en el lugar y otra sección del techo se derrumbó.

Rápidamente, me separé del bombero y del segundo médico que trató de acercarse a mí, y corrí hacia mi auto. Si alguien sabía lo que había pasado, sería ella.

Capítulo 2

AUDREY

¡Dame tu corazón!

¡Dámelo! ¿Dónde estás?

La voz resonaba en la oscuridad que me rodeaba.

Te arrepentirás si no lo haces, ¿entiendes? Lo lamentarás por el resto de tu corta vida.

Abrí mis ojos y parpadeé ante la luz del sol, luego los entrecerré. Estaba en una cama de hospital con sábanas blancas limpias. Levanté mis manos y vi que estaban completamente cubiertas de hollín, además, me dolía la garganta y los pulmones.

¿Por qué estoy aquí?

El pensamiento se me vino a la cabeza, y me hizo estremecer.

No podía recordarlo. En pánico, examiné la habitación con mi mirada, viajando hacia la ventana con sus cristales limpios que ofrecían la vista de un estacionamiento y un árbol a un lado de él. Mi mirada regresó desde esa vista de nuevo a la habitación y luego a la cama. ¿Qué demonios...?

Un hombre increíblemente guapo estaba dormido a mi lado apoyado en la silla, con la cabeza inclinada hacia un lado dejando al descubierto un cuello grueso y una fuerte línea de la mandíbula, recubierta de una delgada y definida barba. El cabello corto y de castaño oscuro adornaba su cabeza, y sus labios se movían levemente mientras dormía. Me resultaba familiar.

¿De dónde te conozco?

Escudriñé mi mente, entre el miedo y la confusión que tenía por estar en ese lugar. No había nada, nada que explicara por qué yo estaba ahí, en esa cama, con él sentado a mi lado como una especie de perro guardián.

¡Evan! Es el hijo del marido de mamá.

Había un oscuro recuerdo de la vez que conocí a mi nuevo padrastro en la casa de mi mamá en Manhattan, en donde él me mostró una fotografía de Evan. Aunque era más joven en la imagen. ¿Era mi hermanastro? El tipo era tan guapo como un Adonis, pero eso no explicaba por qué estaba aquí.

De repente un dolor de cabeza palpitante brotó entre mis ojos. Apreté mis párpados y exhalé.

¡Piensa! ¿Por qué estás aquí? ¿Dónde estás?

Un gruñido, seguido un chirrido del sillón a mi lado me hizo abrir los ojos nuevamente.

Evan estaba despierto, sus ojos eran de un azul cristalino y estaban fijos en mí.

—Hola —dijo, en un estruendo gutural que me habría hecho sentir un hormigueo, si no estuviera completamente asustada por todo lo que estaba sucediendo en ese momento.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunté inmediatamente.

—Audrey, ¿verdad?

—Sí.

Eso era todo lo que podía recordar. Que yo era Audrey. Que había tenido un laboratorio de chocolate durante mi infancia. Que mi madre había trabajado duro para mantenerme y darme una buena educación. Recordaba que una vez había comido conchas de tacos directamente de la caja y solo Dios sabía por qué razón. Y que era... Mi ocupación flotaba en los márgenes de mi memoria.

—No puedo recordar... mucho —dije.

Él se levantó y arrastró su asiento más cerca de la cama.

—Me llamo Evan —dijo—. Soy tu hermanastro.

—Lo sé. Recuerdo haber visto tu foto la semana pasada. Creo que fue la semana pasada, en Nueva York.

—¿Cuándo fue eso? ¿Qué día?

—El 7 de enero.

—¡No puede ser! —exclamó.

—¿Qué? —pregunté, mi estómago se apretó ante la expresión que cruzaba por su cara.

—Es 24 de julio.

Me quedé boquiabierta al igual que él. Eso no era posible. Había perdido... ¿qué, más de seis meses? No había nada más en mi memoria que eso. Intenté recordar, busqué respuestas sobre mí, sobre quién era yo, pero no había nada. Mi madre, mi infancia, un flash de conocer a su marido, la foto de Evan, y algunas conversaciones con cierta gente. Mucha gente, a la que ahora no recordaba quienes eran.

—Oh, Dios —murmuré—. Oh, Dios mío, esto es muy malo —Me agarré la frente—. ¿Cómo llegué aquí? Tienes que decirme cómo...

—Espera un momento —dijo Evan y levantó una mano—. No te ves bien. Déjame conseguirte una enfermera.

Se levantó y buscó el timbre que estaba junto a mi cama, pero le agarré la mano y la apreté con fuerza.

—Por favor. Por favor, antes de que hagas algo, dime qué está pasando —Mi voz se quebró un poco. No iba a llorar delante de este tipo, mi hermanastro o lo que sea.

Evan miró hacia el punto de contacto entre nosotros y luego hacia mi cara, y no pude evitar sonrojarme, a pesar del miedo que me invadía, a pesar de todo. Esos ojos eran... como estanques de fuego azul, y yo estaba atrapada en ellos.

¿Qué pasa contigo? Ni siquiera puedes recordar.

—Muy bien —dijo, liberando su mano de la mía, dejando el cosquilleo de su tacto en mis dedos. Era grande, cálido, muy reconfortante—. Pero esto podría ser un shock para ti, y no quiero asustarte.

—Solo dime. Por favor.

Me sentí tentada a tomar su mano de nuevo, pero me obligué a no hacerlo. ¿Qué tan patético sería eso? Tocando a un tipo que apenas conocía, rogando por apoyo. Esa no era yo. ¿O sí lo era? No, definitivamente no. Mi instinto me decía que yo no era el tipo de chica que me restregaba y lloraba.

—Venía a ver a mi padre y a conocer a tu madre y a ti este fin de semana. Por cierto, nunca nos habíamos visto antes.

—Continúa —dije, esperando a que siguiera.

—Recibí una llamada de mi padre, y parecía asustado. Lo que es muy raro. Él nunca tiene miedo, nunca.

No podía confirmarlo. Lo recordaba vagamente en su mejor momento. Sr. Crowell. Sí, ese era su nombre. Dios, ¿qué está pasando?

—Fui a la casa de Nantucket, y estaba en llamas. Tú estabas adentro inconsciente, yo te encontré.

No me ofreció más información, solo me miraba con sus ojos inquietos que se movían de un lado a otro en sus órbitas. Intenté procesarlo todo, rápido. Nantucket. Fuego. Me encontró adentro.

—¿Me salvaste?

—Si quieres llamarlo así —contestó con firmeza.

—¿Y mamá? ¿Y tu padre?

—No sé dónde están. No estaban en la casa. Simplemente... se han ido.

—Desaparecieron —Me eché hacia atrás contra las almohadas, con la boca seca y el dolor de cabeza enfurecido—. Espera, ¿acabas de decir Nantucket? ¿Nantucket, Massachusetts?

—Correcto.

Pero lo último que recordaba era Manhattan. Específicamente el apartamento de mi madre en Manhattan. El que compré para ella. Me puse a indagar en ese pensamiento, pero no había más información que recoger. Ni siquiera era un recuerdo. Era como si... solo lo supiera. Entonces, ¿cómo diablos terminé en Massachusetts?

—Creo que voy a vomitar —murmuré, y lo decía en serio.

—Espera, buscaré al médico.

Cerré los ojos y me disolví en el torbellino negro, mis entrañas se tambaleaban con cada giro de la oscuridad. Agarré las sábanas con los puños, respiré profundo y abrí los ojos, pero los giros seguían. La habitación estaba vacía ahora. Evan había desaparecido, y yo estaba sola.

¿Cómo sabes que estuvo aquí? ¿Cómo sabes que todo esto es real?

La puerta de la habitación se abrió hacia adentro, y entró un tipo con una bata blanca, Evan casi le pisaba los talones.

—No se siente bien —dijo—. Y no puede recordar mucho.

El médico levantó sus cejas tupidas y oscuras, y giró su cabeza para verme mejor, gracias al vértigo que me inmovilizaba en la almohada. Caminó hacia adelante, sonriéndome calurosamente y luego levantó una banda de presión arterial de una mesa cerca de mi cama.

—Hola, Srta. Hudson —dijo, y suavemente tomó mi brazo derecho—. ¿Cómo estás hoy?

—Acaba de decirte cómo estoy —contesté yo, poniendo una mueca de dolor—. ¿Quién es usted?

—Soy el Doctor Khatri, y voy a tomarte la presión mientras hablamos. ¿Te parece bien?

—Sí. ¿Qué me pasa?

—Sufrió una lesión en la parte posterior de su cabeza, cerca de la base —dijo, mientras fijaba la banda de presión sobre mi brazo—. Y ha estado inconsciente durante dos días.

—¡Dos días! —chillé. Aunque me importó poco, porque no podía recordar nada de los últimos seis meses.

—Correcto. Hemos comprobado que tiene una conmoción cerebral, pero la buena noticia es que no hay líquido en el cerebro, gracias a Dios.

—Eso es bueno —De repente mi visión se arremolinó—. No puedo ver bien. La habitación está dando vueltas.

—Mmm, tu presión sanguínea está un poco baja —dijo el médico, mientras la máquina sonaba. Se acercó y presionó el timbre que notificaría a algunas de las enfermeras. El doctor Khatri sacó un bolígrafo del bolsillo superior de su bata blanca y lo sostuvo frente a mí—. ¿Puede seguir esto con los ojos, por favor, Srta. Hudson?

Hice lo que me pidió, apretando los dientes ante las náuseas resultantes.

—Me duele la cabeza —dije.

—Escucha, ¿qué está pasando aquí? —preguntó Evan, detrás del doctor—. Claramente se siente mal. Ayúdala.

—Me temo que se necesita algo más que la orden, Sr. Crowell.

—Entonces, ¿qué se necesita? ¿Quieres dinero?

Las palabras de Evan salieron reñidas, y su mirada estaba fija en mí, más que en el doctor. Esas brillantes piscinas azules contenían un tipo diferente de calor ahora, uno impulsado por la preocupación.

—Esto es un hospital, Sr. Crowell. No aceptamos sobornos para tratar a nuestros pacientes.

Una enfermera irrumpió en la habitación y una ráfaga de actividad estalló a mi alrededor. Todo fue vertiginoso, la gente me hablaba, se inclinaba sobre mí, tomaba medidas y cambiaba las gotas. Mis ojos se cerraban y volvían a abrirse.

—¿Srta. Hudson? —La voz del doctor me trajo de vuelta al presente.

La habitación estaba vacía ahora, y el remolino se había detenido.

—¿Dónde está Evan? —pregunté.

—Estoy justo aquí.

Habló desde mi lado derecho. No giré mi cabeza hacia él, pero su mano descansaba sobre la mía. No debió haber sido un consuelo, pero lo fue. Era alguien a quien reconocía, al menos. No estaba sola.

—Srta. Hudson, voy a hacerle unas preguntas. Necesito que las respondas lo mejor que puedas —exigió el doctor.

—Muy bien —contesté, mi mano seguía aferrada a la de Evan.

Se mantuvo firme y no me soltó, saqué toda la fuerza que pude de él. Las preguntas eran simples, unas sobre los últimos seis meses y antes de eso. Quién era, qué podía recordar, a qué me dedicaba. Esa pregunta estaba en blanco, y me punzaba en el fondo de mi mente. Como si hubiera perdido una pieza enorme del rompecabezas que era yo.

—¿Cuál es el veredicto, doctor? —preguntó Evan.

Le eché un vistazo. Mis dedos aún estaban entrelazados a los suyos. Mi corazón dio un latido al verlo, tan apuesto y tan fuerte. Retiré mi mano de la suya, rechazando esa sensación. Era ridículo. Alguien me había noqueado en un edificio en llamas. Apenas podía recordar mi propio nombre, y mucho menos confiar en él, pero cuando lo miré fue por instinto. Sabía que él me cuidaría, sentía seguridad a su lado.

El Doctor Khatri suspiró, golpeó con un lápiz su mejilla oscura y luego me apuntó a mí.

—Pérdida de memoria a corto plazo, diría yo. Una posible Amnesia.

—¿Amnesia? —me quejé. Por supuesto, que lo era—. Pero, ¿cómo es posible?

—El golpe en la cabeza —respondió el médico—. Afortunadamente, parece ser a corto plazo, y hay una gran posibilidad de que tus recuerdos vuelvan.

—¿Cuándo? —pregunté, la urgencia burbujeaba a dentro de mí.

Mi mamá y mi padrastro se habían ido, una casa se había quemado y había algo más detrás de todo eso, algún motivo de preocupación que yo no podía recordar.

—No puedo decirlo —contestó el doctor—. Tomará algún tiempo.

Tiempo es exactamente lo que no tengo.

¿De dónde había salido ese pensamiento? Había surgido junto con la certeza de que era cierto. Nada de esto tenía sentido.

—Deberás quedarte una noche más —dijo el médico—. Para asegurarnos de que estés estable, y luego te enviaremos a casa con una receta. Debes descansar y permanecer hidratada.

¿A casa? No tenía una casa en Massachusetts. Y no podía recordar dónde estaba mi casa en Nueva York. No, no podía recordar nada. Hasta el apartamento de mi mamá estaba nublado, podía recordar el interior, pero no la dirección.

—No te preocupes —dijo Evan, y volteé mi cabeza hacia él, lenta y cuidadosamente—. Puedes quedarte en mi casa hasta que resolvamos todo esto. Creo que la policía querrá hablar contigo.

Y, por cualquier razón desconocida, la perspectiva de eso me asustaba más que cualquier otra

cosa.

Capítulo 3

EVAN

Los últimos tres días habían sido como una especie de juicio. El incendio, la desaparición de mi padre y su esposa, tener que cuidar a Audrey, ver como los policías la interrogaban y como su frustración crecía al no poder recordar nada. No lograba recordar ni una sola cosa. ¿Y ahora qué?

Me detuve frente a la puerta principal de mi apartamento y la abrí. Audrey estaba detrás de mí, con los brazos cruzados sobre el pecho, usando ropa que le había comprado en una de las tiendas más pequeñas de Nantucket. Ella no tenía nada. El fuego había calcinado cualquier equipaje que pudiera tener, y ella no recordaba dónde se había estado alojando.

—Es aquí —le dije y le abrí la puerta.

Entró, mirando a su alrededor. La puerta principal daba acceso directo a la sala de estar, y ella miraba todo el interior. Yo también vi las cosas con nuevos ojos. Tenía años con ese apartamento, pero parecía un lugar totalmente nuevo para mí.

Nunca había pasado tiempo en ese lugar. Siempre estaba en la oficina trabajando o entreteniendo a los clientes en los restaurantes. No tenía tiempo para ver el interior de mi propio apartamento. Mucho menos para ver a mi propio padre.

No empieces con eso ahora.

—Vaya —dijo Audrey, agarrando la bolsa de papel marrón con sus medicamentos recetados en el pecho—. Este lugar es increíble. Tienes una excelente vista.

—Gracias —dije—. Siéntate.

Audrey asintió con la cabeza y se sentó en el sofá que daba a las enormes ventanas con vista hacia la ciudad. Mi apartamento tenía una sección abierta, con pisos de mármol y decoraciones minimalistas. No era exactamente un hogar cómodo y acogedor.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

—En realidad no —dijo, pero sacó los paquetes de píldoras de la bolsa de papel, levantó uno y entrecerró los ojos ante lo que estaba escrito en la botella—. Pero tengo que comer para tomar este medicamento.

—Entonces pediré algo —respondí—. ¿Pizza?

—Claro.

—¿Alguna preferencia?

Me miró, sus ojos estaban nublados y sus labios perfectos abiertos. Se mojó el labio inferior con la punta de su lengua rosa.

—No lo sé —dijo ella.

—Vaya, cierto, soy un imbécil.

Audrey se rio y luego se quejó agarrándose la cabeza.

—Sí, cuanto antes comamos mejor, así podré tomar mis analgésicos.

—Enseguida vuelvo —Caminé hacia el pasillo que conducía a otras habitaciones, luego me detuve y la miré—. Siéntete como en tu casa.

—Gracias, supongo.

Me sorprendió lo pequeña que se veía en el sofá. Se veía diminuta ante lo que la rodeaba, con el cabello corto y rubio que le caía alrededor de su cara, aún un poco desordenado después de su estancia en el hospital. Esos ojos verdes hermosos brillaban bajo las luces del techo de mi sala, concentrados en la botella que tenía en la mano y con el ceño fruncido que arrugaba su pálida frente.

Realmente no recordaba nada. Todo era frustrante. Mi padre había desaparecido de la faz de la tierra, junto con mi nueva madrastra, y no había ni indicio de lo que realmente había pasado. Excepto por esta hermosa mujer a la que ahora cuidaba. Que de hecho era mi hermanastra, y que tenía amnesia.

Me alejé de ella y me fui por el pasillo, atenuando mi extraña atracción hacia ella. ¿Extraña? En realidad, no. Era preciosa, me necesitaba y hablaba con inteligencia, incluso cuando la confusión la nublabla. La atracción era obvia, solo que tenía mucho tiempo sin enfocar mi atención a una mujer. Y no lo planeaba por más tiempo que eso. Era irrelevante. Mi padre había desaparecido y el incendio definitivamente fue provocado. Tenía que encontrarlos y salvarlos.

Entré a mi cuarto y saqué el celular de mi bolsillo. No me había duchado desde el día del incendio, pasé todo mi tiempo durmiendo junto a su cama, bebiendo el café terrible de la cafetería y comiendo sus comidas. Mi teléfono estaba al borde de la muerte. Lo conecté al cargador y luego hice una llamada a mi pizzería favorita. Me quité la chaqueta y la dejé en el sillón de mi habitación, luego volví a la sala de estar.

Audrey estaba sentada en el piso, con las piernas dobladas y las manos sobre las rodillas. Los medicamentos estaban a un lado en la mesa de café, y sus ojos estaban cerrados. Inhalaba y exhalaba, presionando sus senos contra la camiseta que le había elegido. Podía ver sus pezones duros sobresaliendo.

Inmediatamente aparté los ojos intentando concentrarme en su cara, pero eso no ayudó mucho. Sus ojos seguían cerrados, sus labios un poco separados, el cabello cayendo libremente alrededor de sus mejillas, enmarcando su rostro perfectamente. Ella emitió un pequeño zumbido de ruido.

—¿Interrumpo algo?

Sus ojos se abrieron y se concentraron en mí.

—Lo siento —dijo ella—. Sentí que necesitaba relajarme.

Asentí y me senté frente a ella.

—La pizza está en camino. Después, te mostraré el resto del lugar, tu habitación y así sucesivamente.

—Escucha, no tenías que hacer esto. Pero estoy muy agradecida, ¿sabes? Gracias por ser un buen hombre.

Si pudieras leer mis pensamientos, cariño, no pensarías eso de mí.

—No es nada —dije—. Eres mi nueva hermanastra. Para eso es la familia, ¿no?

Ella agitó la cabeza, luego hizo un gesto de dolor y apretó la palma de su mano contra su cabeza.

—Me siento tan confundida. Algunas cosas están claras, pero otras... ¿Dijiste que nunca nos habíamos conocido oficialmente?

—No, no lo habíamos hecho. Vine a conocerte a ti y a tu madre por primera vez desde que mi padre se casó.

—¿No estuviste en la boda? ¿Yo estuve? No puedo recordarlo.

—No, no estuve. Y no tengo ni idea de si tú estuviste allí tampoco.

Una vez más, la culpa se apoderó de mí, al recordar que tampoco acompañé a mi padre el día de su boda. Cristo, esa semana había sido infernal para mí, había estado en medio de una batalla por el poder en la compañía, y dejarla estaba fuera de discusión. Si lo hubiera hecho, habría perdido mi posición como CEO en Strang Digital.

—Oh —dijo ella, y metió las piernas debajo de sí misma.

Se veía adorable con esa ropa holgada, tan ingenua. No podía dejarla sola.

—Sí. Entonces, ¿no recuerdas dónde te has estado quedando?

—No, no lo sé. Ni siquiera recuerdo dónde vivía en Nueva York o alguna dirección. Ni siquiera recuerdo dónde trabajo.

—El trabajo debería ser importante para ti si eso te destaca —respondí.

Se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

Las palabras eran despreocupadas, pero la expresión de su rostro no lo era. Estaba tensa por todas partes, y me imaginé masajeando sus hombros, mientras hablaba con ella.

¿Qué carajo me pasa? No soy un perro de caza. Tenía la misma sangre caliente que cualquier otro hombre, pero cielos, no había pensado en una mujer de esta manera durante años.

—Lo siento mucho, Audrey. Ojalá pudiera ayudarte.

—Estás bromeando, ¿verdad? Ya me estás ayudando. No tendría un lugar donde pasar la noche si no fuera por ti.

—¿Pasar la noche aquí? Lo mejor es que te quedes hasta que sepamos exactamente qué pasó.

—La policía hará eso —dijo Audrey.

Me guardé mis dudas para mí mismo. No parecían muy activos en el interrogatorio de los dos. No tenían ninguna pista, salvo para decirnos que un investigador externo había descubierto que se trataba de un incendio provocado. Mi padre seguía desaparecido. No había contacto, ni rastro de su teléfono. Nada.

El intercomunicador sonó, interrumpió mis pensamientos y el tiempo con Audrey. ¿Tiempo con Audrey? Dios, tenía que acabar con lo que sea que fuera esto. Tenía demasiadas cosas en mi vida ahora mismo como para incluir enamoramientos inoportunos.

Diez minutos más tarde, estábamos los dos sentados en el suelo, descalzos y comiendo pizza. La conversación se había estancado mientras comíamos. Audrey hacía una pausa cada pocos bocados para pasar una servilleta por sus labios, mientras que yo devoraba mi parte masticando mecánicamente, pensando sobre lo que me esperaba.

La ubicaría en la habitación de invitados, que estaba al final del pasillo junto a la mía. Hice a un lado la atracción que sentía por ella. Centrándome en papá, en encontrarlo a él y a su esposa, en averiguar exactamente lo que le había pasado a Audrey.

Dejó su rebanada y me miró fijamente.

—Esa es una sospecha —dijo ella, en voz baja.

—¿Eh?

—Lo siento, estaba pensando sobre eso. Tratando de hacerlo, al menos. Se sospecha que alguien me lastimó a propósito y que el incendio fue provocado. Que alguien incendió la casa de tu padre conmigo dentro.

Me detuve y puse mi plato de papel sobre mis rodillas.

—Correcto —dije.

—Entonces, ¿qué demonios pasó en realidad? ¿Quién querría hacerme eso y por qué? ¿Era una mala persona? —Frunció el ceño—. No recuerdo nada de eso. No recuerdo... espera... No, no lo recuerdo. Esto es tan frustrante. No recuerdo nada y me duele la cabeza.

Coloqué mi plato en la mesa de café y me puse de rodillas, tomé los medicamentos, saqué un analgésico y se lo di, le acerqué su vaso de agua al borde de la mesa.

—Toma.

—Gracias —dijo, con los dedos rozando la palma de mi mano mientras aceptaba la píldora.

Incluso ese toque fue eléctrico. Sentía el impulso de extender la mano y tocar su cabello. Tirar de ella para acercarla a mí.

¡Detente!

Era un pensamiento inapropiado para el momento. Mi pene tentado palpitaba dentro de mis pantalones. Audrey tragó la píldora, haciendo una mueca de desagrado ante el sabor, y luego dejó el vaso en su sitio.

—Audrey —dije—. Sé que no me conoces bien. Técnicamente nos acabamos de conocer, pero familia o no, estaré aquí para ti, ¿de acuerdo? Nuestros padres están desaparecidos, pero créeme cuando digo que usaré todos los recursos a mi disposición para encontrarlos. Al diablo el FBI, los policías, o lo que sea. Lo que necesites que haga, lo haré.

—Gracias —repitió—. Estoy muy agradecida por todo lo que has hecho. Realmente no sé en quién confiar, dadas las circunstancias, pero tú... tengo un buen presentimiento sobre ti. Aunque suene patético.

—No, siempre sigue tus instintos.

Así era como siempre me manejaba. Si tuviera el más mínimo indicio de que hay algo sospechoso, actuaría en efecto. Esa era la razón por la que había alcanzado mi puesto en la compañía en primer lugar. La razón por la que me diversifiqué y gané millones en bienes raíces también. Seguí lo que mi instinto me indicaba y lo operé.

—Siempre sigue tus instintos, ¿eh? —Ella me sonrió.

—A menos que tengas diarrea.

Jesucristo. ¿Qué es lo que te pasa?

Pero Audrey no palideció ni retrocedió horrorizada ante mi broma, totalmente inapropiada. En vez de eso, se echó a reír a carcajadas.

—Dios mío, mi cabeza —gimió un segundo después, y la agarró, jadeando otra risa mientras sus ojos lagrimeaban.

—Deja de reírte, mujer. Me haces sentir culpable —Le sonreí, levantando un lado de mi boca más alto que el otro.

Era mi sonrisa característica de Indiana Jones, y derretía corazones y bragas por igual. Aunque no era lo que yo quería hacer en esta situación.

—¿Podrías mostrarme mi habitación? —me preguntó.

Me levanté inmediatamente y le ofrecí una mano.

—Por supuesto —dije.

Ella la tomó, y otra ola de calor me recorrió el cuerpo. Al levantarse, tropezó y la sostuve de la cintura para mantenerla en pie. Nuestros ojos se encontraron, y un silencio largo e incómodo nos envolvió a ambos.

Pude percibir el olor de su piel, suave, único, con un ligero toque de canela y la sedosidad de su cabello. Sus ojos se movían de un lado a otro, inquietos, mientras me clavaba sus dedos en mis bíceps para agarrarse.

Me aclaré la garganta.

—Tranquila —le dije—. Solo no te desmayes de nuevo.

Ella sonrió, con un rubor creciendo en sus mejillas

—Tu habitación está por aquí —le dije y la llevé por el pasillo, más allá del baño, a la habitación de invitados.

¿Cómo diablos se supone que vas a sobrevivir a esto? ¿Cuántos días piensas tener a esta mujer en tu casa?

Eran preguntas que todavía no quería enfrentar.

Capítulo 4

AUDREY

Me senté en el borde de la cama, sin usar nada más que la camisa que Evan me había dado para dormir, mi cabeza giraba, solo que esta vez de forma figurada. Los pensamientos fluían en torno a él, muchas preguntas y muy pocas respuestas.

¿Por qué había ocurrido esto? ¿Quién lo había hecho? ¿Y quién diablos era yo realmente?

Yo era Audrey Hudson, claro, pero faltaban muchas piezas. Tanto en lo que no podía confiar, como vacíos que había que llenar.

El doctor dijo que había una alta probabilidad de que recordara. Pero, ¿y si no lo hacía? ¿Y si me quedaba atrapada en este extraño limbo por el resto de mi vida? Haría nuevos recuerdos, pero nunca... recordaría quien era realmente, quien había sido. Viviría por siempre con la sensación de que algo faltaba. Era como una dimensión desconocida.

Al menos recuerdas que es eso.

—Para —murmuré y me pasé los dedos por el cabello.

Se engancharon en unos cuantos nudos, y no pude evitar hacer una mueca de dolor. Necesitaba una ducha, un baño reparador. Lo había hecho en el hospital, pero no tuve la oportunidad de lavarme el cabello, necesitaba hacerlo, eso ayudaría a relajarme. Esa frase tenía sentido.

Respira.

Tenía que respirar. La ducha me daría la oportunidad de relajarme sin el yoga y la pizza improvisados. No es que me haya relajado mucho esta tarde con Evan sentado frente a mí. Había algo en él.

Emanaba una vibración que se sentía como una corriente, como sexo puro o fuego o lo que fuera, pero se sentía bien. Era lo contrario a lo que debería estar enfocada en ese momento. ¿Qué es qué, exactamente? ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Buscar a mi madre desaparecida? ¿Averiguar dónde trabajaba y llamarlos? Oh, Dios, ¿y si no trabajaba? ¿Y si era una delincuente que vivía de sus padres a la madura edad de...? ¿Cuántos años tengo?

Salí corriendo de la cama, incapaz de lidiar otro segundo con todo mi enredo mental.

—Ducha —me ordené a mí misma y luego marché desde la habitación hacia la puerta del baño de enfrente.

Me calentaría con la ducha, me lavaría el cabello y me refrescaría. Al salir tomaría otro analgésico y listo. Todo estaría un poco mejor después de eso.

Abrí la puerta del baño y entré en la niebla.

¿Qué diablos...?

Mis ojos se abrieron de par en par. Mi garganta, que finalmente había recuperado algo de humedad después de toda la estancia en el hospital, se secó de nuevo. El baño ya estaba ocupado. La ducha, para ser más específica. Las puertas de cristal estaban empañadas, pero no lo suficiente como para esconder al hombre que estaba bajo el chorro de agua de la ducha.

Evan. Mi hermanastro.

Tenía una mano apoyada en la pared con la cabeza inclinada mientras el agua caía por su bronceada y ancha espalda. Su brazo derecho subía y bajaba con su mano enrollada alrededor de su pene. Soltó un gruñido bajo pero el sonido resonó en todo el baño.

Oh, Dios mío.

Me mojé al instante. Era la cosa más excitante que había visto en mi vida, no es que tuviera mucho con que compararlo, dadas mis circunstancias.

—Demonios —gruñó, su mano subía y bajaba con fuerza. Movié la cabeza y mi corazón dio un vuelco, pero no levantó la vista, se mantuvo concentrado en la tarea que tenía por delante—. Audrey.

Me las arreglé para contener el jadeo. Dijo mi nombre. Literalmente lo encontré fantaseando conmigo. Mis pezones se endurecieron y se presionaban contra mi camisa. Pasé las manos por encima de mis senos, apretándolos ligeramente. La sensación del algodón contra mi piel y la vista totalmente inapropiada y deliciosa me erizó todo el cuerpo.

Mantén la calma.

Pero la parte de mí que me advertía, que me decía que fuera con cuidado, estaba básicamente en silencio. Evan aumentó su ritmo y echó la cabeza hacia atrás para que el agua le golpeará el pecho. Las salpicaduras del agua saltaron a la puerta de la ducha, arrastrando parte de la niebla. El cristal era transparente, por el momento, y me permitía tener una visión completa de Evan y exactamente con qué estaba trabajando.

Su pene era grande y grueso, como jamás había visto uno. Eso creo... No, definitivamente no había visto uno más grande que ese. La conmoción y la excitación me atravesaron, y mis dedos se deslizaron de mis senos, hacia abajo, pasando el dobladillo de mi camiseta.

Estás loca. Estás loca.

Pero ya nada importaba, no podía parar. Mis dedos alcanzaron mi vagina desnuda. Estaba afeitada y el nacimiento del vello me pinchaba en los dedos. No tenía ropa interior, y no me arrepentía por eso.

—Oh Dios, sí —gimió él.

Deslicé mis dedos entre mis labios y hacia mi centro. Ya estaba empapado, y me estremecí en el acto, pasé mi dedo por encima de mi clítoris. Se sentía demasiado bien. Tan bien, que mordí mi labio inferior en un intento por ahogar un gemido.

Tienes que parar. Pareces una perversa.

Mis dedos trabajaban mi clítoris, y el placer giraba a través de mí, recorriendo mis brazos y mis muslos. Jadeé en voz alta, mi mirada estaba fija en el pene de Evan, en su mano fuerte que lo trabajaba. De repente su movimiento se detuvo.

—No te detengas —susurré, incapaz de detener las palabras antes de que escaparan. Me mordí el labio y un segundo demasiado tarde subí la mirada.

Evan me miraba fijamente a través de la neblina de vidrio. Aun así, no podía dejar de tocarme, de tocar mi clítoris, de disfrutar de los intensos escalofríos de placer que se extendían por mis muslos y por mi espalda. Era demasiado intenso.

Evan abrió la puerta de la ducha, mirándome con esos ojos azules, ahora salvajes. Salió, se acercó y se detuvo a un centímetro de mí. Su mirada se apoderó de la mía. Se inclinó y su mano substituyó la mía, presionándome con su dedo. Me envolvió con su otro brazo y me sostuvo de pie.

—Así —dijo en voz baja, y trabajó mi clítoris, dando vueltas en círculos rápidos y ligeros, la cantidad justa de presión para enloquecerme.

En un quejido me desvanecí en su brazo, perdiendo el control por completo, fundiéndome en él en vez de resistirme. No debí aceptar eso, pero lo hice. Mordí el interior de mi mejilla, pero no pude evitar gritar y gemir en voz alta.

—Dios —dijo Evan—. Estás tan mojada. Estás jodidamente mojada.

—Te deseo —me quejé—. Voy a...

El creciente placer dentro de mí, me abrumó, y llegué a mi clímax. Me aferré a sus brazos, mientras mi vagina se contraía, sin apretar nada, deseando que fuera él quien estuviera dentro de mí. Con su pene y sus bolas empujando hasta lo profundo.

—Oh Dios —gemí, tenía una segunda contracción de mi orgasmo.

Evan me besó la mejilla y me abrazó por la cintura, luego giré mi cabeza hacia él, encontrando su mirada.

Era lujuria hecha carne, se inclinó, apretó sus labios contra los míos y luego los separó para meter su lengua en mi boca. El beso me encendió, y entrelacé mis dedos en la base de su cuello, desesperada por más. Por otra probada, o todo lo que pudiera conseguir. No era un simple beso, era más que eso. Era apasionado.

Evan me hizo retroceder hasta que mi trasero golpeó el mostrador de mármol detrás de nosotros.

—Condón —exigí.

—En seguida —contestó y se inclinó a un lado.

Abrió un armario y agarró un condón. Cajas y botellas se cayeron del botiquín, pero él las ignoró. Arrancó el envoltorio con sus dientes, y luego lo desenrolló sobre su erección. Mis pezones rozaban contra la camiseta y mi aliento salía en jadeos húmedos.

—Rápido —me quejé—. Lo necesito dentro de mí.

—Recuéstate —dijo.

Hice lo que me pidió, apoyando mis palmas en el mostrador detrás de mí, perdida en la lujuria del momento. Nos acabábamos de conocer y de paso era mi hermanastro. Pero no importaba. Lo deseaba tanto que no podía soportar ni un segundo más sin que estuviera dentro de mí.

Evan se adelantó y me subió hasta el borde del mostrador. Me puso un brazo alrededor de la

espalda con cuidado, como si tuviera miedo de que me rompiera, y usó su otra mano para dirigir su pene palpitante hacia mi entrada.

—Por favor hazlo ya —susurré, mientras colocaba su punta justo en mi centro—. Por favor, por favor, por favor, por favor.

—Tranquila, Audrey —gruñó—. Me harás venir antes de que haya tenido la oportunidad de follarte, si sigues rogándome así.

De alguna manera, eso me excitó más. El hecho de que me deseara tanto que se vendría sin haberme tocado.

Evan presionó su pene contra mí lentamente, empujando centímetro a centímetro, y trayéndome escalofríos de placer. Era enorme. Demasiado grande, casi al borde de lo doloroso. Pasaron unos pocos segundos y ese dolor desapareció por completo. No había nada más que plenitud y placer.

—Eres tan jodidamente perfecta —gruñó—. Te encaja perfectamente.

—No te detengas —me quejé, apretando mis senos y bajando únala otra mano para trabajar en mi clítoris de nuevo, mis piernas se me erizaban con cada empuje.

—No planeaba hacerlo.

Se hundía en mí, una y otra vez, gruñendo. Su mirada se fijó en la mía mientras ambos nos acercábamos cada vez más al borde del clímax.

—Ya me vengo —dije, mientras seguía masajeando mi clítoris. La visión de su pene, entrando y saliendo de mí, brillando por mi humedad, era demasiado para soportarlo—. Me vengo, oh, Dios mío.

Me arqueé hacia atrás, y él me sostuvo, impidiendo que me golpeará con algo. Me cerré a su alrededor, y él gruñó poniéndose increíblemente duro dentro de mí. Yo palpitaba a través de mi segundo clímax, en lo alto de él, en las sensaciones que se mecen a través de mis músculos, mis nervios, mi mente.

—Evan —jadeé.

—Audrey —gruñó.

Finalmente, todo se ralentizó. Salió de mí y luego me levantó del mostrador con cuidado, envolviéndome en sus brazos.

—Increíble —dijo.

No pude evitar asentir y apoyarme en él. Por el amor de Dios. Después de lo que había pasado en los últimos días, ¿cómo no iba a hacerlo? Tal vez mi mente no lo sabía, pero mi cuerpo sí. Eso era exactamente lo que necesitaba.

—Vamos —dijo suavemente—. Vamos a limpiarte.

Él dio un paso atrás y señaló la ducha. Rápidamente me quité la camiseta y caminé con él hacia ella.

¿Había algo malo conmigo? Dios, me sentía muy a gusto con ese hombre. Habíamos pasado unos días juntos, nada más, y aun así...

Con él, me sentía a salvo.

Capítulo 5

EVAN

Era uno de los más grandes errores de toda mi vida, y ya lo había hecho.

Me acosté detrás de ella en la cama de la habitación de huéspedes, con los brazos enroscados alrededor de su cuerpo, sujetándola contra mi pecho. No quería eso. No quería complicaciones en mi vida, pero ahí estaba yo, en una lucha entre protegerla y odiarme a mí mismo por lo que había hecho.

Con tu hermanastra. No, no solo eso, tu hermanastra con amnesia.

Su respiración era uniforme, y el olor de su cuerpo limpio, representaba una tentación. Dios, ¿qué me pasaba? ¿Era por el estrés de la desaparición de mi padre? ¿Del incendio? ¿De encontrarla ahí dentro?

Desde el momento en que la vi, algo se había encajado dentro de mí. Algún instinto protector despertó. Y no me gustaba. Me moví, saqué mi brazo debajo de ella, y ella se giró, gimiendo un poco al exhalar. Me congelé, pero ya era demasiado tarde. Sus párpados se abrieron fijándose en esa mirada esmeralda.

—Hola —dije y forcé una sonrisa. Hizo falta esfuerzo, mi mente estaba llena de dudas y de autoevaluación.

—Hola —Su sonrisa era igual a la mía, y transformó su rostro de bello a demasiado bello.

—Escucha, lo que pasó entre nosotros...

—Espera —dijo ella. Puso su mano en mi brazo y se acurrucó, sosteniendo la sábana en su lugar para cubrir sus senos perfectos—. Sé que no está bien. Sé que es raro lo que pasó, Evan, lo sé, pero lo necesitaba. Era como... Vale, esto sonará tonto, pero mi cuerpo necesitaba eso. Así que, gracias.

—Es un placer, créeme —respondí—. Pero sería mejor que no volviéramos a hacer esto. No está bien. No quiero que creas que me estoy aprovechando de ti.

—¿Por qué?

—¿Porque tienes amnesia?

—Oh, vamos, no es que haya olvidado quién soy como persona —contestó ella—. Solo soy una persona con lagunas en su memoria.

—Lagunas bastante necesarias.

—Está bien —dijo ella, la sábana se movió ligeramente, revelando la curvatura de sus senos—. Yo quería esto.

Me obligué a levantarme de la cama y me vestí con la parte inferior de mi pijama; las había dejado después de la segunda tanda de sexo, poco después de ducharnos juntos.

—Bien. Yo también lo quería —le dije con firmeza y miré hacia atrás—. Pero por ahora, debemos enfocarnos menos el uno en el otro y más en encontrar a nuestros padres. Averiguar por qué pasó esto y llevarte a terapia para el caso.

—Terapia —dijo, frunciendo el ceño.

—¿Qué?

—Nada, no, solo hay algo sobre eso...

—Tienes una cita esta semana, ¿recuerdas? —pregunté, caminando hacia la puerta y deteniéndome junto a ella.

Necesitaba tomarse esto en serio. Cuanto más en serio se lo tomara, mejor para los dos. Y para nuestros padres. Hasta ahora, ella era nuestro único vínculo con lo que había pasado.

—Sí, lo recuerdo —contestó Audrey—. No soy una minusválida, Evan. Puedo recordar cosas que han pasado recientemente.

—Solo que no las cosas importantes —Se me escapó antes de que pudiera detenerlo.

Cielos, ¿qué me pasaba? Era la presión de que papá seguía desaparecido y el hecho de que todavía la deseaba. A pesar de que era deplorable por mi parte, tenía que ser así.

—Vaya, está bien. No hay necesidad de ser un idiota al respecto —dijo Audrey—. Ten la seguridad de que estoy tan concentrada en recordar lo que pasó como tú. Mi madre también sigue desaparecida, ¿recuerdas? ¿O es que eso no te importa tanto?

Me aclaré la garganta, miré el armario a un lado y luego volví a mirarla.

—Mira, lo siento. No quise sonar como un imbécil. Esto es solo una situación estresante y necesito que vuelva a estar bajo mi control.

—Tu control, ¿eh? —Las comisuras de sus labios se levantaron y luego se asentaron—. Entonces, ¿eres un maniático del control? Es bueno saberlo.

—No es lo que quise decir —le contesté.

Pero probablemente ella tenía razón hasta cierto punto. Aprendí rápidamente que las cosas que no estaban bajo mi control se desmoronaban.

—Bueno, escucha amigo, no necesitas microgestionarme. Puedo manejar mi propia situación muy bien. Incendios y ser noqueada, sí, eso es otra cosa, pero mi recuperación la manejo por mi cuenta.

Audrey se levantó de la cama y dejó caer la sábana, ligeramente. Más de su hermoso cuerpo estaba expuesto, y aparté los ojos. No me ayudaba mirarla de esa manera. Hubo un silencio entre los dos, mientras ella se movía por la habitación recogiendo la camisa que le había dado para que durmiera.

—Voy a dormir un poco —dijo ella—. Y mañana... Ya se me ocurrirá algo. No lo sé.

Volví a encontrarme con su mirada. El alivio y la decepción me rodeaban ahora que estaba toda cubierta.

—No estás sola. Voy a ayudarte. Lo resolveremos juntos.

—Juntos —dijo ella, asintiendo—. Pero probablemente sea mejor si no lo hacemos... ya sabes.

—Cierto —contesté—. Sí. Mejor que no.

—De acuerdo.

—Buenas noches, Audrey —le dije.

Abrí la puerta y salí antes de que ella pudiera responder. La ruptura limpia era lo mejor. Había aprendido la lección sobre las mujeres hace mucho tiempo, tanto de mi madre como de las novias que había tenido en la universidad. Caminé por el pasillo, entré en mi habitación, cerré la puerta y exhalé.

Esa noche había sido un error, aunque uno muy bueno, pero no lo volvería a cometer. Mañana, regresaríamos a la jodida realidad actual en la que vivimos, la de encontrar a nuestros padres y averiguar quién prendió fuego a la casa, y por qué.

Juntos.

La palabra pasó por mi mente, burlándose de mí.

Capítulo 6

AUDREY

Giré en la cama y puse la almohada sobre mis ojos, gimiendo en voz baja. El dolor de cabeza amenazaba con regresar y la luz del sol que corría por las cortinas no me ayudaba en nada.

—Dios —murmuré y arrastré la almohada lejos de mi cara y me senté.

Tomé las medicinas que había dejado en la mesita de noche y las sorbí con un poco de agua del vaso que Evan había dejado para mí. Me estremecí por el sabor de la píldora.

—Esto es horrible.

Pero me ayudaría con el dolor de cabeza, y eso significaba que podría colaborar hoy con la búsqueda. Por un momento me deje llevar por el impulso de escribir mis pensamientos, me detuve y miré a mi alrededor en busca de algo para garabatear. No había nada alrededor, e incluso si lo hubiera... ¿Por qué quería escribirlo? ¿Tiene algo que ver con eso?

Agité la cabeza, me levanté y comencé a caminar por el dormitorio. Los pensamientos giraban en mi cabeza.

¿Quién era yo?

Yo era Audrey, estaba segura de eso, y recordaba a mi mamá, algo de mi infancia, pero las partes de mi identidad que parecían ser las más importantes, como mi trabajo, mis relaciones personales fuera de la familia, mis pasatiempos, todas perdidas. O simplemente fuera de mi alcance.

—Tiene que haber una manera de resolver esto.

Abrí la puerta y salí al pasillo. El olor a tocino frito se escurrió hasta mí, y me hizo agua la boca. Mi estómago gruñó, así que seguí el olor hasta el final del pasillo y hasta la cocina.

Evan estaba frente a la estufa, con un delantal atado alrededor de su pecho desnudo. Afortunadamente, tenía pantalones. Dios, ya no sabía de lo que era capaz de hacer después de anoche. El recuerdo me envió calor a través de mi centro otra vez.

Era tan alto y tan guapo. Hombros anchos con amplios tatuajes en los brazos. Los músculos de la espalda estaban bien definidos alrededor de su columna. Tarareaba en voz baja mientras volteaba el tocino en la sartén, se movía como un profesional.

—¿Te gusta cocinar? —le pregunté.

Evan giró la cabeza y me miró.

—¿Gustarme? No estoy seguro de eso. Es solo tocino. Es lo único que guardo en mi congelador. Buenos días, por cierto.

—Buenos días —le contesté—. Huele muy bien.

—Eso es bueno —Se alejó de la estufa y colocó algo de tocino en un plato, seguido de huevos revueltos—. Pensé que necesitarías recuperar tu fuerza. Tómate la medicación después de comer.

—Oh, claro. Me olvidé por completo de eso —Ya las había tragado esta mañana sin antes comer. Me senté en la isla de la cocina que dividía el espacio y miré a su alrededor admirando el lugar—. Este lugar es genial. Es minimalista, pero genial.

Una combinación entre refrigerador-congelador de dos puertas cromadas se asentaba contra una pared, y las encimeras de mármol brillaban por todas partes. Había luces empotradas en el techo y ventanas que daban a la ciudad y dejaban entrar mucha luz matutina.

—Gracias —dijo Evan y se encogió de hombros.

Se sentó a un lado y luego se enfocó en comer. Comió como si estuviera muerto de hambre, tragándose todo.

Yo lo tomé con más calma, masticando la comida con cuidado, sorbiendo de un vaso de agua entre bocados.

—Entonces, ¿cuáles son los planes para hoy? —le pregunté.

—Buscar a mi padre y a tu madre —contestó uniformemente, y se tragó el último bocado de su comida.

—Encuétralos, haz que quien sea que haya hecho esto pague, consigue lo que necesites para mantenerte seguro.

Evan asintió pero no dijo ni una palabra.

—¿Y eso es todo? —pregunté, intentando romper el silencio—. ¿Esos son tus únicos planes? ¿No tienes trabajo?

—El trabajo está terminado hasta nuevo aviso —dijo, sorbiendo de su vaso de agua—. Nuestros padres son la prioridad ahora y descubrir lo que pasó.

—¿Qué es lo que haces? —le pregunté—. Tal vez mi madre me lo habría dicho antes, pero no lo recuerdo.

—Trabajo en una compañía de tecnología.

—¿Trabajar en? ¿No es propio? Sin ofender, es solo que este apartamento es...

—Hice mucho dinero en bienes raíces —contestó despectivamente—. Pero mi verdadera pasión son los negocios. Pero eso no viene al caso ahora. ¿Qué necesitas de mí hoy? ¿En qué puedo ayudarte antes de irme?

—¿Irte?

—No puedo quedarme aquí —contestó—. Tengo que salir, averiguar qué está pasando.

Era bueno que se fuera, eso me daría la oportunidad de despejar mi mente sin este extraño ambiente de necesidad que me envolvía.

—Vale. Bueno, ¿tienes un portátil? ¿Algo donde pueda investigar? Me imagino que mientras más sepa y refresque mi memoria, tendré más posibilidad de recordar algo sobre el incidente, lo que pasó, o por qué ocurrió.

Esa extraña ansiedad apareció de nuevo. Como si la respuesta estuviera ahí, la sentía cerca, como si pudiera estirarme y alcanzarla.

—Claro que sí —contestó Evan y se levantó de la mesa.

Tomó nuestros platos vacíos y los llevó al fregadero, los apiló ordenadamente, luego se fue y salió de la cocina.

Exhalé lentamente, liberando la presión que sin darme cuenta había acumulado. Era él. Era estar cerca de él lo que lo hizo. Su olor llenaba mis sentidos, cuero y picante, y los recuerdos de la noche anterior pasaban por mi mente. Sus dedos clavados en mis caderas mientras me penetraba, una y otra vez. El placer que se extendía a través de mí. Me estremecí y me moví en el asiento.

Contrólate, mujer. ¿Qué estás haciendo? Este tipo es tu hermanastro. Y estás en peligro.

¿Peligro? ¿Era verdad? Era lógico que estuviera en peligro después del incendio, pero la forma en que había sonado en mi mente, tan segura, como si fuera un hecho, no una pregunta.

—Aquí tienes —dijo Evan, volviendo a la habitación. Incluso la forma en que caminaba era poderosa. Puso el portátil delante de mí, y su brazo rozó el mío—. Siéntete libre de investigar lo que necesites.

Todavía no habíamos abordado el tema de anoche, y eso me venía muy bien. No necesitábamos discutirlo de nuevo.

—Gracias —dije y lo abrí.

Puse mis dedos sobre ella y un destello de recuerdo me vino a la mente. Yo poniendo mis manos en otro portátil, en una oficina. ¿Había trabajado en una oficina? Agité la cabeza y parpadeé.

—¿Hola? —Evan puso su mano sobre mi hombro y otra oleada de deseo me bañó—. Oye, ¿estás bien?

—Sí, bien —le dije, y mientras me miraba, volví a perder el aliento.

Dios, ¿por qué tenía que ser tan insoportablemente guapo? ¿Y por qué eso importaba? No podía recordar una relación pasada, pero tenía que haber tenido una. Eso era importante, ¿verdad? Tener relaciones normales y saludables con las personas.

Pero no podía recordar una. Ni siquiera una amistad. ¿Qué significaba eso?

—¿Estás segura? —preguntó Evan, y arrastró una de las sillas de la cocina para sentarse a mi lado—. Mira, si me necesitas para algo, estoy aquí.

Me abstuve de pensar cosas sucias.

—Estoy bien, de verdad. Ya has hecho suficiente. Has sido tan hospitalario, y ni siquiera me conoces. Estoy muy agradecida. Solo necesito averiguar qué está pasando. Necesito recordar, eso es todo.

—Cierto —dijo, se quitó el delantal de la cocina, lo dobló y lo colocó encima del mostrador junto a la computadora portátil. Tenía el pecho desnudo, y mi mirada se posó sobre los tatuajes que le bordeaban los brazos y el pecho, eran unos símbolos, pero en ese momento no me importaba interpretarlos. Era la forma en cómo marcaron su piel lo que atrajo mi atención, los

colores y los remolinos.

Evan aclaró su garganta.

—Si quieres toma una foto, te durará más tiempo.

Mis mejillas se enrojecieron, y miré hacia sus brillantes ojos azul océano. Estábamos encerrados en el lugar, congelados de nuevo, y mi pulso se disparó.

—No tengo una cámara —dije—. De lo contrario lo haría.

¿Estás coqueteando con tu hermanastro ahora mismo?

—Eso es, adelante.

—Creo que es un poco tarde para esa observación —respondí—. Me toqué en tu baño anoche mientras veía como te masturbabas.

—Me alegro de que hayas disfrutado del espectáculo.

—¿Y tú no?

Mojó sus labios con su lengua, movió su mirada a mi boca y luego volvió a levantarse.

—¿No ibas a investigar, Audrey?

La tensión se quebró, desapareciendo instantáneamente. Me alejé de él sintiendo la verdadera humillación arrastrándose por mis entrañas. Oh Dios, sin duda pensaría que era una especie de adolescente con las hormonas revueltas. Y no estaba equivocado. No podía recordar cómo era mi libido antes de eso, pero dudaría de haber sido un poco más dura. Quizás mi conmoción cerebral me había aflojado algunos tornillos. Me obligué a concentrarme en la pantalla. Flexioné mis dedos sobre el teclado, luego escribí mi nombre y presioné “Enter”.

Los resultados aparecieron en la pantalla.

—¿Perfiles en redes sociales? —preguntó Evan.

—No recuerdo haber tenido uno, pero está bien —contesté e hice clic en el primer enlace.

La página que apareció dio varias entradas para “Audrey Hudson”, de inmediato hice clic en el perfil. Había una sola imagen mía, pero no podía ver las otras fotos sin iniciar sesión, y definitivamente no podía recordar mi contraseña ni siquiera mi nombre de usuario.

—Esa eres tú —dijo Evan.

—Esa soy yo —contesté, e hice clic en la pestaña “Acerca de”—. Hmm. ¿Dice que vivo en Nueva York?

¿Entonces qué estaba haciendo en Boston? ¿Por qué habría venido a Boston a pasar un fin de semana con mi madre? Escaneé el resto de la página pero, aparte de la fecha de nacimiento y el estado de la relación “soltera” no había nada más.

Soltera. Eso era algo, al menos. Dios, si hubiera sido irresponsable...

¡Dame tu corazón!

El pensamiento se elevó en mi mente haciéndome caer en un abismo, y un escalofrío pasó por mi espina dorsal.

—¿Qué pasa? —preguntó Evan.

—Nada. Nada —le respondí en seguida.

Comprobé el resto de los resultados hasta que, finalmente, encontré un enlace a un sitio web real. Mi sitio web, al parecer. Mis ojos se abrieron de par en par.

—Terapia. Soy psicólogo. O lo fui.

—Del Upper East Side —dijo Evan—. Parece que no soy el único que tiene éxito —Me dio un codazo y lo miré.

Mi corazón se aceleró, pero esta vez no tuvo nada que ver con lo deliciosamente atractivo que era.

—No recuerdo nada de eso. Yo no...

El pánico me atravesó y me agarré la cabeza. Si yo era psicóloga y mis pacientes me necesitaban, ¿qué pasaría si no pudiera ayudarlos? ¿Y si hubiera perdido todo el conocimiento que había acumulado y...?

—¿Hola? —dijo Evan—. Oye, oye, oye, estás temblando.

Agité la cabeza.

—Estoy bien —me las arreglé para calmarme, aunque mis labios estaban entumecidos—. Debería llamarlos. Los llamaré mañana. Quizás sepan por qué me mudé de Nueva York a acá o el número de contacto de mi nuevo consultorio o ... ?

Piensa. ¿Recuerdas algo de eso?

Me rompí el cerebro, me obligué a recordar. ¿Universidad? Un vago recuerdo que tenía sobre eso apareció pero se hundió al instante. Una habitación, libros, la sensación de presión en mis hombros. Era vago en el mejor de los casos, pero estaba allí. Necesitaba recordar. Tenía que hacerlo. Me salieron lágrimas en los ojos, y algunas de ellas escaparon y se deslizaron por mis mejillas.

Evan tomó el delantal de la mesa y me lo dio.

—Ten. Usa esto.

Lo miré a él, y lo ridículo de la situación. Mi guapo hermanastro medio desnudo, sosteniendo un delantal cubierto de frutas para que me limpiara la nariz mientras yo intenta recordar quién era. Se me escapó una risita histérica.

Evan frunció el ceño.

—¿Qué? No está sucio ni nada. Huele a tocino.

Mi risa se intensificó hasta que apenas pude respirar, le arrebaté el delantal y me lo puse en la cara, pasando de la hilaridad a la frustración.

—Bueno, está bien entonces. ¿Te sientes mejor? —Evan apretó la palma de su mano contra mi espalda y me frotó en círculos.

—Supongo —dije, después de que la risa murió—. Ahora mismo no lo sé. Tengo que estar bien, ¿no? No puedo ponerme mal en este momento. Hay cosas más importantes en juego.

—Eso es...

Pero no podía decirme que no era verdad, porque lo era.

—Está bien —le dije y le sonreí—. Solo necesito un minuto —Me incliné y escaneé el sitio web en busca de un número—. ¿Tienes un teléfono? Para llamarlos.

—Sala de estar —contestó.

Hubo otro momento de tensión entre nosotros, su palma todavía presionaba mi espalda y nuestras miradas se congelaron la una en la otra. Lo rompí mirando hacia otro lado, moviéndome en mi asiento.

Evan quitó su mano de mi espalda y exhaló, movió su silla y se levantó.

—Voy a hacer una llamada. Ya vuelvo, ¿de acuerdo? Grita si me necesitas —luego se fue y salió de la cocina.

Una llamada. ¿A quién estará llamando? Dios, ¿ahora también sospechaba de él? Por otra parte, ¿por qué me preocuparía eso? Prácticamente me había lanzado sobre él, ahora estaba desconfiada y triste. Mi mente, o mis emociones, sea lo que sea, arrojaron señales contradictorias demasiado rápidas para que yo las procesara adecuadamente.

La voz de Evan se escuchaba desde lo más profundo del apartamento, y me atraía. Casi me levantaba y lo seguía a la habitación pero me obligué a quedarme en el portátil y concentrarme. Tenía que haber una forma de refrescar mi memoria. Empezaría por llamar a la clínica.

Capítulo 7

EVAN

—No puede ser —dije, gruñendo las palabras que rebotaron en el revestimiento, en el techo bajo, en los estantes que estaban en una esquina, llenos de libros que no se podían leer. Libros de negocios, de todo tipo menos de ficción—. ¿No tienes más nada?

—¿Aparte del hecho de que fue un incendio provocado? No, no hay mucho que sacar de aquí, Evan. Quiero decir, te estoy haciendo un favor. Este no es un caso federal.

Dan, era mi contacto en el FBI, había sido mi amigo desde que me arrestó hace años. Desde que salí limpio y decidí desviar mis energías hacia actividades más saludables. Negocios, para ser más específico.

—Sé que no es un caso federal, Dan, pero tiene que haber algo. Toda la casa se quemó, por el amor de Dios. Los policías son inútiles. El inspector confirmó que fue un incendio premeditado, ¿por qué nadie hace un seguimiento de esto?

—Tenemos narcotraficantes y asesinos en serie con los que tratar, Evan —Dan suspiró, y casi podía imaginarlo masajeándose el puente de la nariz—. ¿Y la policía? Bueno, esa es su jurisdicción. No puedo ayudarte aquí, no oficialmente, de todos modos. Lo mejor que puedo hacer es darte un consejo. Direcciones.

—¿Qué significa eso? —gruñí.

—Eso significa, al carajo, que necesitas que tu hermanastra recuerde exactamente lo que pasó. Tienes que refrescarle la memoria de alguna manera. Ella es tu única pista. Y también significa que me llames cuando tengas información. No te apresures, Evan.

—¿Apresurarme? ¿Por qué haría algo precipitado? —le pregunté.

—Ah, vamos, hombre, te conozco. Sé el tipo de cosas que harías si te dejaran solo.

—Eso suena coherente —respondí.

—No lo es. Solo cuida tu espalda, y no hagas nada tonto. Quienquiera que haya hecho esto va en serio.

Agité la cabeza, apreté los dientes.

—Mi padre ha desaparecido. ¿Me estás diciendo que no puedes hacer nada?

—La policía está trabajando en esto, ¿de acuerdo? Solo confía en ellos, y cuando tengas más información, dámela.

—No puedo aceptarlo —respondí—. Se trata de mi padre.

Mi padre, que nunca había hecho mal a nadie en su vida, al menos no intencionalmente. Era un

hombre de negocios, no un criminal. Atraía a su vida personas de bien, personas como él. No a gente que quemaría su casa y lo secuestraría.

—Lo entiendo, Evan, pero...

Dan dudó, y esa brecha en el habla estaba llena de significado.

—¿Pero qué? —le pregunté.

—Tienes que verlo desde la perspectiva de los investigadores. Ha habido un incendio, fue provocado, y ahora el dueño de la mansión está desaparecido junto con su esposa. Probablemente estén esperando el reclamo al seguro, en este momento.

—¿Qué? ¿Crees que mi padre provocó todo esto?

—Solo digo que existe la posibilidad de que algo así ocurra —dijo Dan—. Piénsalo, Evan. No ha habido ningún contacto de un secuestrador. Y ya han pasado unos días.

—No puedo creer que esté escuchando esto de ti. Ya conociste a mi padre. No es el tipo de hombre que noquearía a su hijastra y quemaría su casa con ella dentro para una reclamación al seguro. Eso ni siquiera tiene sentido.

—La gente hace locuras todo el tiempo. Cosas más locas que esta. Hay hombres de familia que matan a toda su familia después de haber sido el padre y el marido perfecto durante años.

—Dan.

—No estoy diciendo que ese sea el caso, amigo. Solo te lo digo desde el punto de vista de los investigadores. No vas a recibir una notificación de la policía hasta que no haya una actualización —Dan hablaba en un tono relajante. El que se usa para un animal salvaje o un niño de tres años en medio de una rabieta—. Todo lo que puedes hacer ahora es esperar. Espera y habla con tu hermanastra. Ayúdala a superar esto.

—Entendido.

—Tengo que irme, Evan. Cuídate.

Colgó.

Bajé el teléfono de mi oído y lo miré fijamente, sacudiendo la cabeza. Dios, eso fue ridículo. ¿No harían nada? Otra cosa totalmente fuera de mi control. No podía obligar a la policía a tomar esto en serio, ni salir a cazar. Y es cierto, ¿por dónde empezarían?

Audrey era la única pista.

—Dios, ayúdame —murmuré y encendí la pantalla de mi teléfono otra vez. Revisé mis contactos hasta encontrar el número de mi asistente y luego presioné el botón.

—¿Sr. Crowell? —Rachel contestó inmediatamente.

—Rachel —dije—. No voy a ir hoy. Emergencia familiar.

—Lo sé, señor. El fuego estaba en las noticias.

Por supuesto que había salido en las noticias. Mi padre era un hombre de negocios multimillonario, y los medios de comunicación aprovechaban cualquier oportunidad para disparar. O hacer un misterio de su desaparición.

—Necesito que pongas todas mis citas en espera, ¿de acuerdo? Hasta nuevo aviso. Estoy lidiando con algunas cosas aquí, y no voy a poder encargarme por un tiempo.

—Hay una reunión con la junta, Sr. Crowell, a las tres de la tarde de hoy.

Apreté los dientes, mantuve la calma por pura fuerza de voluntad.

—Sí, Rachel, soy consciente de ello.

—Señor, el puesto de CEO...

Rachel estaba tan involucrada como yo. Un aumento y un ascenso para mí significaban uno para ella también. Sabía que la llevaría conmigo a la cima, un pago por años de ser una asistente y empleada leal.

—Lo sé —dije en voz baja—. Algunas cosas son más importantes que el trabajo.

Era la primera vez que decía algo así, y Rachel se quedó muda por unos segundos.

—Cancelaré sus citas, Sr. Crowell.

—Gracias —le dije—. Cuídate, Rachel. Mantente a distancia si ves que surge algún problema, ¿de acuerdo?

—Lo haré, señor.

Terminamos la llamada y miré el teléfono durante un minuto, moviendo la cabeza. Estaba al máximo de mi capacidad de preocupación y culpa, y no tenía cabida también para el trabajo. Ni por tratarse de una reunión importante. Me necesitaban aquí.

Había pasado gran parte de los últimos cinco años con la nariz en el trabajo, ignorando las peticiones de cenas y almuerzos, solo visitando a mi padre en Navidad o Acción de Gracias. Esta era mi expiación por eso.

Demasiado tarde.

Ignoré la vocecilla que me juzgaba en mi cabeza y me metí el teléfono en el bolsillo. Tenía que ayudar a Audrey a recordar. Pero era del tipo de cosas que no se pueden forzar, ¿verdad? Probablemente habría una lista de Buzzfeed flotando en Internet sobre cómo recordar cosas.

En vez de salir inmediatamente, levanté el control remoto de mi escritorio del estudio y lo apunté a la pared. Hice clic en un botón, y el televisor parpadeó a la vida. Revisé los canales y me fijé en las noticias.

Lo más destacado se desplazaba por la parte inferior de la pantalla, pero las ridículamente preparadas noticias no tenían nada que decir sobre el incendio de Nantucket. Quizás ya eran reseñas viejas. No había pistas, nada que reportar.

Apagué el televisor y bajé el control remoto.

—¡Evan! —El grito sonó desde la cocina. Audrey me llamaba—. ¡Evan, ven rápido!

Salí corriendo del estudio inmediatamente, bombeando mis brazos hacia atrás y hacia adelante, la adrenalina se apoderó de mí. Ella me necesitaba. Algo estaba mal. Tenía que serlo, o no me habría llamado de esa manera.

—¡Evan!

Me deslicé hacia la sala de estar.

Capítulo 8

AUDREY

—¿Qué? —Evan se detuvo justo en el centro de la sala de estar, aún con el pecho descubierto, respirando con dificultad, sus oscuras cejas levantadas—. ¿Qué pasó?

—¿Eh? Nada. Solo que acabo de tener una idea —dije.

Sus hombros bajaron.

—¿Una idea? Pensé que estabas siendo atacada por un maníaco enmascarado.

—¿Qué? No —Puse una mano en el respaldo de la silla de la cocina y eché un vistazo al espacio—. ¿Por qué iba a...? Oh, por supuesto. Grité muy fuerte, ¿no?

—Uh, sí.

—Lo siento. Solo me emocioné. Llamé al consultorio, pero estaba cerrado. Así que yo... sí, estoy pensando... —Me levanté de mi asiento y caminé de un lado a otro. Un torrente de sangre trajo otro golpe del dolor de cabeza, y trate de calmarme un poco presionando una mano contra mi frente—. Necesito regresar. Ese es el truco. Eso podría sacudir algo suelto, y entonces lo recordaré. Sí, definitivamente necesito volver.

—¿Qué? ¿Regresar a dónde? ¿A Nueva York?

—No —le dije— pero tampoco es una mala idea, no es que sepa cuánto tiempo ha pasado desde que estuve allí. Quiero decir, estoy aquí ahora. Dios, si no puedo pensar con claridad, mucho menos formar oraciones coherentes. Lo que intento decir es que necesito ir a la casa. La mansión en Nantucket. Es la idea perfecta, ¿verdad? Internet dice que necesito refrescar mi memoria, y así es como lo haré. Y después, puedo volver a llamar al consultorio de Nueva York y averiguar cuándo me mudé o qué detalles tienen sobre mí.

—Oh Dios, dime que no sacaste eso de un video de YouTube o algo así —La expresión de Evan se volvió sarcástica.

—No, no lo hice —respondí—. Pero esto es importante, Evan. Necesito hacer eso.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Aunque no estoy seguro de cuántos recuerdos te pueda a desencadenar eso. Por lo que me dijo mi padre, acababas de llegar a la ciudad. Tu madre llevaba un tiempo con él, pero tú tenías pocos días aquí. Aparentemente, eras una mujer ocupada.

Me detuve, analizando lo que había dicho.

—¿Eso es todo lo que sabías de mí?

—Sí —dijo con firmeza—. Yo también soy un hombre ocupado.

—Espera, ¿entonces no sabías nada de mí? ¿En absoluto? ¿Por qué? ¿No estabas en contacto

con tu padre?

—¿Es juicio lo que percibo en tu tono? —preguntó Evan.

—No, no, solo tengo curiosidad. Siento que cada pedacito de información que pueda recibir me ayudaría a acercarme a la verdad.

Y necesitaba la verdad. Necesitaba descubrir la raíz de todo esto, y dónde estaba mi madre. La necesidad se atornillaba en el centro de mi mente.

—Algunas cosas es mejor dejarlas en la oscuridad —contestó Evan, pero hizo caso omiso a cualquier otro comentario que yo pudiera hacer antes de continuar—. Si quieres ir a Nantucket, lo haremos. Lo que sea necesario para ayudarte.

—Excepto cuando no se trata de ti, aparentemente.

—No tengo nada que ver con lo que pasó —dijo, y su voz era tan confiada que me molestó un poco.

¿Cómo podría saber que no tenía nada que ver con esto? ¿Y cómo es que sentí que yo era definitivamente parte de la razón?

Suspiré y me senté de nuevo en la silla, con mis dedos deslizando sobre el Trackpad del portátil.

—Tendrás que cambiarte para salir. Después, te llevaré a una tienda de ropa. Podemos conseguirte algo para que te pongas. Un nuevo vestuario —agregó.

Había perdido todo en el incendio, incluyendo mi teléfono, si es que tenía uno.

—Gracias —dije—. Te lo pagaré cuando averigüe... todo.

—No hay problema —dijo—. Va por mi cuenta. ¿Para qué es la familia, verdad?

—Parece incestuoso en retrospectiva.

—Haces chistes —me contestó y me sonrió. La aspereza de que le preguntaran sobre su relación con su padre había desaparecido de nuevo, y ese lado encantador había vuelto—. Hazme saber si necesitas ayuda con algo.

—¿Qué, como cambiarme?

Su mirada me recorrió completa. Dudó y luego agitó la cabeza.

—Cualquier cosa menos eso.

EL INTERIOR de la tienda era hogareño, con maniqués en las ventanas delanteras, vestidos veraniegos, faldas largas, pantalones de yoga, y cosas por el estilo.

—¿Qué te parece este lugar? —preguntó Evañ, poniéndose a mi lado.

Ya nos habíamos detenido en otras dos tiendas y ambas las rechazamos. La primera era una mezcla de cuero, luces y música techno. La segunda olía a naftalina, atendida por un hombre extraño y cauteloso que se chupaba los dientes y preguntaba si alguno de nosotros necesitaba ayuda para entrar o salir de los vestuarios.

—Parece bastante inofensivo.

En los recuerdos que tenía, usaba trajes de falda, pero mi corazón se inclinaba hacia el estilo de este lugar. Los colores vibrantes, la música, las flores frescas colocadas en el escaparate.

—¿Puedo ayudarle?

Una mujer se levantó de un escritorio de teca en el extremo opuesto de la habitación y se dirigió hacia nosotros, su mirada se centró en mí, luego miró a Evan e hizo el doble parpadeo. Podría tener amnesia o pérdida de memoria a corto plazo, lo que sea, pero incluso yo sabía lo que significaba el doble parpadeo de “oh, Dios”.

—Hola —le dijo a Evan, moviendo con entusiasmo las pestañas postizas.

—Yo no soy el que está de compras —dijo y me puso un brazo alrededor de la cintura—. Es ella.

El roce en mi cintura me dejó en shock, respiré profundo intentando recuperar mis sentidos. No era mi novio, ni siquiera era mi amigo. Apenas nos conocíamos.

—Oh, sí, por supuesto. ¿Señora? ¿En qué puedo ayudarla?

Miré todo mi alrededor, buscando a mi Audrey interior pero solo encontré vacíos de identidad. Tendría que rellenarlos con otra cosa. Ropa o confianza, en esencia.

—Sí, voy a necesitar ver todo lo que tienes en azul y rosa.

—Oh... —dijo, formando la palabra perfectamente con su boca y se mantuvo así.

—Estoy bromeando, estoy bromeando —dije—. Estoy bien. Puedo encargarme de esto yo sola. Solo tienes que preparar la caja registradora.

La mujer se apresuró a volver a su puesto en el escritorio sin decir una palabra más, pero miraba a Evan cada dos segundos. Los celos gritaban en mi pecho.

¿Una perra lista para ser liberada?

—¿Preparar la caja registradora? —preguntó Evan.

—Sí, lo siento. Estaba tratando de estar... no sé, a cargo.

De verdad, solo quería un poco de espacio. Tal vez fue por el fuego de su agarre o la extraña circunstancia en la que nos encontrábamos, pero la necesidad de ese espacio, de que la gente se quedara atrás, estaba arraigada en mí.

—No voy a arruinarte, no te preocupes —agregué.

—No podrías si lo intentaras. A menos que vendan islas pequeñas en esta boutique.

—Eres arrogante.

—Ya lo sabías —contestó en voz baja.

Una vez más, nuestros ojos se encontraron, y el deseo se interpuso entre nosotros. Era la forma en cómo me hablaba, en cómo me decía esas cosas sin rodeos. Me encantaba eso.

¿Qué te parece ahora, señorita Amnesia?

Me aclaré la garganta para romper el contacto entre nosotros.

—Bueno —le dije—. Será mejor que me pruebe estas prendas si queremos llegar a la mansión

quemada de tu padre antes de que acabe el día.

Evan ahogó un sonido que era mitad indignación, mitad risa, mientras yo me lanzaba hacia uno de los probadores.

No me llevó mucho tiempo encontrar lo que necesitaba. Algunos pares de jeans, faldas cortas - no muy cortas, aunque eran de verano-, vestidos, blusas, sostenes y conjuntos de bragas a juego. Me probé cada uno de ellos, comprobando mi reflejo en el espejo mientras lo hacía.

Estaba pálida, las sombras de las ojeras resaltaban en la parte inferior de mis ojos, pero la ropa me quedaba bien, y eso era lo que importaba. Me dejé puesto el último conjunto, un vestido floral corto, justo por encima de las rodillas, combinado con un cárdigan amarillo pálido, un par de zapatos a juego y salí a la sección principal de la boutique.

Evan me esperaba sentado en un sillón de chintzy, al verme sus ojos brillaron y se levantó del asiento.

—Bonito —dijo.

—Un pastel es bonito —le contesté—. Entonces soy un pastel.

—No estoy seguro de lo que eso significa. Pero un pastel no es bonito, es delicioso —contestó, acercándose.

Mi garganta se cerró, y di un paso atrás.

—Tenemos que dejar de hablar así —le dije—. Es lindo, pero es peligroso.

—Somos conejos entonces.

—¿Eh?

—Los conejos son lindos pero peligrosos. ¿Nunca viste a Monty Python? ¿Conejo asesino?

—Pero eso era ficticio —le contesté—. Los conejos no son lindos y peligrosos.

—En realidad, estudios recientes han demostrado que algunos conejos son propensos al canibalismo. Incluso han documentado imágenes de conejos comiendo pájaros muertos.

Parpadeé, asimilando esa información.

—Estoy dividida entre la intriga, preguntándome por qué sabes eso, y la decepción de que esta es la información que recordaré en lugar de todo lo que pasó en el pasado, ¿Cuánto? ¿Seis meses?

—Al menos has aprendido algo nuevo hoy.

—Nunca volveré a ver a Bugs Bunny de la misma manera.

Me di la vuelta, la ropa que había elegido me cubría el brazo y caminé hasta la caja registradora al otro lado de la habitación. Evan se puso a mi lado y no dijo nada más sobre conejitos, gracias a Dios. Tampoco había sensualidad. A menos que lo mirara, por supuesto.

El hecho de que nuestras conversaciones fluyeran tan fácilmente era grandioso, con el propósito de que nos uniéramos y tratáramos de averiguar lo que había sucedido, pero también era confuso. Sentía una conexión con él. ¿Sería porque era la única persona que tenía? ¿Habría estado vagando por las calles hundida en confusión sin él? Seguramente no. Pero era una razón válida por la que, subconscientemente, era tan atractivo para mí.

Estás sobre-analizando.

—Esto es todo —dije y puse la ropa en el mostrador.

La vendedora se tomó su tiempo para escanear cada artículo y empacarlo cuidadosamente en una bolsa con el logotipo de la tienda en un lado. Evan le entregó su tarjeta y luego se la devolvió con otro revoloteo de pestañas y un recatado “gracias”.

Finalmente, salimos de allí y caminamos hacia el auto, él me guiaba con su mano en la parte baja de mi espalda mientras yo me aferraba a las correas de la bolsa. Fingí, por el momento, que era un día normal, que no íbamos a salir a buscar la verdad. Que él era solo un chico y yo una chica, y que estábamos en la cita más rara de las historias de todas las citas.

Una sonrisa adornó mis labios mientras él me abrió la puerta del Audi, y me deslicé en el asiento de cuero. La sonrisa desapareció un momento después cuando encajé mi cinturón de seguridad en su lugar.

Este no era un día normal. Él no era un tipo normal, era mi hermanastro y mi salvavidas, porque la verdad era que alguien había intentado matarme. Y ese alguien podría estar todavía ahí fuera, observando, esperando. Nada de esto era normal. Y me estaba obligada a confiar en él porque no había nadie más en quien pudiera hacerlo. Nadie más podía ayudarme, ni policías, ni médicos fracasados, ni terapeuta.

—¿Estás lista para ir? —preguntó Evan, mientras encendía el motor.

—Sí —Giré la cabeza hacia la ventana y me concentré en la tarea que tenía por delante.

Capítulo 9

EVAN

—¿Cuánto tiempo tarda el ferry? —preguntó Audrey y se sentó en su asiento. Ella soltó la hebilla de su cinturón de seguridad y se asomó para ver la cubierta del ferry, a los demás autos y a la gente que estaba sentada más arriba en una segunda cubierta.

—Dos horas y quince minutos. Confía en mí, lo sé. No va más rápido que eso.

Audrey suspiró.

—Está bien —dijo ella—. Nos dará la oportunidad de descomprimirnos.

—O marearnos —le contesté.

—¿Siempre eres tan positivo? —preguntó ella, acomodándose en su asiento y esa gran sonrisa apoderándose de toda su cara.

¿Siempre eres tan hermosa? ¿Qué me pasa?

Era mi hermanastra, que no podía recordar nada, pero por mucho que tratara de dejar a un lado mis instintos inapropiados, no dejaban de crecer. Cada vez que la miraba, cada soplo que traía el olor de su piel, y el sonido de su voz, impulsaba otro pensamiento, otro deseo en primer plano.

—¿Uh? ¿Estás bien? —Audrey me preguntó y me hizo un gesto con la mano frente a la cara.

—¿Qué? Sí, bien. ¿Cuál era la pregunta?

—Hmm, ya no importa, pero tal vez deberías venir conmigo a mi cita de terapia. Creo que haber inhalado tanto de humo del incendio claramente ha dañado tu cerebro.

Ella mostró esa sonrisa descarada a mi manera. Abrió la puerta del auto y salió a la cubierta cerrándola detrás de ella, caminó hacia la barandilla, apoyó sus delicados brazos contra ella, y miró hacia el océano. La brisa le tiraba del cabello, moviendo mechones de él de un lado a otro.

—Tranquilo —me dije, mientras mi pulso se recuperaba. Tenía que ordenar mis prioridades.

Claramente, el asunto de mi padre había desplazado mi sentido del bien y del mal, porque querer a esta mujer en medio de toda esta confusión era un error.

Abrí la puerta y salí, caminé hacia ella y me paré a su lado apoyándome también de la barandilla.

—¿No es precioso? —preguntó ella, levantando la barbilla con la brisa—. Los olores, las vistas, el sonido del océano. ¿Cómo no podrías pasar todo el día aquí?

Nunca lo había pensado de esa manera antes. El ferry era solo una forma de llegar a mi destino. Una tortura que soportar, no para ser disfrutada.

—Entonces, ¿eres del tipo de mujer que se detiene y huele a las rosas?

—Supongo que sí —contestó ella—. ¿Es eso algo malo?

—Depende de dónde estén las rosas —dijo—. Si están en una casa en llamas, entonces eh — Me encogí de hombros.

Levantó el puño y me dio un puñetazo falso en el brazo.

—Al menos no hablo de hechos aleatorios sobre liebres caníbales.

—Cierto.

Se veía tan bien mientras olía el océano. Ella cerró los ojos y yo la estudié de perfil, admirando la suave inclinación de su nariz y la ligera elevación en la comisura de sus labios.

—Cuando era niña, mi madre solía llevarme al lago en el club de campo. Que yo recuerde — dijo, y sus ojos se abrieron de par en par—. Recuerdo que salíamos al lago en un pequeño bote de remos, y ella me contaba historias. Recuerdo la sensación de que el barco se balanceaba cuando me movía demasiado y mi mamá me tocaba el brazo para estabilizarme. Ella siempre estuvo ahí para mí. Es gracioso, digo eso y sé que es verdad, aunque no puedo recordarlo todo. Pero sí, ella siempre estaba ahí.

—¿Y tu padre? —pregunté.

No estaba exactamente al tanto de la nueva esposa de mi padre o de su historia, para ser sincero.

¿Y si la madre de Audrey es la razón de todo esto?

—Mi padre —Ella agitó la cabeza—. No tengo.

—Físicamente imposible, pero ¿de acuerdo? ¿Eres un experimento, enviado aquí para probar mi voluntad?

—¿Tu voluntad? —Audrey se rio a carcajadas—. Creo que es al revés. Pero no, me refiero a siempre estuvo ausente. Dejó a mi madre cuando yo era bebé. Entonces, fui criada solo por ella, a veces por las mujeres que la ayudaban. Es una persona increíble, ¿sabes? Por lo que puedo recordar —La sonrisa en sus labios se desvaneció un poco.

—Entonces ustedes dos tienen eso en común.

—Mentiroso —comentó.

—Es verdad.

—Oh, vamos, ¿qué he hecho para hacerte pensar que soy una persona increíble?

—¿En serio? —La miré fijamente—. Audrey, has manejado lo que te ha pasado increíblemente bien. La mayoría de la gente que conozco se derrumbaría bajo el peso de este tipo de cosas, pero tú no. Te has hecho más fuerte, más decidida a encontrar la verdad.

—Supongo que así es —dijo ella—. Pero no veo por qué eso es asombroso. ¿Cuál es la alternativa a averiguar la verdad y encontrar a mi madre? ¿Acurrucarme en una esquina y morir? ¿Encerrarme en mí misma? Eso no es vivir.

—No, no lo es. Pero algunas personas no lo ven de esa manera. Por lo tanto, es asombroso.

—¿Asombroso como una liebre caníbal? —preguntó.

—Exactamente —respondí—. Ahora nos estamos entendiendo.

Entrelacé mis dedos para evitar acercarme a ella, para evitar acomodar suavemente su mechón de cabello detrás de su oreja.

—¿Nunca extrañabas tener un padre? —le pregunté.

—No puedes extrañar lo que nunca tuviste. A menos, por supuesto, que sean tus propios recuerdos.

Sonreí y el silencio se deslizó entre nosotros, roto por la corriente de agua contra los costados del ferry y el parloteo de los demás en la cubierta.

—Tuve una situación similar, en realidad —dije.

¿Qué estás haciendo? ¿Por qué le dijiste eso?

—¿La tuviste? —Audrey giró su cabeza hacia mí.

Me tomé un respiro y me preparé. No tenía sentimientos ni discusiones emocionales sobre eso. Prefería manejar mis propios problemas, aunque eso significara acumular tanta basura por dentro. O escribiendo un diario.

—Prométeme que no me psicoanalizarás y te lo contaré todo —dije.

—No podría aunque lo intentara —contestó ella, suspirando.

Qué manera de recordarle que ha perdido la memoria, imbécil.

—Mi mamá se fue cuando yo era adolescente —le dije, tomando su dolor y haciéndolo mío en su lugar—. Era una adicta y tuvo que irse a rehabilitación. Excepto que ella no fue a rehabilitación. Ella entraba y salía de nuestras vidas, tratando de retorcer el brazo de mi padre por dinero, a veces incluso el mío. Fue parte de la razón por la que me rebelé cuando era niño, supongo.

—Lo siento mucho, Evan. Eso debe haber sido muy difícil para ti —dijo Audrey.

—Lo sería para cualquiera —Agradecí su simpatía, extrañamente. Siempre temí hablar de eso, porque no podía soportar la compasión de los demás—. Murió hace unos años, en realidad. De sobredosis. No había nada que pudiéramos hacer para ayudarla, aunque lo intentamos. En cada rehabilitación a la que fue, fracasaba. Ella no quería cambiar, y eso fue probablemente la peor parte de todo. Cuidando a alguien que no sabe lo que es bueno para sí o se niega a verlo.

—La perdiste.

—La perdí hace mucho tiempo. Mucho antes de morir. Dejó de ser mi madre cuando empezó a pedirme dinero cuando era adolescente —Me encogí de hombros—. Supongo que todos tenemos una historia triste.

—Creo que la tuya es peor que la mía —dijo Audrey—. Sin ofender.

—No me ofende. Pero, ¿por qué lo dices?

—Bueno, tuviste a alguien a quien echar de menos y a quien perder. Yo no tenía eso. Así que, creo que eso es peor —Ella presionó su mano contra mi antebrazo, y yo la miré de nuevo.

El impulso de besarla se elevó de nuevo. Me imaginé tomando su dulce rostro entre mis manos, pasando mi pulgar por su piel tan suave y hermosa, llevando mis labios a los suyos para probarla. Mi pene se movió en mis pantalones, pero me obligué a romper la tensión y enfocar mi mirada en el océano.

—Gracias por contármelo —dijo y me quitó la mano del brazo. La falta de su contacto me hormigueaba—. Es bueno saber que tenemos algo en común, ya que vamos a estar juntos por un tiempo, encontrando a nuestros padres.

—Claro —Me giré para recostarme de la barandilla—. Cielos, debimos haber almorzado antes. Me muero de hambre.

—Comimos tocino y huevos.

—Eso fue el primer desayuno para mí —le dije—. Necesito un segundo desayuno y dos almuerzos. Se necesita mucho para mantener esta máquina bien engrasada funcionando.

—Entonces, ¿eres como un hobbit alto y pulcro? —preguntó Audrey.

—Precisamente.

Los dos nos relajamos y volvimos a hablar, pasando bromas de un lado a otro en un intento de aliviar la seriedad de la conversación que acabábamos de tener. Las horas pasaron rápidamente con ella, y en poco tiempo, estábamos de vuelta en el carro preparándonos para salir hacia la mansión.

Me sentía demasiado cómodo a su lado, y me obligué a mantenerme en guardia, para protegerme de la posibilidad de que esta mujer que ni siquiera se conocía a sí misma se colara en mi corazón y tomara el control.

Capítulo 10

AUDREY

Evan presionó el control remoto, y dos puertas inmensas que protegían los alrededores de la mansión comenzaron a separarse. Me concentré en los árboles que flanqueaban a lo largo del camino de entrada que conducía a la casa.

—¿Algo de esto te resulta conocido? —preguntó Evan.

—No —dije, y se me retorció el estómago.

¿Por qué no podía recordar nada? Obviamente sabía por qué, pero esperaba que con solo ver este lugar se me refrescara la memoria y que destellos de lo que había pasado volverían a mí. Lleve una mano hasta mi cuello, buscando un collar que creía que llevaba puesto.

Espera, ¿qué? ¿Qué collar?

—No te estreses por eso —dijo Evan—. Estamos aquí a modo de experimento, para ver si podemos encontrar algo. De igual manera hay otras formas de resolverlo.

Pero incluso él sonaba dudoso. Si no podía recordar lo que había sucedido, ¿cómo íbamos a resolverlo?

—Gracias —dije.

Evan se detuvo frente a la ruina y se me cayó la mandíbula. No quedaba mucho de lo que debió ser una mansión en expansión, a juzgar por el tamaño de los escombros. Dos barandillas gruesas estaban a los lados de los restos de hollín y ceniza que denotaban la entrada a la casa.

También quedaban algunas columnas, de color negro carbonizado y que aún humeaban ligeramente. No había mucho más. A la izquierda, había otro grupo de escombros que debió haber sido una casa extra de algún tipo.

—Cielos —dije—. ¿Yo estuve allí?

—Bueno, no se veía así cuando te saqué —contestó Evan.

La magnitud de lo que había hecho por mí me impactó de nuevo, y lo miré de reojo.

—Evan...

—¿Qué pasa? —Se giró en su asiento y se encontró con mi mirada.

La palabra “gracias” se quedó atascada en mi garganta, no significaba nada, en realidad. Era inútil en el sentido de que no expresaba lo que realmente sentía por lo que él había hecho ese día y cómo me había ayudado la semana pasada.

Me desabroché el cinturón de seguridad y recorrí el espacio que nos separaba, sostuve su cara

con mis manos y presioné mis labios contra los suyos.

Él se puso rígido al instante y luego se relajó. Me puso un brazo alrededor de la cintura mientras que el otro tanteaba algo a su costado, lo que hizo que el asiento del conductor se moviera hacia atrás, alejándose del volante. Me subió a su regazo y profundizó el beso, su respiración se mezcló con la mía.

Dejé salir un suave gemido, y él me presionó contra su pecho duro, luego sus manos viajaron por todo mi cuerpo, agarrando mis caderas con fuerza y luego mis nalgas, apretándolas y palmeándolas. El beso era húmedo, intenso, demasiado bueno, tanto que luché por mantener la cordura.

—Evan —susurré contra sus labios.

El sonido de su nombre se lo tragó entero, me besó hasta que perdí el aliento y me deshice en su regazo, mi cuerpo se estremecía por la fuerza de cada latido de mi corazón.

—Por favor, por favor, por favor —dije—. Lo necesito.

—Audrey —contestó, y había duda en su voz.

Tal vez tenía miedo de aprovecharse de mí otra vez. Tal vez pensó que yo no estaba en el estado mental adecuado para quererlo, pero no podía estar más equivocado. Él era el pilar de mi vida en este momento, y necesitaba sentir más de él, en todos los sentidos.

—Dámelo. Te lo ruego —murmuré.

Gruñó, y levantó rápidamente mi vestido metiendo su mano en mis bragas de algodón. Mojó sus dedos en mi entrada para luego frotar mi clítoris y hacer su magia, llenándome de felicidad.

—Oh, Dios —siseé—. No, así no. Dentro de mí. Te quiero dentro de mí.

—Agarra un condón de mi billetera. Bolsillo delantero —Me indicó, mientras seguía dando vueltas alrededor de mi clítoris.

Saqué la billetera, la abrí a tientas y tomé el condón. La otra mano de Evan voló a sus pantalones y abrió la cremallera rápidamente, revelando su pene erecto, lo acarició de un lado a otro contra mis bragas de algodón empapadas.

—Estás tan mojada —gruñó en voz baja.

—Quítamelas. Quítamelas —murmuré, moviéndome contra sus dedos, mientras rasgaba el envoltorio del condón.

—Voy a destrozarlas si lo hago.

—¡Hazlo!

Se escuchó un rasgón, seguido por el chasquido agudo de la ruptura de la tela, y me arrancó las bragas, las arrojó al asiento del pasajero. Era lo más sexy que había hecho, y yo hice lo mismo con el envoltorio del condón, rasgando y tirando, extrayendo el círculo de látex.

—Pónmelo —ordenó.

Seguí las instrucciones, deslizando el condón sobre su miembro, lamiendo mis labios ante la forma en que su circunferencia se tensaba contra el látex.

En el momento en que estaba listo, Evan me enganchó un brazo de la cintura y me levantó,

mientras que con la otra mano sujetaba su pene. Me bajó sobre él, cada centímetro que entraba provocaba gritos ahogados de parte de los dos. Él palpitaba dentro de mí, y yo apoyé mi frente contra la suya perdiendo el aliento.

—Bien —me ajusté.

—Muy bien —estuvo de acuerdo y me agarró de las caderas para levantarme y bajarme, una y otra vez, aumentando el ritmo, usando esos brazos fuertes para penetrarme más fuerte y profundo—. Juega con tu clítoris. Quiero ver cómo te tocas. Quiero que te vengas conmigo.

—Sí —dije, y una vez más seguí sus órdenes.

Froté mi clítoris, dibujando círculos en él. Nuestras miradas estaban conectadas, mis emociones saltaron de solo placer a algo más profundo. Era lo que había estado deseando desde que desperté en la mañana, sobre todo cuando habíamos acordado que no lo volveríamos a hacer.

—Más, más, más, más. No te detengas —me quejé—. Ya me vengo, Evan.

—Así es —gruñó—. Vente. Vente sobre mí, preciosa.

Me incliné y lo besé, chupando su labio inferior cuando los primeros espasmos de mi orgasmo me golpearon fuerte. Me aferré a él, me perdí en su calor, en su dureza dentro de mí.

—Oh, Evan —me quejé—. Evan.

Lo besé y le chupé la lengua, mis ojos se voltearon, mis caderas temblaron a tiempo con mi clímax.

—Ya voy.

Evan se hizo más grueso dentro de mí, y sus dedos se enterraron en mis caderas.

—¡Demonios!

Cedimos juntos a nuestros orgasmos, atrapados el uno en el otro, atrapados en el momento. Me apoyé contra su pecho, sin aliento, mientras Evan acariciaba mi espalda.

—Esa fue una forma interesante de agradecerme —dijo.

—No seas imbécil —le contesté, y le pellizqué el brazo, con una sonrisa que me arrancó los labios.

DIEZ MINUTOS MÁS TARDE, estábamos vestidos apropiadamente otra vez, nos habíamos limpiado lo mejor que pudimos y regresamos a nuestros asientos en el auto.

—Eso fue... asombroso —dije.

*

—Está bien —contestó Evan, pero la sombra de un ceño fruncido persiguió su expresión—. No tenemos que hablar ni pensar en esto ahora. Lo resolveremos más tarde.

—Bien —dije, asintiendo—. Tienes razón. Vinimos hasta acá para averiguar qué les pasó a nuestros padres —De alguna manera, lo olvidé en los momentos previos al beso—. Hagámoslo.

Abrí la puerta y salí, concentrándome en la casa para reprimir el oleaje de arrepentimiento que había dentro de mí.

¿En qué estabas pensando? Fácil, no estabas pensando. Te lanzaste a él abrumada por la

emoción. Eso es realmente patético.

Apagué mi dura y crítica vocecita interior y me concentré en la mansión en su lugar.

—Entonces, ¿simplemente vamos a entrar ahí? —le pregunté, cuando Evan salió del auto.

Me miró fijamente por un momento y luego aclaró su garganta.

—Yo te guiaré. Sin embargo, ten mucho cuidado al caminar —dijo—. Es peligroso.

—No me digas —le contesté, y miré la ruina humeante. Tal vez humeante era una descripción un poco ilusa, realmente se veía ardiente.

Evan dirigió el camino, yo lo seguí por los escalones de la entrada hacia los escombros. Me abrí camino a través de ellos, lamentando el hecho de que mis zapatos nuevos se estaban arruinando. Pero debí pensar en eso en la boutique.

Evan se separó de mí y se fue por la derecha. Pisó los escombros, algunos se agrietaron bajo los pies, y se detuvo.

—Aquí fue donde te encontré —dijo—. En la sala de estar.

—Oh —Caminé hacia él y me detuve.

—¿Reconoces algo de esto? —preguntó

—Bueno, todo está carbonizado e irreconocible —Giré en círculo, buscando cualquier cosa que me recordara algo, pero todo era nuevo para mí. Como si nunca hubiera estado en este lugar antes—. No, no reconozco nada.

Evan agitó la cabeza.

—Bueno, probablemente no pasaste mucho tiempo aquí, de todos modos. Eso podría explicarlo.

—No, hay un hueco en mi memoria. Literalmente no recuerdo nada de Nantucket. Tienes que tomar el ferry para llegar hasta acá, ¿verdad? No recuerdo el ferry. Nada de eso —Me detuve, y mordí mi labio inferior—. Lo siento, Evan. Soy inútil en esta situación.

—No hay necesidad de arrepentirse —dijo y se inclinó, dejando a un lado los escombros y las cenizas. Levantó un objeto medio quemado del suelo y lo giró en sus manos. Lo sopló una vez, y su cara palideció.

—¿Qué pasa?

—Un retrato —dijo.

Caminé hacia él, mi corazón latía a un ritmo de miedo y remordimiento. Me detuve a su lado, y él giró la foto carbonizada para que yo pudiera ver mejor.

Un hombre canoso, como una versión más vieja y más baja de Evan, posaba sonriendo en la foto. El resto estaba quemado, y lo que sea que el hombre había estado sosteniendo, o mejor dicho, a quienquiera que hubiera tenido alrededor de su brazo, había sido destruido.

—¿Tu padre?

—Sí —dijo Evan, las yemas de sus dedos se deslizaban por la foto—. Esto fue en Navidad hace dos años. Tuvimos una cena familiar, pasamos algún tiempo juntos hablando. Tu madre no

estaba en la foto todavía, hasta donde yo sé. O tal vez lo estaba y yo no lo sabía.

—¿Tú y tu padre no eran muy unidos?

Se metió la foto con cuidado en el bolsillo, luego se alejó unos pasos de mí.

—No hablo de eso.

—Me hablaste de tu madre.

—Eso es diferente —dijo—. Este es... mi padre es...

—Está bien, Evan.

—No, no lo está. Mi padre está desaparecido, y podría ser culpa mía.

—¿Qué?

Exhaló pero no se dio la vuelta. En vez de eso, se enderezó, uniendo sus manos detrás de la espalda, estirando los hombros.

—Mi padre es inocente en todo esto. No hay nadie a quien haya enfurecido lo suficiente como para explicar todo esto. No tenía enemigos. Mi padre estaba limpio desde el principio. Se construyó a sí mismo de la nada. Probablemente todo esto sea mi culpa.

—¿Cómo, Evan? ¿Qué es lo que no me estás contando de tu padre? —le pregunté.

Se giró hacia mí, tenía su mandíbula tensa.

—No es lo que no te he dicho de mi padre. Sino lo que no te he dicho de mí.

Mi ritmo cardíaco se aceleró.

—¿Tienes alguna idea de quién pudo haber hecho esto?

—No, en realidad no. Tal vez.

—Bueno, eso aclara las cosas.

Evan pasó su pulgar por encima de la barba a lo largo de su mandíbula.

—Vamos a comer algo. Te contaré lo que pueda. ¿Te parece?

¿Qué otra opción tenía sino seguir adelante? Él era mi salvavidas en este momento. ¿Y si no es quien dice ser? ¿Entonces qué?

Debiste pensar en eso antes de que te acostaras con él.

Pero mi instinto me dijo que confiara en él. Que estaba bien. Y eso era excepcional, dadas nuestras circunstancias.

—¿Me dirás todo lo que necesito saber? —pregunté, cruzando los brazos sobre mi pecho—. No me gusta la forma en la que hablas. Actúas como si supieras algo de todo esto.

—No es que lo sepa con seguridad. Ni siquiera es lo que sospecho. Es solo que... nada de esto tiene sentido, y si yo no soy la razón por la que esto ha pasado, entonces tú debes serlo —Me miró sin sentido—. Y estoy luchando para creerlo ahora mismo.

El pensamiento me provocó un escalofrío en todo el cuerpo.

—Vamos —dijo, y me extendió la mano—. Vamos a resolver esto.

Capítulo 11

EVAN

Esta era una discusión que no me gustaba tener, pero era necesaria. Al carajo, estábamos juntos en esto ahora, aunque yo no quería que fuera así.

Entramos en un pequeño restaurante, Gavin's Sea Basket, y una camarera nos recibió, nos guió entre las mesas hasta una cabina privada en la parte de atrás. Era acogedor, con un mantel a cuadros sobre la mesa, asientos acolchados y separadores de madera para darnos privacidad. La camarera encendió una vela aromática en el centro de la mesa, luego nos entregó los menús y nos tomó la orden de bebidas antes de salir corriendo.

El lugar era íntimo. Cielos, todo lo que tenía que ver con Audrey era íntimo, solo porque estaba conmigo. Estar cerca de ella lo empeoraba. Cada segundo que pasaba a su lado cimentaba lo que se había despertado en mí desde el momento que tuvimos sexo por primera vez. Las dos veces que estuvimos juntos había sido espontáneo, impulsado por nuestra necesidad desenfrenada de uno por el otro.

Nos sentamos en silencio. Audrey jugaba con los paquetes de azúcar sobre la mesa mientras yo revisaba el menú, hasta que finalmente la camarera regresó con nuestras bebidas, una Pepsi light para mí y una copa de vino para ella.

—¿Qué te apetece comer? —le pregunté.

—Evan —dijo ella—. No vamos a discutir sobre...

—Lo haremos —le contesté—. Pero primero saquemos la comida del camino. Así no nos interrumpen después. ¿Y bien? ¿Qué vas pedir para ti?

Audrey cogió su menú, se mordió el labio y se concentró.

—La pesca del día se ve bien.

—Lasaña para mí —dije.

—¿Qué? Pero estamos en un lugar de mariscos.

—Pero me encanta la lasaña. Mi amor por ella no tiene límites. La lasaña es amor. La lasaña es vida.

—No tenía ni idea de que tuvieras sentimientos tan fuertes por la comida —dijo Audrey y me sonrió.

Las incómodas vibraciones entre nosotros se habían disipado de nuevo, y habíamos vuelto a las bromas normales. Normal para nosotros dadas las circunstancias. Hicimos nuestro pedido a la camarera, ella nos dio una dulce sonrisa y luego se retiró.

—¿Es normal que todas las mujeres se desvanezcan cuando estás cerca? —preguntó Audrey.

—¿Eh?

—Oh, vamos, sabes a lo que me refiero. Esa camarera estaba encima de ti y me miraba mal a escondidas. No me importa —dijo Audrey, encogiéndose de hombros—. Es algo lindo, en realidad. Eres un buen partido.

—Eso es lo que piensan. Pero tú y yo lo sabemos mejor —La guiñó un ojo.

—¿Eso crees? —Levantó su copa de vino y tomó un sorbo—. Quiero decir, no sé mucho de ti.

—Excepto lo que se siente cuando te hago venir —respondí, las palabras salieron sin pensarlas.

Audrey jadeó y luego escondió su sonrisa detrás del cristal.

—No es lo que quise decir. Estaba tratando de pasar a nuestra conversación pendiente, Evan.

—¿Sí? —Levanté mi Pepsi y bebí un poco, intentando refrescarme. El recuerdo de su orgasmo me puso nervioso.

—Sí.

—De acuerdo —dije—. Tienes razón. Dije que hablaría, y hablaré.

Se inclinó con su mirada fija en mi cara, tan atenta, tan jodidamente hermosa. Me obligué a concentrarme en mi pasado, en lo difícil que era mi vida para ese entonces.

—Tengo antecedentes —dije—. Antecedentes criminales. Cuando era más joven, estaba involucrado con unos tipos malos. Piensa en un Winter Hill Gang, pero moderno.

Se le cayó la mandíbula.

—Sí. No maté a nadie, pero dirigí las cosas para los de arriba. Cree líos, me hice un nombre y tuve algunos malos amigos. Era un adolescente apenas. Fue justo después de que mi madre se fuera, y yo estaba buscando... Cielos, ni sé lo que estaba buscando, solo algo. Mi padre era rico, mi madre se había ido, yo estaba prácticamente solo la mayor parte del tiempo desde que papá tenía negocios que atender, y mi estúpido culo adolescente quería rebelarse. Hacer algo que los escandalizara a ambos, que captara su atención. Así que lo hice.

Audrey chasqueó los dientes pero no hizo ningún comentario. Estaba en el borde de su asiento, ansiosa por más información. Información que yo no quería compartir.

—Subí más alto de lo que quería, hasta que un día conocí a un amigo. Dan Estaba encubierto en la operación. Un agente del FBI, el hecho es que era mi amigo y estaba metido en un lío, así que me advirtió sobre lo que iba a pasar antes de que pasara, sí, me sacó de ese mundo. Tenía diecisiete años cuando quise salir de la pandilla. La gente estaba enfadada por eso. Uno de ellos, otro amigo, Paul, empezó a sospechar de mí y empezó a difundir rumores de que estaba trabajando para los federales. Todo se fue cuesta abajo desde allí, pero no lo suficientemente rápido. Fueron arrestados, yo también, pasé algún tiempo en el reformatorio, pero los otros... Los mayores, eran matones, y estarían tras mi sangre si supieran que yo había colaborado para hundirlos.

—¿Tú ayudaste?

—Sí. Después de que descubrí lo que mi amigo estaba haciendo... me retracté, y lo ayudé en su investigación. Tenía que hacer cualquier cosa para salir y poner mi vida en orden antes de que

fuera demasiado tarde.

—Guau —dijo Audrey y sorbió más de su vino.

—Sí. Entonces, esos hombres siguen vivos, siguen ahí fuera, y una parte de mí está convencida de que algún día volverán para vengarse. Y que la gente a mi alrededor sufrirá.

Audrey dejó su copa en la mesa.

—Pero de cualquier manera, alguien ya habría venido a por ti. Quiero decir, ¿por qué se detuvo?

—La banda se trasladó después de que algunos de esos grandes nombres fueron arrestados, pero siempre existe la posibilidad de que alguien regrese, me reconozca y trate de eliminar a mi familia.

Apreté los dientes y agarré la lata de soda tan fuerte que se dobló derramándose un poco sobre mi mano. Audrey agarró una servilleta del dispensador y me secó la mano. Se la quité, suavemente, y terminé yo mismo.

—Gracias —dije.

—Oigo lo que dices... —Audrey movía su copa de un lado a otro, haciéndola girar por el tallo—. Pero no creo que sea verdad. Eras muy joven cuando todo eso pasó. Y ahora tienes... ¿cuántos? ¿Unos treinta?

—Treinta y uno —respondí—. Pero esa vida se supone que es para toda la vida. Es una familia. Si te vas, se considera una traición y yo lo hice peor que eso. Fui un soplón.

—Hiciste lo correcto, Evan —Audrey agitó la cabeza—. No puedo juzgarte por eso, realmente no creo que todo esto sea por tu culpa, ¿sabes? No lo siento así.

—¿Por qué?

Su frente se arrugó de la manera más adorable.

—No lo sé —dijo después de un rato—. Solo sé que no es tu culpa.

—Hay una posibilidad de que lo sea. Por el amor de Dios, mi padre no ha hecho nada malo.

—¿Qué hay de tu madre? —preguntó Audrey—. ¿Tenía algún novio o compañero o... ya sabes, alguien que quisiera dinero de tu padre?

—Tal vez, pero nadie ha estado en contacto con ninguno de nosotros, todavía.

—No es que puedan contactarme —dijo—. Ni siquiera tengo teléfono.

Dios, por supuesto. Lo había perdido todo en el incendio, o simplemente no había tenido nada de eso con ella.

—Tienes razón —respondí—. Te compraremos un teléfono antes de volver al apartamento. Así, si me necesitas, siempre estaré a tu alcance.

Aunque no tenía planes de volver a trabajar hasta resolver todo. El puesto de CEO en la compañía había sido todo lo que había deseado durante mucho tiempo, pero ahora ya ni siquiera parecía importarme.

Lo único que importaba en ese momento era la expresión de su rostro, la confusión, la

esperanza cerrada.

—¿Suena bien? ¿Lo del teléfono?

—Claro, sí, eso suena genial. Ya has hecho tanto por mí que empiezo a sentirme culpable.

—Para eso está la familia.

—Tienes que dejar de decir eso —contestó ella—. Se está volviendo aterrador dado lo que ha pasado entre nosotros.

¿Teníamos que discutir eso ahora? Estaba feliz de dejarlo todo así, sin demasiadas presiones, sin demasiadas preguntas, evitando que saliera algo a la luz. Evitando los sentimientos.

¿Es eso lo que temes? ¿Sentimientos por tu hermanastra amnésica?

—Aquí estoy, amigos —dijo la camarera y dejó nuestra comida en la mesa. El olor del queso derretido sobre la pasta sacó todos los pensamientos de mi cabeza—. Háganme saber si necesitan algo más.

Ella se fue de nuevo, e inmediatamente tomé mi cuchillo y tenedor y me puse en acción. Audrey me miraba con diversión.

—No estabas bromeando sobre el segundo desayuno, ¿verdad?

—Esto cuenta como almuerzo —dije, después de tragar. Mi comida había llegado con un panecillo crujiente, y rompí pedazos de él, los unté con mantequilla y los comí junto con los deliciosos fideos suaves y cursivos.

—Esto está muy bueno —agregué

—Igual esto —contestó Audrey y mojó un pedazo de su pescado con una salsa de ajo con mantequilla. Se lo comió y gimió un poco, cerró los ojos y masticó—. Delicioso.

Como tú, preciosa.

—Ves, te dije que esto se pondría mejor con la comida.

Nos concentramos en nuestras comidas, y la conversación disminuyó por un rato mientras disfrutábamos de los sabores. Aun así, la mantuve vigilada, observando la forma en que comía y se frotaba los labios cada pocos minutos. Ella era un enigma para mí. Cristo, era un enigma hasta para ella misma, y cuanto más se descubría, yo también lo hacía. Era como si ambos estuviéramos conociendo partes de ella juntos, y eso hacía que esto fuera aún más emocionante.

—¿Audrey? ¿Eres tú? —Una voz de mujer resonó en el restaurante y ambos miramos hacia arriba.

Era una mujer morena, alta, de cara perfilada, con ojos ligeramente elevados en las esquinas y con la arrogancia de un chal. Se acercó a la mesa y se paró con una mano en la cadera.

—¡Oh, Dios mío, eres tú! ¿Dónde estuviste la semana pasada? He estado tratando de comunicarme contigo, pero tu teléfono va directo al buzón de voz.

—Lo siento, ¿te conozco? —preguntó Audrey, bajando el tenedor y entrecerrando los ojos ante la mujer.

—¿Estás bromeando, verdad? —La mujer la miró a ella, luego a mí y luego a ella de nuevo—. Audrey, soy yo. Ciara. Ciara, ¿tu compañera de práctica?

—Lo siento —dijo Audrey y agitó la cabeza—. No te recuerdo.

Audrey explicó brevemente su accidente, y la mandíbula de Ciara se cayó mientras relataba el cuento, sin disimular su expresión ni un solo momento.

No me da buena espina.

El pensamiento pasó por mi mente. No me convencía ni la forma en cómo se comportaba ni la condescendencia en su tono. Llevaba un traje de falda de negocios y se daba golpecitos con los dedos en el brazo como si tuviera mejores lugares donde estar.

—Gracias a Dios que te he encontrado. Dijiste que te ibas a tomar una semana libre, pero no esperaba nada de esto... Ahora lo sé. ¿Estás bien?

—Supongo que sí —dijo Audrey, todavía frunciendo el ceño como si no pudiera ubicar a la mujer. O como si la información estuviera fuera de su alcance—. He tenido a alguien que me ha ayudado.

Ciara se giró hacia mí.

—¿Y ese alguien es...? —Sus dientes brillaban de lo blanco, como un puto tiburón.

—Evan Crowell —dije bruscamente—. Soy el hermanastro de Audrey.

—¿Cómo? Oh, wow, así que este es el tipo que mencionaste. O mejor dicho, mencionaste a su padre. Bueno, es un honor conocerte —La voz de Ciara se oyó con dificultad—. Un verdadero honor. Así que, bueno, no estoy segura de cómo manejar esta situación. Tengo tantas preguntas.

—Sí, tú y yo —contestó Audrey.

—Oh, claro, por supuesto. Bueno, Dios mío, tal vez haya algunas cosas en las que pueda ayudarte. Como recordarme, por ejemplo —dijo Ciara y le dio una risa despreciativa—. O incluso cosas del trabajo. Podríamos salir y discutir las cosas.

Mala idea.

¿Pero por qué era una mala idea? Claramente era bueno para Audrey. Aunque aun así no me gustaba la idea. No confiaba en ella.

—¿Dijiste que eras terapeuta? —pregunté, interrumpiendo el flujo de su conversación.

Ciara me miró, con una ceja hacia arriba.

—Eso es correcto. Soy la compañera de Audrey en la clínica. Mejor dicho, somos copropietarias y compañeras de trabajo. De hecho, fuimos a la universidad juntas, en realidad.

—Ya entiendo.

—Puedo ayudarte con esto Audrey, ¿ya tienes una cita con alguien? —preguntó.

—Sí, durante la semana... —contestó Audrey, asintiendo.

—Cáncélalo. Me encargaré de ti. No puedes volver a trabajar así —Ciara suspiró, señalando perezosamente con una mano hacia Audrey—. Necesitamos que vuelvas a estar en plena forma.

—¿Cuánto tiempo llevan trabajando juntas? —le pregunté.

Audrey me miró frunciendo el ceño brevemente. ¿Quizás estaba siendo grosero? Al carajo con eso. No conocemos a esa Ciara. Pero probablemente conocía a Audrey mejor que yo. ¿Estaba

celoso? ¿Eso era todo? Porque de ser el caso, era patético. Nunca había sido un hombre celoso.

—Bueno, Audrey se mudó de Nueva York hace unos seis meses para establecer la práctica conmigo, y hemos trabajado juntas desde entonces. De hecho, estaba bastante preocupada porque no me contestaba el teléfono, llegué a pensar que estaba en una de sus desintoxicaciones de los medios sociales. Teléfono apagado, ese tipo de cosas.

—Ni siquiera sé dónde está mi teléfono en este momento. Ni donde vivo. ¿Vivo sola? ¿Contigo?

El hambre iluminó la cara de Audrey, y no era del tipo que se saciaría con la comida que teníamos delante.

—Oh, pobrecita —se quejó Ciara, y de hecho le acarició el cabello a Audrey, como si fuera un perro—. No, esto no está bien. Necesito ponerte al día con todo. Escucha, voy a estar aquí para ti, vamos a salir de esto, ¿de acuerdo?

—Ella está bien —dije, las palabras escaparon antes de poder contenerlas. No necesitaba que esta mujer se metiera en la vida de Audrey.

¿Estás loco? Ella ya era parte de su vida.

—Estoy bien —Audrey estuvo de acuerdo—. Pero me vendría bien tu ayuda y cualquier información que puedas darme. ¿Te gustaría venir al apartamento con nosotros? Podemos tomar algo y hablar de lo que ha pasado.

—Me parece genial. No tengo más planes para el resto del día —dijo Ciara.

—Es lunes —le contesté igual—. ¿No tienes pacientes?

Ciara resopló pero no me miró.

—No, hoy no. Incluso si los tuviera, los cancelaría todos para ayudarla. Ella ha sido mi mejor amiga durante años.

Una mejor amiga que Audrey no recuerda o no ha mencionado ni una vez.

—Entonces ya está arreglado. Estoy tan contenta de haberte encontrado —dijo Audrey y le sonrió a Ciara.

Las dos mujeres empezaron a charlar, a ponerse al día, por así decirlo, y yo las veía, con los ojos entrecerrados.

¿Qué hacía esta mujer en Nantucket? ¿Su consulta era aquí? Era una isla muy pequeña y tardabas horas en llegar desde Boston, y si su consulta era en Boston y no aquí, entonces ¿por qué diablos almorzaba en este lugar un lunes?

No podía apartar los pensamientos paranoicos. Esos instintos protectores que habían despertado en mí el día que saqué a Audrey del fuego volvieron.

Capítulo 12

EVAN

—Estoy tan contenta de haberme encontrado contigo —dijo Audrey, por quinta vez desde que entramos en el Audi y comenzamos el viaje de regreso a Boston.

Sentada en el asiento del pasajero, se dio la vuelta para hablar con Ciara, que se había abrochado el cinturón de seguridad en la parte de atrás.

—Lo sé, pero no creo que sea una coincidencia. Creo que es el destino. Quiero decir, comemos en Gavin's todo el tiempo. ¿Elegiste el restaurante hoy?

—En realidad, sí, lo hice —dijo Audrey—. Pero ni siquiera me recordó nada. Eso es muy raro.

—Wow. Totalmente —Ciara sonrió con suficiencia.

Ví su reacción por el espejo retrovisor, mirándola de reojo pero manteniendo la concentración en la carretera.

—Entonces, ¿comes allí todos los días? —pregunté, mientras entraba en el aparcamiento subterráneo de mi edificio.

—Básicamente, sí —contestó Ciara, su voz sonó un tanto más aguda—. Me encantan los mariscos.

—Entonces, ¿tu consulta está en Nantucket?

—Así es —dijo ella—. Audrey iba a mudarse a Nantucket también. Ha estado viajando desde Boston porque es el único lugar donde pudo conseguir un apartamento. Se mudó con poca antelación.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Las cosas no le salieron bien en Nueva York. Y su mamá se casó —respondió Ciara, pero aun así no confiaba en su palabra.

Sin embargo, no hice ningún comentario, solo me detuve en mi espacio del estacionamiento. Salí, rodeé el auto hasta la puerta de Audrey, le abrí y le extendí mi mano para ayudarla. No la aceptó, pero me sonrió mientras se levantaba con su mirada ligeramente desenfocada. Se dirigió hacia Ciara, que acababa de salir del auto, y empezó a pedirle más información de inmediato.

—Entonces, ¿me he estado quedando en un apartamento en Boston? —preguntó.

—Así es.

—Ojalá pudiera recordar todo eso —dijo Audrey mientras subíamos las escaleras que conducían al vestíbulo del apartamento.

Caminamos hasta el ascensor mientras ellas charlaban, y apretando los dientes, me abstuve de interferir. ¿Por qué se me metió esto en la piel?

—Bueno, ¿qué recuerdas? —preguntó Ciara—. Quiero decir, aparte de tu madre y eso.

—Recuerdo haber estudiado, vagamente, muy vagamente. Y que vivía en Nueva York. Y creo... sí, creo que me mudé a Nueva York desde Boston, hace mucho, cuando era pequeña.

—Está bien —asintió Ciara, animando a su amiga—. Y fuimos juntas a la universidad en Nueva York. Ahí es donde nos conocimos. Somos amigas desde siempre, pero por supuesto, tú lo hiciste mejor que yo en clase. Siempre fuiste un cerebritito, de hecho, estabas muy motivada.

Eso era cierto, al menos. Audrey había tenido que resolver las cosas por sí misma. Se le ocurrió la idea de ir a los escombros de la casa para tratar de descifrar las cosas, y todo lo que ganamos fue una conversación incómoda, una foto quemada de mi padre, y esta nueva amiga.

Dirigí el camino por el pasillo, abrí la puerta y la sostuve para ellas, luego las observé entrar. Ciara me guiñó un ojo mientras pasaba a mi lado, y mi aversión por ella se triplicó.

—Vaya, qué lugar —dijo Ciara—. ¿Aquí es donde te has estado quedando?

—Supongo que mi apartamento es más pequeño que éste —contestó Audrey, sus labios se curvaron en las esquinas.

—Bueno, sí. No porque no puedas permitirte uno más grande. Ese es tu estilo, Audrey. Menos es más. Oh Dios, cuánto has olvidado. Esto está empezando a asustarme. Ni siquiera estás vestida igual —dijo.

—¿Cómo me vestía normalmente? —Audrey se quitó la chaqueta y se sentó en el sofá de la sala de estar. Ella encajaba tan perfectamente allí. O mejor dicho, llenaba la habitación con su presencia y eso hacía que todo se viera mejor.

—Como yo —dijo Ciara, y dio vueltas en el lugar con su traje de falda y sus tacones haciendo clic en las tablas—. Como una mujer profesional. No es que no me guste tu nuevo look, es decir, es genial.

—¿Necesitan algo, señoritas? —pregunté—. Hay algunas llamadas que necesito atender en el estudio.

En realidad, era una excusa para sacar algo de espacio de la situación, de Audrey y de la extraña que decía ser su amiga.

—¿Unos tragos, tal vez? —Audrey me sonrió y me calentó. Me calentó de adentro hacia afuera—. En la nevera, ¿verdad?

—Claro. Tengo cerveza.

—¡Cerveza, entonces! —Audrey dijo, pero se levantó del sofá.

—Yo las busco, no te preocupes.

—¿Estás seguro? Creo que puedo llegar a la nevera sin olvidar nada más.

Audrey se fue hasta la cocina y yo me alejé antes de que Ciara lo tomara como una excusa para empezar a hablar conmigo. Caminé por el pasillo con mis abdominales apretados por la tensión. Me dolía el estómago. De la ira y la frustración que me embargaba. Entré al estudio cerrando la

puerta después de mí.

¿Por qué me estaba molestando tanto? No debería ser así. Era bueno que Audrey y Ciara se conocieran. Podría ayudarla a recordar, y cuanto más recordara, más cerca estaríamos de encontrar a mi padre y a su madre.

Mi teléfono sonó en mi bolsillo y lo saqué, esperando a medias que el nombre de mi asistente apareciera en la pantalla. Rachel probablemente se habría cagado del miedo de me perdiera la reunión, por la posibilidad de que eso afectara su trabajo. Pero el número en la pantalla no era uno de mis contactos. Deslicé mi dedo sobre la pantalla y lo llevé a mi oreja.

—Habla Evan Crowell.

—Lo sé, Sr. Crowell. ¿Cuántos más hay? —La voz era fría, masculina y familiar.

—¿Quién habla? —le pregunté.

—No lo estoy llamando a usted, Sr. Crowell. Estoy llamando a su amiga Audrey. Audrey Hudson. Ponla al teléfono.

—¿Quién habla? —repetí, mis entrañas se volvieron duras como un puto diamante—. ¿Qué quieres con Audrey?

—¿Es todo lo que vas a decir? Volveré a llamar cuando esté lista para hablar. Dile que no veo la hora de volver a verla —Siguíó con una risa fría, y luego la línea se cortó.

—¿Qué carajo? —Me quité el teléfono de la oreja y miré la pantalla—. ¿Qué eres, un villano del cine?

El número seguía en la pantalla, con un pequeño icono rojo al lado. Copié el número, lo adjunté a un texto y se lo envié a Dan con un mensaje.

«Llamada sospechosa desde este número. Compruébalo por mí».

«Lo haré, amigo».

La respuesta llegó casi instantáneamente.

Bajé el teléfono de nuevo, caminé hacia mi escritorio y lo dejé allí. Quienquiera que haya sido el que llamó, conocía a Audrey, y me conocía a mí.

¿Qué había dicho...? ¿Cuántos más hay? ¿Era una broma o una referencia a lo que le había pasado a mi padre?

La sospecha surgió dentro de mí. ¿Qué tenía que ver Audrey con el secuestro de mi padre? ¿Por qué la habían noqueado y la habían dado por muerta? Las preguntas que había estado reprimiendo, las que me raspaban y retorcían mi mente, estaban de vuelta.

¿Qué se ocultaba en su pasado?

Capítulo 13

AUDREY

—Muchas gracias por venir —le dije y le abrí la puerta—. ¿Estás segura de querer irte sola? Quiero decir, podríamos llevarte.

—En realidad, tengo una cena esta noche en Boston —respondió Ciara—. Así que, estoy bien. No te estreses por eso, chica. Estaré bien —Salió por la puerta e hizo una pequeña reverencia—. Es un honor estar a su servicio —Ella se acercó y me agarró el antebrazo—. Escucha, deberíamos volver a vernos mañana. Necesitamos trabajar más para ayudarte a recuperar tus recuerdos. ¿Quizás una parada en tu apartamento ayudaría?

—Sí, eso ayudaría, gracias.

—Entonces, mañana por la mañana —dijo Ciara, luego ladeó la cabeza y me estudió de pies a cabeza—. De esa manera, podemos deshacernos de ese extraño cambio que tienes en marcha. Vuelve a ponerte tu ropa normal —Se rio, me soltó y se fue por el pasillo.

La vi marcharse y, por primera vez desde que desperté en la cama del hospital sin tener idea sobre mí, sentí que por fin algo estaba bien en el mundo. Lo podía notar.

Dame tu corazón.

—¿Qué diablos es eso? —Murmuré y agité la cabeza.

Ciara entró en el ascensor al final del pasillo, me miró, agitó su mano en despedida y luego desapareció detrás de las puertas que se cerraron.

Entré al apartamento y cerré la puerta, con una sonrisa en los labios. Eso era bueno. Era una pista. Algo de lo que Ciara me había dicho estaba ahí, en el borde de mi memoria, o eso sentía. Nada había regresado claramente todavía, pero todo lo que dijo tenía sentido. Me sentó bien, se sintió bien.

—¿Se ha ido? —Evan habló detrás de mí.

—Sí —dije y me giré hacia él, aún animada por lo que había descubierto esta noche.

Él no parecía tan feliz. De hecho, sus cejas se inclinaban hacia abajo.

—Que bueno.

—¿Bueno? ¿Por qué es bueno?

Evan no contestó y se dirigió a la mesa de café. Levantó las botellas de cerveza vacías y luego las llevó a la sección de la cocina y las colocó sobre el mostrador. Se quedó ahí por un segundo, mirando por la ventana.

—¿Evan?

—No confío en ella —dijo y se dio la vuelta de nuevo, sus ojos azules y agudos se oscurecieron.

—¿Qué? ¿Por qué? Fue lo suficientemente amigable.

—No lo sé, Audrey. Sé que no tiene sentido, pero no me gusta. Hay algo en ella que está mal. No confío en ella.

—Vale, eso es un poco paranoico —dije.

—¿En serio? —preguntó Evan—. Esta chica aparece de la nada mientras almorzamos y te conoce, ¿No te parece raro?

—Supongo que las cosas raras pasan todo el tiempo —le dije—. Mira nuestra situación, Evan. No estamos pasando por una condición normal.

—Sí, no me digas —Evan pasó los dedos entre su cabello, mirándome como si yo fuera la razón de su paranoia—. En fin, ya se ha ido, así que eso es bueno.

—¿Pero por qué es bueno? —le pregunté nuevamente—. Ella me está ayudando. Es la única que sabe algo de mí hasta el momento, y a ti solo te parece bueno que se haya ido.

—¿Cómo sabes que está diciendo la verdad?

—Oh, vamos, para qué se tomaría tantas molestias, venir hasta acá, ofrecerse a llevarme a mi apartamento, solo para fingir... ¿Cuál sería la razón de eso?

—No lo sé, Audrey. No soy yo al que noquearon y dejaron tirado en una mansión en llamas para ser quemado vivo.

Respiré profundamente.

—Guau, de verdad no te andas con rodeos.

—Solo digo que alguien peligroso podría estar buscándote.

—De acuerdo —dije—. A ver si lo entiendo. ¿Hemos pasado de que tú seas la razón por la que secuestran a tu padre a que yo sea el objetivo ahora? No hemos sabido nada de nadie sobre lo que pasó, y ni siquiera la policía está segura de lo que está pasando.

—Exactamente, Audrey. Por eso es tan sospechoso que esta chica apareciera de la nada.

—¿Puedes dejar de llamarla chica? —Me puse nerviosa.

Evan suspiró y avanzó acercándose a mí, pero la intensidad de sus ojos no había cambiado.

—Quiero mantenerte a salvo. Quiero protegerte, Audrey. No me gusta la vibración que me dio.

—Oh Dios mío, ¿ahora sientes las vibraciones de la gente? —YO también avancé, acercándome más a él.

Y ahí estábamos, frente a frente en el medio de la sala de estar, lo miré fijamente y intentando hacer a un lado lo atractivo que era o que tenía un pequeño lunar en la parte inferior de su barbilla que me provocaba besar. O que sus pupilas se dilataron al enfocarse en mi mirada.

—Solo quiero cuidarte, mujer —gruñó.

—Estás actuando de forma extraña. Y no vas a impedir que vuelva a ver a Ciara. Ella es la

única pista sólida que tenemos hasta ahora. Pensé que te alegrarías por eso. Que lo entenderías.

—Lo entiendo —contestó, sus ojos se movían de un lado a otro mientras escudriñaba mi cara.

—No, claramente no lo haces.

—Actúas como si estuviera trabajando en tu contra, cuando en realidad estoy tratando de cuidarte. Entiende eso.

La ira se apoderó de mí, pero no había nada que pudiera hacer para que lo entendiera.

—¿Por qué eres tan obstinado? —Me puse nerviosa.

—¿Soy obstinado? —Se rio.

—Sí, lo eres. —Su sonrisa me hizo sentir un hormiguelo en el cuero cabelludo y en los brazos —. No escuchas al sentido común. ¿No puedes entender que todo lo que quiero es encontrarme a mí misma? No, por supuesto que no puedes. Tú no eres el que está perdido...

—Para —me interrumpió—. Ya no peleamos más.

—Tú no decides eso —Le di un empujón en el pecho apartándolo y me miró sorprendido. El espacio entre nosotros se hizo demasiado grande. Me acerqué y le apunté con mi dedo, a pesar de que era lo más ridículo que podía hacer—. ¡Tú no me das órdenes!

—¿Ah, sí?

—Sí.

En un movimiento rápido sus manos volaron a mi espalda. Una me sostenía la base del cuello, y la otra en la cintura. El calor que se había acumulado entre nosotros explotó, y me lancé hacia él, mi corazón latía con fuerza, con la mente encerrada en un solo foco. Él. Nosotros. ¿Por qué quería esto ahora? Me quería a mí. Era protector conmigo.

Los labios de Evan se apoderaron de los míos, los separó y metió su lengua en mi boca, la reclamándola por completo. Me fundí en él, me tensé, y luego me deje llevar, batallando entre la ira y el deseo. No había muchas opciones. El sabor de él me abrumó, y me perdí en el momento.

Sus dedos volaron a las tiras de mi vestido, las deslizó por mis hombros hacia abajo, dejando caer la prenda en el suelo. Me tomó entre sus brazos, guiándonos hacia atrás y se sentó pesadamente en el sofá, besándome de nuevo, más fuerte esta vez, más rápido. La excitación me atravesó en espiral, y desabroché su pantalón, bajé la cremallera y metí mi mano. Estaba increíblemente duro, grueso, en la palma de mi mano y me goteaba en ella.

—Condón —dije, mientras lo acariciaba.

Gruñó y sacó su billetera del bolsillo, la abrió y tomó el condón. Rápidamente lo sacó y lo deslizó sobre su miembro.

—Rápido —dijo, tragando mientras lo hacía. Como si fuera insoportable para él estar fuera de mí.

Me subí a horcajadas sobre él y apoyándome en sus hombros me incliné, presionando mis pechos contra su cara. Evan me arrancó el sostén, me chupó uno de mis pezones y luego lo mordió suavemente.

—Eres tan sexy. ¿Cómo se supone que me resista a ti?

Metí mi brazo entre nosotros para llegar hasta su pene, lo agarré, me levanté un poco y lo puse en mi entrada.

—No lo hagas —le contesté y bajé sobre él. Estaba tan mojada que se deslizó dentro de mí de inmediato.

Me llenó por completo, y me quejé, me mordí el labio inferior y me incliné para trabajar mis caderas hacia adelante y hacia atrás, frotando mi clítoris contra él. Corrientes de placer me atravesaron una y otra vez, y dejé salir otro largo gemido.

—Es demasiado bueno, Evan.

—Así es, nena.

Me dio una nalgada y luego aferró sus manos a mis caderas, levantándose una y otra vez. Cada estocada era más profunda que la anterior. Lo besé, desesperada por él, a pesar de que lo tenía ahora mismo. Su lengua masajeaba la mía, y el calor de su aliento me llevó al límite. Le mordí el labio y lo rodeé con mis brazos, manteniendo el ritmo de mis movimientos.

Evan se puso tenso y aceleró, penetrándome con más urgencia, tenía los ojos cerrados y la mandíbula apretada. Su cara se relajó al alcanzar el orgasmo, y me encantó. Me encantó provocarle tanto placer, y que él hiciera lo mismo por mí.

Su ritmo se hizo más lento y ambos respiramos y nos miramos fijamente. Me senté, mis manos apretadas contra su pecho y el algodón de su camisa.

—Eso fue interesante —dijo Evan.

Extrañamente, la ira de antes volvió a burbujear dentro de mí. El hecho de no haber resuelto nada de lo que hablamos antes de caer uno encima del otro perduró. Me levanté y retrocedí, agarré mi vestido, y me lo puse apresuradamente.

Un silencio incómodo siguió cuando Evan se levantó del sofá y se retiró para limpiarse. Necesitaba una ducha también, una oportunidad de descomprimirme después de todo lo que había pasado, no me sentía bien. Necesitábamos resolver lo que sea que estuviera pasando entre nosotros.

Evan volvió a entrar en la sala de estar, completamente vestido ahora, y se detuvo.

—Así que —dijo.

—Así que —le contesté.

—Eso fue... intenso, pero no resolvió nada entre nosotros.

—Correcto —dije—. Absolutamente correcto. Mira, me gusta lo que está pasando entre nosotros, aunque sea muy raro, pero no podemos dejar que se interponga en nuestro camino.

—Me lo dices a mí.

—¿Qué quieres decir con eso? —Me enfurecí, instantáneamente.

—Significa que no quiero que vuelvas a ver a esa mujer.

—¿Te das cuenta de lo irracional que suenas ahora mismo? —pregunté y me crucé de brazos—. Ciara no ha hecho nada para despertar tus sospechas y actúas como si fuera una verdadera criminal.

—Podría serlo.

Mi frustración me superó.

—¿Sabes qué? No tengo tiempo para esto. Necesito darme una ducha y refrescarme.

Me fui antes de que él pudiera detenerme, rechinando los dientes, apretando y soltando los puños.

¿Qué era lo que me pasaba? Diablos, ¿qué nos pasaba? ¿Por qué no podíamos controlarnos?

Dame tu corazón.

No podíamos ser algo más que esto. Teníamos que parar, antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 14

EVAN

Las cosas no estaban funcionando entre nosotros. No solo el sexo fue una mala idea, sino que no estábamos más cerca de encontrar a nuestros padres y Audrey no escuchaba el sentido común. Esta mujer, Ciara, era una intrusa. La solución, era demasiado simple.

Caminé por el pasillo desde mi habitación hasta la de Audrey y me detuve frente a la puerta. Llamé una vez y esperé, con las manos cruzadas en la espalda. Se oyeron pasos y el pomo de la puerta se giró. Audrey apareció, llevando mi camisa y nada más, luciendo tan suntuosa como siempre.

Concéntrate. No estás aquí para complicar aún más las cosas.

—Tenemos que hablar —le dije.

—Supongo que sí —No me invitó a entrar a la habitación, pero se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta—. ¿Y qué? Habla —Ella suspiró y continuó—. Sabes qué, en realidad, déjame hablar a mí esta vez. Estás actuando muy raro, Evan. Te estás volviendo loco por cosas que son perfectamente inocentes.

—¿Me culpas a mí? —le pregunté—. Nuestros padres se han ido y no sabemos nada de ellos desde el incendio. Los policías tampoco han hecho nada.

Y Dan tampoco tenía una pista para mí.

—Estoy tan preocupada por nuestros padres como tú —dijo.

—¿Lo estás?

Era una pregunta estúpida, pero la situación me había frustrado tanto que el tono acusador se me hizo natural. Eso y el hecho de que la semilla de la sospecha había sido plantada después de la llamada telefónica que recibí. Ella me daría las respuestas que necesitaba.

—¿Qué se supone que significa eso? Amigo, perdí la memoria, por eso no quería hablar de nada del tema. Estás actuando de forma extraña, y probablemente sea mejor que me vaya.

—No —le contesté—. Eso no va a pasar, Audrey. No tienes adónde ir.

El silencio siguió a mi respuesta, y ella cerró los ojos.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó—. No nos conocemos muy bien, pero lo que he visto de ti no es esto. Actúas diferente.

—Recibí una llamada —dije—. De un número que no reconocí. Era un hombre, que parecía saber de mí o de mi padre. Y preguntó por ti. Por nombre. Me pidió que te dijera que no veía la hora de volver a verte.

Parpadeó, moviendo la cabeza.

—¿Qué... qué? No tengo ni idea de qué se trata.

Ella no lo creía. O era una actuación, y sabía exactamente de qué se trataba. Quizás todo había sido un acto hasta ahora. Era un pensamiento ridículo, yo mismo había hablado con los médicos, pero la frustración y el silencio me habían sobrepasado. Ella era la única pista que teníamos, y aun así no habíamos llegado a ninguna parte.

—¿Me estás diciendo la verdad? —le pregunté.

Ella exhaló una media risa, medio suspiro.

—Wow. Claro. No es como que no hayamos estado follando los últimos días. Igual eso no significa que exista algún tipo de conexión entre nosotros. Gracias por preguntarme eso, Evan. Es una llamada de atención para mí.

—Es una pregunta simple.

—No, no sé nada sobre ese hombre misterioso. De hecho, no sé nada. No tengo respuestas para ti, y no sé qué otra cosa hacer ahora —Se despegó del marco de la puerta—. Exceptoirme. Me voy. Creo que sería lo mejor. Llamaré a Ciara o algo así.

—Audrey, no quiero que te vayas —le dije—. Solo quiero respuestas.

—No tengo respuestas para ti, y no hay nada que pueda hacer para cambiar eso más que seguir mis instintos. Y mi instinto me dice que Ciara tendrá las respuestas que necesito.

Apreté y aflojé los puños.

—Esto no me gusta.

—¿Y qué? A ninguno de los dos nos gusta esto. Ninguno de nosotros está haciendo lo correcto. Nunca debimos tener sexo, pero lo hicimos. Debí haber ido a, no sé, a algún otro sitio. Ambos cometimos errores. Y tú crees que soy algo que no soy. Sospechas de mí.

—Sospecho de todo el mundo en este momento —respondí.

¿Cómo podría no hacerlo? Un incendio donde ella casi muere y nuestros padres desaparecen. ¿Debo recibir a todos con los brazos abiertos después de eso? Es algo que jamás haría, ese no sería yo.

—Incluyéndome. Y francamente, eso es insultante. Lo que es aún más preocupante, porque no debería serlo. No es como si fuéramos los mejores amigos o nos conociéramos desde hace años. Lo gracioso es que si alguien debe desconfiar, soy yo. Entonces, ¿cómo es que puedo superar mis problemas de confianza contigo, pero tú no puedes conmigo? —Audrey volvió a su habitación y buscó el teléfono que le había comprado. Ella desbloqueó la pantalla y la tocó—. Voy a llamar a Ciara. Ella vendrá a buscarme.

—No hagas eso, Audrey. No se puede confiar...

Ella soplabla y resoplaba, mientras se colocaba sus jeans.

—Ya he tenido suficiente.

Se puso un par de zapatos y salió de la habitación, caminando rápido por el pasillo y alejándose.

—Audrey —la llamé.

Pero ella no respondió, simplemente desapareció de la vista. La puerta se cerró de golpe unos momentos después.

—¿Estás bromeando?

Lo había arruinado todo. Mis sospechas lo habían hecho, y no me quedaba más que perseguirla e intentar convencerla de que se quedara. No estaría segura ahí fuera por su cuenta. No con una mujer que apenas conocía.

Cielos, estaba cansado de la culpa. Caminé por el pasillo y me decidí a buscarla. Haría lo que nunca hice, no sin una buena razón al menos, me disculparía por haber reaccionado exageradamente. Era así como ella me hacía sentir protector, a pesar de que era mi responsabilidad manejar esos sentimientos.

Deberías dejarla ir.

No podía hacerlo. Ella era nuestra última esperanza para resolver toda esta situación, y era... especial para mí.

Estás azotado. La quieres por algo más que por encontrar a tu padre. Te gusta, admítelo.

Abrí la puerta principal y mi celular sonó en mi bolsillo.

Capítulo 15

AUDREY

Lo peor de todo esto es que también tenía mis dudas sobre Ciara. Cuando estaba con Evan, me sentía segura, como si me protegiera de lo que viniera. Ciara era un signo de interrogación para mí, y aunque yo no estaba tan asustada como Evan por la situación, tenía que ser cautelosa.

—No hay tiempo para cautela —murmuré mientras las puertas del ascensor se abrían para salir al vestíbulo del edificio.

Salí y caminé por el piso de mármol, asintiendo al tipo detrás del escritorio que se encargaba de anunciar las visitas. Salí a la calle, el portero me saludó con una sonrisa, y me paré en la acera, mirando cómo pasaban los autos.

Una abrumadora sensación de soledad se apoderó de mi pecho. No tenía nada aquí afuera. Nadie. No podía recordar dónde vivía, no reconocía la ciudad ni ninguno de sus puntos de referencia. No había una cara familiar.

Que no cunda el pánico. Estás bien. Estarás bien.

Agarré el teléfono y desbloqueé la pantalla, pasé a través de mis contactos, solo tenía dos. El número de Evan y el de Ciara. Hice clic en su nombre y lo miré fijamente, los nervios burbujearon en mi estómago. La paranoia de Evan me había afectado. Era ridículo. Necesitaba su ayuda.

—¡Audrey! —La voz de Evan gritó detrás de mí.

Me mordí el labio inferior. Escuchar su voz incluso cuando estaba enfadada con él, me provocaba un fuerte tirón en mi vientre. Se detuvo a mi lado y extendió su teléfono, la pantalla se encendió.

—Toma —dijo.

—¿Qué pasa?

—Es una llamada. Para ti —Me entregó el teléfono.

Lo tomé, casi lo dejo caer, pero apenas pude sostenerlo. Me puse el teléfono en la oreja, frunciendo el ceño.

—¿Hola?

—Hola, cariño —Una voz masculina me habló.

De inmediato un escalofrío me recorrió, erizándome la piel, y un nombre apareció en mi mente.

—Tony —dije.

—¿Me extrañas? —preguntó.

Sabía el nombre, pero ¿quién era? No podía recordarlo. Me quedé mirando a Evan, parpadeando rápidamente. Se acercó más y el gesto de protección me reconfortó.

—No —dije.

—¿No me extrañas? ¿Por qué no?

No tenía una respuesta para eso, pero su voz me provocaba una corriente continua de temblores a través de mis extremidades. Este hombre, quienquiera que fuera, no era bueno. Era lo opuesto a eso. Era como de un tipo de mal indescriptible. ¿Por qué? ¿Quién es él?

—Está bien, no tienes que echarme de menos. Solo quería que supieras que te extraño. Y que te estoy observando, muy de cerca, cariño. Voy a estar vigilándote mientras te quedas con tu hermanastro.

—¿Cómo sabes eso? —Me paralicé.

—Ya deberías saber que lo sé todo. Siempre lo he hecho y siempre lo haré. Puedo verte ahora mismo. Estás parada frente a su edificio, cariño, y pareces asustada.

Giré en círculo, buscando a cualquiera que destacara. No había nadie reconocible. La gente pasaba, los autos se dirigían hacia la puesta de sol, pero no había nada importante. Inhalé el aire caliente del atardecer y traté de calmarme.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunté.

—Sabes exactamente lo que quiero, Audrey, cariño —Se mofó de mi nombre.

—No, no lo sé.

—¿Oh? Entonces tal vez te dé un poco de motivación para recordar.

La última frase sonó ligeramente reducida, como si se hubiera quitado el móvil de la cara.

Mi ritmo cardíaco se aceleró, agarré la mano de Evan y la apreté con fuerza.

—¿Qué está pasando? —murmuró.

Agité la cabeza, bloqueé mi oído libre con un dedo para silenciar el ronroneo de los motores que pasaban por la calle.

—¿Estás ahí, cariño? —preguntó Tony.

—Sí —le contesté, encogiéndome de hombros por la manera en cómo me llamaba. ¿Por qué se sentía tan cómodo conmigo? ¿Era solo una táctica para asustar?

—Bien. Espera —Se escuchó un crujido.

—¿Audrey? —La voz de mi madre se deslizó por la línea y un torrente de recuerdos me gritó.

Recordé su sonrisa mientras me leía un cuento para dormir. El olor de su perfume mientras me abrazaba por la mañana antes de la escuela. Los almuerzos que ella había empacado para mí. Todo.

—¡Mamá! —grité.

Rápidamente, Evan me tomó del brazo y me llevó de vuelta al edificio, pasamos el vestíbulo

hasta llegar al ascensor.

—Mamá, estoy aquí. ¿Mamá?

—Audrey, cariño —dijo ella, su voz temblaba—. ¿Estás bien? Estaba tan preocupada.

—Estoy bien, mamá. No te preocupes por mí. ¿Dónde estás? ¿Puedes decirme lo que ves?

Hubo un golpe, y la voz de Tony volvió.

—Ahora, sigue las reglas, o tu mamá saldrá herida, Audrey. No hagas estupideces. ¿Lo entiendes?

—Sí —contesté, mi estómago se hundió.

¿Cómo había estado tan preocupada por mi relación con Evan? Dejaba que los pensamientos de él nublaran lo que era importante. Encontrar a la gente que amamos.

—Por favor, pásamela de nuevo.

—Ya que lo pediste tan amablemente.

Otra pausa en el sonido, y mis palmas se volvieron sudorosas. Me apoyé contra la pared del ascensor, mirando a Evan sin verlo.

—¿Audrey? No quiero que te preocupes por mí, ¿de acuerdo? Estamos bien. Tu padrastro y yo estamos bien.

Pero su voz era tan temblorosa que me provocaba oleada tras oleada de náuseas. Si ella estaba bien, ¿por qué sonaba así?

—Mamá, voy a encontrarte. Evan y yo estamos trabajando para encontrarte. Solo trata de mantenerte a salvo hasta que lo hagamos.

Evan se puso rígido a mi lado. Se acercó, escuchando atentamente.

—¿Quieres volver a ver a tu madre? —La voz de Tony había vuelto.

—Sí.

—Entonces dame el corazón. Eso es todo lo que quiero. El corazón. Lo encuentras y me lo traes, y puedes tener a tus padres de vuelta. Oh, ¿y Audrey?

—¿Sí?

—Nada de federales. Nada de policías. No se implica la ley en esto. Solo dame lo que quiero y todo saldrá bien.

La línea se cortó, me arranqué el teléfono de la oreja, toqué la pantalla y comprobé que la llamada realmente había terminado.

—No, no, no, no, no.

—¿Qué está pasando? —preguntó Evan, en un tono que no admitía discusión—. Dime, Audrey. Estoy justo aquí. Vamos, trabajemos en esto juntos.

—Oh, Dios mío —Me agarré la frente y cerré los ojos. Tenía que resolver esto. Tomé respiraciones lentas y profundas, tratando de calmarme y rechazar el pánico que atravesaba mi cuerpo—. Tienen a mi madre y a tu padre.

—¿Quién? —preguntó Evan.

No pude responder. Demasiados pensamientos se retorcieron en mi mente, pedazos de recuerdos que no podía entender del todo, cosas que no tenían sentido.

—Ven.

El brazo de Evan me rodeó, me sacó del ascensor y me llevó por el pasillo. No podía entender nada de esto. Estaba en un desenfoco pasajero hasta que me fijé en lo que había dicho ese hombre.

Dame el corazón.

Era la misma frase que había estado en mi mente en los últimos días. Uno que no tenía sentido. ¿Estaba relacionado con el amor? ¿Con sexo? ¿Con una relación? ¿O era otra cosa? ¿Un objeto físico?

—Ven, Audrey.

Evan me sentó en el sofá de su sala de estar. Había perdido la noción, al punto que ni siquiera sabía cómo habíamos llegado a su apartamento. Me dio un vaso de refresco, y yo bebí de él. Me sentó bien el azúcar corriendo por mis venas.

—¿Mejor? —preguntó, y se sentó a mi lado.

—Creo que sí.

—¿Qué pasó?

—Tony. Era un tipo llamado Tony y dijo que quería que le diera un corazón. Y luego puso a mi madre en la línea. Están vivos —dije—. Este tipo los tiene y quiere algo de mí para recuperarlos —Exhalé, forzándome a mantener la calma, no podía perderla ahora que teníamos más información—. Es mi culpa. Tenías razón.

—Espera. Aún no lo sabemos —Evan se acercó más y me abrazó, en una especie de abrazo de lado—. No te castigues por esto, ¿de acuerdo? Ni siquiera sabemos lo que realmente está pasando todavía. Pero ahora tenemos una pista. Puedo contactar con mis chicos y hacer que lo comprueben.

—¿Tus chicos?

—Sí, no te preocupes. Yo me encargo de esto.

—No —dije—. No puedes. Este tipo, Tony, dijo que no fuera a la policía. Creo que le hará algo malo a nuestros padres si lo hacemos.

Evan apretó los labios.

—Eso limita severamente nuestras opciones.

—Quiere que le dé un corazón, pero no sé lo que eso significa. Si no puedo encontrarlo...

—¿Te dio una fecha límite? ¿Algún día en el que tengas que darle corazón?

—No —dije—. No mencionó nada de eso.

—Entonces aún tienes tiempo para recordar. Voy a ayudarte, Audrey. Vamos a encontrar a este imbécil y a hacerle pagar.

—No quiero hacerle pagar —le dije—. Solo quiero recuperar a mi madre y llevarla a un lugar

seguro. Y a tu padre. La venganza no es el problema.

Evan me acarició el brazo, pasó sus dedos por encima y por debajo de él y me puso la piel de gallina tras su toque.

—Lo entiendo —dijo—. Pero, créeme, conozco a tipos como éste, y nunca están satisfechos. No nos dejará solos ni a ti ni a mí después de conseguir lo que quiere. Volverá una y otra vez, y aprovechará todo lo que pueda para salir de la situación.

Probablemente tenía razón, él tenía más experiencia con ese tipo de gente que yo. Según mi memoria, al menos. Presioné una mano contra mi estómago y el dolor se extendió.

—¿Cuáles son nuestras opciones? —pregunté, más para mí misma que a él.

—Tenemos que encontrar lo que quiere, y luego encontrarlo a él.

—Así que, necesito recordar —respondí—. Porque no recuerdo nada en forma de corazón. A menos que el tipo quiera un corazón de verdad, lo que sería demasiado horrible para comprenderlo.

Evan siguió acariciándome, y yo apoyé mi cabeza contra su pecho, tomando el consuelo, aunque no debí hacerlo. A pesar de que había sospechado de mí hace menos de media hora. En retrospectiva, no lo culpé. Este Tony era un cretino. Y Evan tenía razón. Estaba involucrada de alguna manera, pero no podía recordarlo.

—Tengo que encontrar el corazón —dije y miré a Evan—. Eso es lo que tenemos que hacer. Y eso significa que tengo que volver a ver a Ciara. Tengo que refrescar mi memoria, y ella me ayudará a hacerlo. Evan, tienes que aceptar que eso sea parte del plan.

Frunció los labios pero no dijo nada.

—No escuchaste a mi madre al otro lado de la línea. Estaba temblando, y aunque intento fingir que estaba bien, pude escuchar la verdad en su voz. Nos necesitan, Evan. Y Rápido.

Después de todo, Tony los había secuestrado, y eso significaba que él había prendido el fuego, que me había noqueado y que había empezado todo esto. Él era peligroso, y yo era la que se suponía que tenía la respuesta a todo esto.

—Resolveremos esto —dijo Evan—. Vamos. Ven a la cocina conmigo. Comamos algo y hablemos de eso. Juntos.

—¿Hablar? Debería estar contactando a Ciara en este instante. Debería llamarla y pedirle que me lleve a otros lugares. De vuelta a mi apartamento para encontrar este corazón, sea lo que sea.

—Mañana —dijo Evan con firmeza—. Este tipo no te dio una fecha límite, y necesitas dormir y tener la cabeza despejada antes de abordar esto —Se levantó y me ofreció una mano.

La tomé. Los nervios seguían ahí pesar de todo. Había tantas cosas que aún no entendía.

Capítulo 16

EVAN

—Soy un imbécil —dije, mientras colocaba los platos de lasaña en la isla de la cocina. Uno para ella, otro para mí y dos copas de vino para terminar la comida—. Salté a las conclusiones cuando recibí esa llamada, Audrey. Te debo una disculpa por eso.

—No me conoces —contestó ella, agarrando su cuchillo y tenedor, dándome las gracias con una sonrisa rápida—. Entiendo. He tenido mis propias preocupaciones, Evan. Confié en ti con demasiada facilidad. Podrías haber sido el malo de la situación, y yo me acosté contigo. Supongo que la versión pre-amnesia de mí no habría hecho eso.

—Nos acostamos el uno con el otro —le contesté—. La confianza fue mutua. Al igual que la confusión.

—No entiendo por qué está pasando esto, pero la conexión entre nosotros es especial —Ella cortó su lasaña, limpiamente, luego la perforó con su tenedor y levantó la porción del tamaño de un bocado. No se lo comió, sino que lo miró fijamente y añadió—: Te quiero y no quisiera perderte. Pero por ahora no quiero preocuparme por esto. ¿Tiene sentido?

—Sí.

Comimos en silencio durante unos pocos minutos, su mirada se centró únicamente en su plato, y la mía en ella, en la pulcritud de sus modales en la mesa, la forma en que se frotaba la comisura de los labios después de cada mordisco. Era inteligente, era fuerte, era todo lo que yo quería en una mujer, aunque nunca antes había querido una mujer así.

—Deberíamos dejar de follar —le dije mientras tomaba un sorbo de vino.

Se atragantó con él y se le cayó un poco sobre el labio.

—Oh, Dios mío, avísame antes de que digas algo así.

—Lo siento —Sonreí—. No, en realidad no lo siento. Te ves linda cuando te escandalizas.

—Mira, no puedes decir que deberíamos dejar de follar y luego decir que soy linda en la siguiente frase, hombre. No funciona así. Si realmente quieres que paremos, tienes que tratarme como tu hermanastra.

—Eres mi hermanastra.

—Exactamente —Se volvió a pasar la servilleta por los labios—. Tu hermanastra a la que te has estado tirando en cualquier momento.

—¿Alguna alternativa? —pregunté, la tensión de la última hora o dos se disipaba un poco. Estas bromas fáciles con ella me ayudaban de una manera que jamás entendería—. Si me

preguntas, mi alternativa sería hacerte agachar sobre esta isla ahora mismo, con tu culito apretado en el aire.

—Sí que sabes cómo hablar con una chica en la mesa durante la cena —contestó ella, metiendo otro trozo de lasaña entre sus labios con prudencia. Sin embargo, ella guiñó el ojo y yo estuve un paso más cerca de cumplir esa promesa—. Sin embargo, tienes razón. No deberíamos volver a follar, porque solo Dios sabe, Evan, que ni siquiera sé quién soy ahora mismo. Y no voy a tener una relación con mi hermanastro.

—¿Relación? —Era mi turno de ahogarme con mi vino—. No, no queremos eso.

Me levantó una ceja, masticó pensativamente, tragó y luego bajó el tenedor.

—¿Quién te lastimó? —preguntó.

—Nadie me lastimó. Nadie ha tenido la oportunidad. He mantenido las cosas estrictamente informales y estrictamente profesionales.

—Tengo miedo de lo que eso signifique. ¿Profesional e informal como una prostituta? —preguntó.

—Jesús, ¿qué carajo? No, por supuesto que no —Hice una mueca de dolor—. Quise decir profesional en mi negocio y casual en mi vida sexual. No soy el tipo de hombre que necesita ese tipo de estimulación todo el tiempo. No soy un perro de caza. Estoy concentrado en crear algo más grande con mi vida. No solo follarme a todas las mujeres que veo.

—Es bueno saberlo —dijo—. ¿Pero qué tiene que ver eso con no tener una relación? Quiero decir, no ser un perro de caza es uno de los requisitos para salir con alguien, ¿no? O al menos para relaciones a largo plazo.

—Aprendí mi lección a largo plazo hace mucho tiempo. La gente la caga. Nada dura para siempre. Las relaciones que valoramos ahora pueden terminar sin significado dentro de unos años —Me encogí de hombros, apoyando el cuchillo y el tenedor a cada lado del plato—. Además, la gente es interesada. Las mujeres con las que he tenido aventuras casuales han vuelto diciendo que estaban embarazadas cuando no lo estaban. Aprendí la lección rápido.

—Ya veo —dijo ella y tomó otro sorbo de su vino. Lo saboreo y luego lo tragó—. Afrutado.

—¿Acabas de insinuar que soy marica? ¿Cómo que “afrutado”? Porque no es un gran cumplido.

—No —Ella se rio—. Me refería al vino. Hmm, me gusta. Pero no me trae ningún recuerdo, no sé nada sobre vinos.

—Bueno, si tu madre te llevaba a los clubes de campo cuando eras niña, supongo que creciste con eso. O tal vez eres un sommelier cuando no estás psicoanalizando a la gente.

—O tal vez solo me gusta el vino —Ella suspiró, y sus hombros cayeron levemente.

Audrey era hermosa, incluso cuando sus labios se inclinaban ligeramente hacia abajo en las esquinas. El peso de todo lo que había sucedido, el perder sus recuerdos, probablemente algo de su identidad, hicieron que se inclinaran levemente, mostrando una grieta en su armadura. No quería nada más que tirar de ella y darle un abrazo. Solo un abrazo. Nada de follar, nada de besos.

Estás empezando a sentir cosas por ella que son mucho más que físicas.

Audrey metió mechones de su cabello sedoso y dorado detrás de su oreja -casi un elfo en su forma- y luego me atravesó con otra de esas miradas de ojos verdes.

—Yo tampoco saldría contigo —dijo.

—Que Dura —Le mostré otra de mis sonrisas súper encantadoras—. ¿No soy un novio potencial?

—No, no te conozco lo suficiente. Y... hay algo más. Cuando pienso en las citas, en las relaciones o incluso en el matrimonio, se me revuelve el estómago. No tengo ni idea de por qué, pero me pasa —Se rozó la mano derecha con la izquierda y miró su dedo anular—. Cuando pienso en eso, se siente como una trampa. Como ser metido en una jaula, incapaz de moverme o pensar o hacer algo a mi manera. Eso no es una reacción saludable.

—Sí, no lo es, diablos, puedo entenderte perfectamente —Era una sensación similar a la mía. Claustrofóbica, casi.

—Ambos sabemos que no queremos nada serio.

—Correcto.

Comió más de su lasaña, en lugar de seguir hablando del tema. Estuve de acuerdo con ella. Teníamos asuntos más urgentes que atender que la atracción que nos teníamos el uno al otro. Terminé mi comida y luego me levanté y caminé a su lado de la isla para recoger su plato.

—Gracias —dijo Audrey—. Tenías razón sobre esto. Me siento un poco mejor ahora. Todavía asustada por lo que está pasando, pero mejor. Estás de acuerdo conmigo, ¿no?

—¿Sobre qué? —pregunté, puse los platos en el fregadero y los lavé rápidamente.

—Ciara —contestó ella—. Necesito verla de nuevo. Ella es la única que tiene respuestas, y si yo conociera a este Tony, tal vez ella también. Tal vez ella pueda contarnos más sobre él.

Me apreté los dientes. No sabía qué era lo que me molestaba de Ciara, pero seguía ahí, incluso después de haber discutido esto.

—Hmm.

—Vamos, Evan. ¿Cuál es tu problema con ella?

—No lo sé. Pero tienes razón sobre este hijo de puta de Tony. Si lo conocías, entonces tu amiga también debería conocerlo. Cuanta más información tengamos, mejor, para que sepamos exactamente a qué nos enfrentamos —Me volteé hacia ella y me dirigí a mi asiento. Me paré a su lado en lugar de sentarme. No podía relajarme, con la barriga llena o no. No había consuelo en lo que había sucedido hasta ahora—. Debería llamar a mis contactos y encontrar a este Tony.

—No. Dijo que nada de policías, y tengo la sensación de que hará algo si nos acercamos a ellos. Mencionó que podía verme. Nos está observando.

—Lo sé, lo sé —dije y le hice un gesto con la mano—. No haré nada. Y si está mirando, es mejor que nos quedemos aquí. Nos seguiría a donde sea que nos fuéramos.

El silencio creció entre nosotros, y ella bebió su vino, deteniéndose para arremolinarlo en su copa y luego dejándolo de nuevo en la superficie.

—¿Y el corazón? —le pregunté—. ¿Tienes idea de lo que eso podría significar?

—No —dijo ella—. Sinceramente, no. No recuerdo nada relacionado con eso, y he estado tratando de romperme el cerebro, pero es solo que no hay nada allí. Ni siquiera un destello — Audrey agitó la cabeza—. Lo siento.

—No lo sientas. Confía en mí, nada de esto es culpa tuya.

—Siento como si lo fuera, Evan. Esto no ha sido más que confusión. Los últimos días han sido tan agitados que ni siquiera puedo pensar con claridad.

—Lo sé —dije, y el impulso de caminar alrededor de la isla de la cocina y tomarla en mis brazos creció de nuevo, pero lo aplasté, realmente teníamos que mantenernos alejados el uno del otro y detener las travesuras—. Las cosas se arreglarán.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque así soy yo. Hago que las cosas funcionen —le contesté, ladeando la cabeza y sonriéndole.

—Para nada arrogante —dijo, pero también sonrió y me iluminó por dentro. Verla parecer feliz me hacía feliz—. Pero un poco reconfortante, supongo.

—Bien —dije—. Porque es verdad. No voy a dejar que nada de esto no supere. No dejaré que este imbécil de Tony, quienquiera que sea, se lleve lo mejor de nosotros.

Y ciertamente no dejaría que la amenazara. Ese imbécil iba a pagar por asustarla, por destrozar a nuestra familia.

¿Nuestra familia? Cielos, eso es raro. Me acosté con mi hermanastra.

Audrey bostezó y puso una mano sobre su boca.

—Hombre, estoy cansada. Y anhele algo dulce, también.

—Dulce, ¿eh? —Había muchos pensamientos inapropiados que podía expresar tras ese comentario, pero los mantuve en secreto—. Tengo helado de chocolate en el congelador.

—Eso sería el cielo.

Me acerque al refrigerador y lo saqué, luego tomé dos tazones y empecé a servirlo. Su presencia estaba en todas partes. Era como si lo llenara todo, el apartamento había estado tan vacío durante tanto tiempo. Silencioso cada vez que regresaba, excepto cuando tenía llamadas en conferencia o un compañero de trabajo ocasional.

Era diferente. Incluso desconcertante, pero me gustaba. Se sentía una total plenitud con ella aquí. Coloqué el tazón frente a ella y rodeé la isla para sentarme a su lado. Sus labios se elevaron en las esquinas mientras se comía el helado, y se le escapó una pequeña risita.

—¿Qué es lo gracioso?

—Nada. Solo que ahora mismo me estás evitando.

Dejé caer mi cuchara en mi tazón y le envié una mirada.

—¿Por qué crees que es eso?

—Ni idea.

—Te mostraré por qué, si quieres que lo haga. Te mostraré exactamente lo que quiero hacerte,

dónde, cómo.

Audrey tragó audiblemente.

—Evan. Acordamos que no haríamos nada.

—Lo sé —respondí, y me tocó a mí sonreír—. Pero me preguntaste por qué te evito, y ahora tienes la respuesta. Si no lo hago, voy a terminar haciendo todas las cosas que dijimos que no haríamos.

Por decirlo vagamente. Difícil para mí porque no era un tipo vago.

—Bueno, si lo pones de esa manera desde el...

El quiebre de los cristales la interrumpió, y ambos nos quedamos paralizados. Los ojos de Audrey se abrieron de par en par.

—¿Qué fue eso? —susurró.

La adrenalina corrió por mis venas y me puse en pie de un salto.

—Quédate aquí —gruñí, y luego corrí hacia la zona de donde provenía el ruido.

Al final del pasillo. Más adentro del apartamento.

Capítulo 17

EVAN

Caminé por el salón, con tanto sigilo como pude, atento a cualquier ruido. Un estruendo sonó al final del pasillo, y me quedé paralizado, escuchando con atención. Quienquiera que estuviera aquí estaba a punto de recibir la golpiza de su vida.

Concéntrate.

Tenía que enfrentarlos antes de que encontraran a Audrey. No había duda de que venían por ella, por el corazón, o lo que sea que buscaran. Esto no era una coincidencia. Continué por el pasillo y abrí la puerta de la habitación de invitados. Estaba vacío, las luces apagadas, no había vidrios rotos en el suelo, nada importante. Rápidamente, me moví más allá del baño, aunque el espacio no daba hacia el exterior, no tenía ventanas. Pero mi habitación sí, tenía un balcón y puertas de vidrio.

Corrí por el pasillo hasta entrar al dormitorio. Me detuve justo adentro, con el estómago revuelto. Las puertas del balcón estaban destrozadas, el cristal estaba hecho añicos en el suelo de mi habitación. Alguien había entrado por aquí, o había roto las puertas para atraernos.

Estaban a punto de conseguir lo que querían.

Me apresuré a ir al armario primero, lo abrí y revisé adentro. Nada ni nadie. Debajo de la cama igual. La habitación estaba despejada, solo faltaba revisar el balcón. Crucé sobre los pedazos de vidrio, abrí la puerta y salí. La brisa me ceñía la camisa contra el cuerpo.

El balcón estaba despejado de cualquier cosa, excepto del único juego de muebles que estaba aquí desde que me había mudado. Me acerqué a la barandilla y me asomé mirando hacia la oscuridad que había debajo. Cada apartamento debajo del mío tenía un balcón, y era muy posible que alguien pudiera subir desde un apartamento de abajo para llegar al nuestro.

¿Nuestro?

Pero no había nadie ahí, el apartamento de abajo estaba cerrado con las luces apagadas y las ventanas cerradas.

—¿Qué demonios?

Me giré hacia las puertas del balcón y las estudié, entrecerrando los ojos mientras me concentraba. ¿Era esto algún tipo de advertencia? ¿Un mensaje de ese imbécil, Tony? Pero ya nos había dado un mensaje a través de la llamada. Entonces, ¿por qué esto? ¿Por qué ahora?

El grito de Audrey rompió el silencio.

—¡Evan! ¡Ayuda!

Corrí lo más rápido que pude, atravesando el balcón, el dormitorio y entré en el pasillo, pateando los vidrios en el suelo mientras escuchaba la sangre corriendo por mis oídos.

—¡Ayuda! —el grito llegó de nuevo, pero esta vez apagado.

Me estrellé en el pasillo y entré en la cocina. La primera visión que tuve me trajo una ola de ira, una que se estrelló contra mí e hizo que perdiera el sentido común.

Un hombre enmascarado con una mochila atada a la espalda tenía a Audrey clavada a la pared mientras la estrangulaba. Sus ojos estaban muy abiertos, suplicando mientras miraba alrededor de la habitación, buscando una salida, o un arma. Su mano enguantada presionó la boca de ella, bloqueando el sonido y la respiración.

—Dame el corazón —gruñó—. Dámelo. ¿Dónde está? —La voz no era fría, sino grave. Y el atacante era alto, pero no lo suficiente—. Dime lo que sabes, o te mataré aquí mismo.

La palabra “matar” me sacó de mi enojo y me llevó a la acción.

—Hijo de puta —grité, y corrí hacia él.

El matón soltó a Audrey inmediatamente, volteándose hacia mí. Sacó un cuchillo de una vaina que tenía a su lado y lo pasó de mano en mano, sus ojos oscuros brillaban de pura malicia.

—Audrey —grité—. Llama a la policía.

Corrí de lado, de vuelta a la cocina, donde su teléfono yacía sobre el mostrador, y el matón intentó agarrarla de nuevo.

—¡Oye! —grité—. Será mejor que me vigiles, hijo de puta. Porque si no lo haces, dejarás de existir.

El matón no habló, pero rodeó el sofá de la sala de estar, sostuvo el cuchillo con firmeza y se dirigió hacia mí. Caminamos de lado, cada uno con la mirada fija en el otro, mientras que Audrey agarró el teléfono del mostrador y se hundió detrás de la isla con él.

—¿Para quién trabajas? —le pregunté—. ¿Tony? ¿Te envió Tony?

—Jódete, imbécil —escupió en mi dirección y sus gruesos labios se movieron en los huecos de su pasamontañas—. Los dos van a morir —Tomó impulso con su mano echando el cuchillo hacia atrás y luego me lo lanzó. Giró por el aire hacia mi cabeza, pero me agaché justo a tiempo. Se clavó en un cojín del sofá detrás de mí.

—Te vas a arrepentir de eso —gruñí.

Pero el matón ya había corrido hacia el pasillo.

Lo perseguí, saltando por encima de los muebles, golpeándome contra la pared e impulsándome de ella. Entró en el dormitorio principal antes que yo y salió corriendo al balcón.

—¿Qué carajo crees que estás haciendo? —gruñí, cuando salí tras él—. ¿Vas a saltar?

El matón se subió a la barandilla, temblando mientras lo hacía y se lanzó de espaldas del balcón, perdiéndose de vista.

—¡¿Qué carajo?! —Corrí hasta el borde y miré por encima después de él.

Estaba cayendo, pero luego un paracaídas salió de su bolso y se estabilizó. Se elevó entre los edificios y se perdió de vista en las concurridas calles de abajo. Literalmente, una escena tipo

James Bond que nunca esperé.

Quienquiera que fuera este Tony, era importante. Si podía contratar a matones que se lanzaban en paracaídas desde los edificios y se ponían a salvo, tenía que ser rico o poderoso, o ambos. Me agarré a la barandilla por un momento más, buscándolo, luego la dejé y retrocedí.

El sudor se enfriaba en mi frente, en la parte posterior de mis brazos. Quitó los primeros botones de mi camisa y dejé que el viento se apresurara a entrar, quitando algo del calor que me había atravesado al verlo maltratando a Audrey.

¡Audrey!

Volví apresuradamente hacia la cocina y la encontré sentada detrás de la isla, agarrando el teléfono con sus manos. Me miró, pálida por todas partes, y se lamió los labios.

—La policía está en camino.

—Bien —dije y me hundí junto a ella. Estaba tan sudada como yo, y tenía una marca roja alrededor de su cuello, donde el matón la había presionado—. Ven aquí —Tiré de ella subiéndola en mi regazo, y la sostuve con fuerza—. ¿Estás bien?

—No. ¿Y tú?

—He estado mejor —Nunca había estado tan furioso, en realidad, ni tan asustado.

En el momento en que lo vi asfixiándola... Carajo, fue lo peor que vi en mi vida. Tenía su cabeza bajo mi mentón e inhalé el aroma de su cabello, suave y floral, toques de vainilla y olores agradables que no pude ubicar. Era solo su olor, y exactamente lo que necesitaba ahora mismo.

—Oh, Dios mío —dijo en voz baja—. ¿Por qué está pasando esto?

—No es tu culpa.

Se movió en mis brazos y me miró.

—Pero tiene que serlo —susurró ella, mientras las sirenas sonaban a lo lejos—. Tiene que ser mi culpa. Porque si no, ¿para qué Tony se habría puesto en contacto conmigo? ¿Para qué? Es por mí. Yo soy el problema aquí. Si me voy...

—Si te vas, no pasará nada bueno. Nuestros padres terminarán muertos, y tú también. Quienquiera que sea este tipo, va en serio. Está dispuesto a lastimarte para conseguir lo que quiere. Tenemos que jugar con cuidado.

Teníamos que ir con el FBI, y punto. Tendrían ayuda para nosotros.

—¿Con cuidado? —Ella agitó la cabeza—. Nos encontraron aquí. Entraron por la fuerza, y estamos en el piso más alto, Evan. No creo que “ir con cuidado” sea ya una opción. Necesitamos respuestas, y las necesitamos ahora.

Ella tenía razón, por supuesto. Y eso significaba que si ella salía con esa mujer, Ciara, estaría en peligro ahí fuera con ella.

—Voy a ver a Ciara mañana.

—Iré contigo.

—No. Esto es algo que voy a hacer por mi cuenta —dijo, cerrando los ojos por un segundo, luego los abrió de nuevo y me traspasó con su mirada—. No te ofendas, Evan, pero no puedo

concentrarme cuando estás cerca. No puedo pensar en absoluto, y dudo que pueda recordar algo.

Dios, eso complicaba todo. Pero no podía dejarla ir sola.

—Hablaremos de eso más tarde —Le quité el cabello de la cara y admiré la suavidad de su piel, su belleza—. Concentrémonos en el aquí y en el ahora.

Audrey se acercó un poco más a mí, su aliento rozando mi piel. Tomé sus mejillas con ambas manos, incapaz de resistir el impulso ahora que estaba tan cerca. Llevé mis labios a los suyos y la besé suavemente. Era diferente a todos los otros besos que habíamos compartido. Había calor en este, claro, pero era más suave. No como para empezar una erupción de pasión, sino para mostrarle que yo estaba allí para ella. Que estaría con ella, sin importar lo que pasara. Que la protegería.

—Evan —susurró ella—. Dijimos que no lo haríamos.

—Lo sé —le contesté y la besé de nuevo, abrazándola a mi pecho, con más fuerza. Era la única manera de estar seguro de que estaba a salvo, de que no le pasaría nada. Estaba en mis brazos. Aquí tenía el control de la situación.

Tienes que dejarla ir. Sal de esta situación.

Pero ya era demasiado tarde. Ya había empezado a sentir cosas por ella que no debería. Unos días de sexo y risas, de tensión y miedo, y aquí estaba yo, abrazando a esta hermosa mujer, a la espera de que se quedara conmigo.

¿Quién era yo?

Tres golpes fuertes sonaron en la puerta del apartamento.

—¡Policía de Boston, abran!

Moví a Audrey a un lado, me levanté, y fui a abrirles la puerta, el sudor corría por mi espalda como un recordatorio de lo que acababa de suceder, y de lo cerca que había estado de perderla.

TRES HORAS después los policías se habían ido. Hicieron preguntas, se tomaron declaraciones y se entregó la información a un detective principal asignado para el caso. Incluso tenían las grabaciones de vigilancia del apartamento que mostraban al imbécil entrando por el balcón, enmascarado y todo eso. Teníamos la promesa de una llamada de vuelta, de alguien que nos pusiera al día sobre lo que había pasado.

Cerré la puerta de mi habitación con llave desde el pasillo, asegurándonos por si el matón regresaba, así lo escucharíamos tratando de abrir la puerta. Rápidamente, puse la alarma para el apartamento, luego caminé por el pasillo y pasé por el cuarto de huéspedes.

Audrey se paró en la puerta, y yo me detuve y la miré.

—Hola —dije—. ¿Cómo te sientes?

—Más tranquila ahora —Se mordió el labio inferior y lo soltó de nuevo—. Fue una larga noche, ¿no?

—Sí.

Ya se había quitado los pantalones y no llevaba nada más que la camiseta suelta que era

demasiado grande para ella. Sus pezones se marcaban en la tela de algodón, y me obligué a no mirarlos fijamente. Era tan perfecta, y el beso que habíamos compartido antes de que la policía apareciera solo me había servido para confundirme.

—¿No vas a dormir en el dormitorio principal? —preguntó y golpeó el marco de la puerta con un dedo, mirándolo tímidamente.

—No, lo cerré con llave. No quería arriesgarme a que ese imbécil volviera mientras estamos dormidos. Igualmente, la alarma está activada. Si entra por las puertas del balcón, lo sabremos.

—Oh. Está bien.

Nos siguió un silencio incómodo. Así eran nuestras conversaciones: la mitad chistes sexys y la otra mitad silencio mientras tratábamos de lidiar con nuestra atracción por el otro.

—¿Necesitas algo, Audrey? —le pregunté.

—Yo... bueno, no. En realidad, no. Solo me preguntaba dónde dormirás esta noche, eso es todo.

Esa era una pregunta complicada.

—En el sofá —dije—. Si me necesitas, solo grita.

—Oh, vale. Genial. Lo haré. Buenas noches.

—Buenas noches —dije formalmente, luego marché por el pasillo antes de cambiar de opinión. Cuanto más nos acercábamos, más peligroso se volvía esto para los dos.

Capítulo 18

AUDREY

—¿Estás bien? —preguntó Ciara mientras conducíamos por la calle en Nantucket.

Estábamos cerca de la casa del padre de Evan, o mejor dicho, de las ruinas de la casa, y me costó toda mi energía no concentrarme en eso, en lugar de lo que estábamos haciendo. Buscando mis recuerdos, encontrando la verdad. Averiguando quién era ese Tony y de qué corazón hablaba.

—Sí, solo hago lo mejor que puedo.

Ya le había hablado de los acontecimientos de anoche, y ella había sido muy comprensiva, me abrazó y me dio palmaditas en la espalda como si fuera una mascota en lugar de una persona.

—Oh, claro. Vaya, qué noche tan dura has tenido. Lo siento mucho, chica. Ojalá pudiera hacer algo para que te sientas mejor.

—Lo que estamos haciendo ahora me hará sentir mejor —le contesté, mientras ella disminuía la velocidad y se metía en un pequeño estacionamiento frente a un edificio de ladrillos de aspecto agradable. Había una pequeña placa de plata pegada al exterior que decía nuestros nombres.

T. Jenkins.

—Tu apellido es Jenkins —le dije.

—Ese es el elegido.

Ciara se bajó del auto antes de que yo pudiera hacerle otra pregunta, y caminó hacia el frente del edificio. Yo también salí y la seguí, con el corazón palpitando con fuerza en el interior de mi pecho. Cuanto más nos acercábamos a la parte delantera del edificio, más fuerte golpeaba. Alcancé a Ciara y la agarré del brazo.

—Espera un segundo, ¿de acuerdo? Solo necesito un minuto.

—Claro, no hay problema —contestó ella—. Tómame todo el tiempo que necesites.

Un destello de este lugar volvió a mí, cerré los ojos y me concentré en el vago recuerdo. En el recuerdo estaba frente al edificio, y era feliz. Un hombre estaba en la puerta, con el cabello muy corto y canoso. No era nadie a quien reconociera, pero cuando lo miré, no tuve miedo. La memoria desapareció, agité la cabeza y volví a abrir los ojos.

—Ok.

—¿Te acordaste de algo? —preguntó Ciara, y sus ojos se iluminaron—. Dios mío, me alegrará el día si recuerdas algo solo con nuestra primera parada.

—¿Nuestra primera parada? —le pregunté.

—Bueno, sí. Pensé que podríamos parar aquí, ver si algo volvía a ti, luego almorzar en Gavin's y seguir desde allí. Tenemos todo el día por delante, chica. He cancelado todas mis citas para ayudarte con esto.

—Se suponía que iba a tener una reunión de terapia hoy —le dije.

—Bueno, eso es exactamente lo que estás haciendo. Excepto que es conmigo en vez de con otro terapeuta —dijo y se rio—. Bien, ¿estás lista para entrar? —Abrió su bolso y sacó un juego de llaves—. Este es un gran paso para ti, Audrey. Vas a estar bien. Estaré aquí para ti en cada paso del camino.

—Gracias —dije, pero los nervios y la extraña ola de calor que me había llegado con ellos no me abandonaron.

Tenía sentimientos encontrados acerca de estar de vuelta en ese lugar. Me acordé de algunas cosas, pero no eran del todo exactas, ni mis acciones ni la gente con la que me veía. Tal vez ir adentro cambiaría eso. Ciara abrió la puerta y entró, y yo la seguí adentro.

El área de recepción era tan dulce como el exterior, con pinturas contra las paredes, ninguna de las cuales reconocí, y un escritorio circular colocado en el centro de la habitación. Las sillas esperaban en una esquina y los sofás también, con revistas esparcidas encima de una mesa de café. Un refrigerador de agua y una estación de café y té se ubicaban cerca de ellos.

—¿Algo que te suene? —preguntó Ciara y abrió sus brazos de par en par.

—En realidad no —le contesté—. ¿Pasaba mucho tiempo aquí?

—No, para ser justos. Solo salías a tomar un café de vez en cuando. La mayoría de las veces, Jessie te los llevaba.

—¿Quién es Jessie? —le pregunté.

—Nuestra recepcionista —Ciara me guiñó un ojo—. Vamos, déjame mostrarte tu oficina.

—Jessie —Murmuré el nombre, pero tampoco me sonaba bien.

¿Y dónde estaba Jessie? ¿También le habían dado la semana libre? ¿Todo por mi accidente? Seguramente había personas que necesitaban ayuda para usar los servicios en esta práctica. ¿Qué había pasado con todos mis pacientes? ¿Y si necesitaban mi ayuda?

—¿Vienes? —Ciara preguntó.

—Sí, lo siento. Me perdí en mis pensamientos.

Caminé por el pasillo detrás de ella y abrió una puerta de madera de dos caras que daba paso a una habitación llena de luz matutina. Un sofá ubicado al fondo, de cuero, cómodo y bien fabricado, con un escritorio desplazado en una esquina. Los papeles estaban encima, junto con una especie de diario. Mi corazón dio un vuelco.

—¿Esta es mi oficina?

—Sí. Te encanta esta habitación.

—Es espaciosa —dije, mientras caminaba lo rodeaba—. Me gusta.

—Es bueno, dado que pasas la mayor parte de tu tiempo aquí.

—¿No salgo mucho? —le pregunté.

—Nunca lo intentas —dijo Ciara, burlándose—. A menos que sea para el almuerzo. Quiero decir, no vives exactamente una vida excitante. Ayudas a la gente, Audrey, y eso es algo de lo que estar orgulloso.

No tenía una vida emocionante, pero había un tipo que se llamaba Tony persiguiéndome, y me habían noqueado y dado por muerta en un incendio en una casa. Algo no cuadra aquí.

—¿Por qué no te sientas? —preguntó Ciara—. Traeré café para las dos, hablaremos un poco de esto, y estudiaremos tus opciones.

—¿Mis opciones?

—Para tratamiento, quiero decir.

—Espera, ¿realmente vas a tratar esto como una sesión de terapia? —pregunté y me rasqué la frente con un dedo.

No me gustaba mucho esa idea. Si Ciara era mi amiga, sería poco profesional que me tratara. Se sentiría mal, no sería imparcial. ¿Importa eso? ¿Por qué no lo sé?

—Solo toma asiento, ¿de acuerdo? —Ciara sonrió y salió de la habitación dejando la puerta entreabierta.

Me acerqué a mi escritorio y me senté. Una sensación de temor me abrumó inmediatamente. Un destello de esta oficina surgió de lo profundo de mi mente y salió a la superficie. Yo abriendo frenéticamente los cajones del escritorio y buscando en ellos, en la oscuridad de la habitación. Uno de los cajones se hundió y mis dedos llegaron.

—¿Un falso fondo? —Murmuré y abrí los ojos.

Miré el escritorio, mi sospecha despertó. ¿Qué estaba escondiendo, y por qué? Abrí cada cajón de la mesa con cuidado y lo revisé. Nada más que papelería y papeles y un paquete oculto de lo que parecían ser naranjas confitadas con chocolate. Mi boca se llenó de saliva al verlos.

Vale, aparentemente, me gustaban mucho las naranjas con chocolate.

Abrí el último cajón y luego deslicé mis dedos por la parte inferior y encontré el pequeño pestillo que bloqueaba el falso fondo en su lugar. Lo torcí y este hizo un suave clic.

Mi pulso se aceleró. ¿Y si el corazón estaba allí oculto? ¿Y si pudiera resolver todos nuestros problemas en uno solo, ahora mismo? ¿Dejar de preocuparme y recuperar a mi madre y al padre de Evan?

—Cálmate —me susurré y levanté el fondo, lentamente. El espacio debajo estaba vacío.

—¿Ya recuerdas algo? —preguntó Ciara cuando entró en la habitación sosteniendo una taza de café en cada mano.

Dejé caer la parte inferior en su lugar y luego cerré el cajón deslizándolo con un suave chasquido.

—No, nada —le contesté, sonriendo.

No había razón para no contarle sobre ese compartimento escondido en mi escritorio, pero tampoco había una buena razón para decírselo. ¿Y por qué debería hacerlo? Yo estaba en peligro y ella aún no sabía del todo lo de Tony. Solo sabía sobre el matón de anoche, pero no le había comentado nada sobre que buscaba un corazón.

—Bueno, es una pena —dijo Ciara y dejó la taza frente a mí. Tomó un sorbo de su café, apretó los labios y exhaló lentamente—. Esa es la cuestión, ni siquiera puedo funcionar durante el día sin unas tazas de café.

—Totalmente —contesté, pero fue un comentario poco entusiasta.

No me molesté en beber enseguida de mi taza. En vez de eso, levanté mi diario de la mesa y lo abrí. Había fechas de citas garabateadas en las páginas, todas llenas hasta la semana anterior al incendio. Incluso había marcado la palabra “vacaciones” para la semana siguiente, aunque mi escritura se veía un poco borrosa en esas páginas. ¿Habría estado nerviosa o asustada cuando lo escribí?

—¿Algo? —Ciara volvió a preguntar.

—No, nada —Suspiré y hojeé las páginas. Vi algo escrito en la parte de atrás y lo escaneé rápidamente.

“Escóndelo”.

La única palabra en la página, y con eso se aceleró de nuevo mi pulso. ¿Esconder qué? ¿El corazón? ¿Qué era ese estúpido corazón en primer lugar? Cerré el diario y lo puse en el escritorio con toda tranquilidad.

Probablemente podría preguntarle a Ciara qué era el corazón y por qué era importante, pero mi instinto me dijo que no lo hiciera. O que ella no sabría la respuesta en primer lugar, así que mantuve mi paz sentada en el lugar. Asfixié un bostezo con una mano.

—Bebe tu café, chica. Es algo bueno. Como te dije, es lo único que me hace seguir adelante todo el día.

—No, estoy bien. Creo que preferiría ir a tomar un batido o algo con azúcar.

—Oh, está bien. No hay problema. En Gavin’s hacen un buen gofre para el desayuno. Oh, con cerezas y sirope de chocolate. Tan bueno —Ciara se mojó los labios y luego los chupó. Dejó su taza de café en el escritorio junto a la mía—. Avísame cuando estés lista y nos iremos. Te daré un minuto a solas en tu oficina, a ver si recuerda algo más. Quiero decir, nunca se sabe, ¿verdad?

—Gracias —respondí—. Eso podría ayudar.

Solo necesitaba mi espacio. Quizás era toda la preocupación de Evan por Ciara lo que me afectó, pero cuanto más tiempo pasaba con ella, más en guardia estaba. ¿Y si tenía razón? Habíamos pasado por demasiadas cosas en la última semana como para confiar fácilmente.

Me senté en mi silla de cuero y giré de izquierda a derecha, estudiando el interior de la habitación, esperanzada de que cualquier recuerdo volviera a mí. Que todo volvería de una vez y no solo en fragmentos. Pero nada apareció, excepto el miedo constante que se sentaba en el centro de mis entrañas y parecía girar alrededor del falso fondo del escritorio. Me levanté y caminé hacia el conjunto de estanterías de una pared, pero nada me llamó la atención. Podría haber sido la oficina de un extraño.

—Esto es inútil —murmuré y pellizqué el puente de mi nariz—. No tiene sentido tratar de forzarlo.

Salí de mi oficina y dejé el escritorio, el diario y mi taza de café atrás, con mi estómago ardiendo de nuevo.

Capítulo 19

EVAN

—¿Un teléfono desechable? —le pregunté.

—Sí —contestó Dan pacientemente—. Un teléfono que se usa una vez y luego se desecha.

—Sé lo que es un teléfono desechable, Dan.

—Correcto.

—Así que, este imbécil usó un teléfono desechable para llamarnos, por si acaso contactábamos a alguien como tú —dije, ardiendo de rabia por dentro—. Movimiento inteligente.

—Debe ser un hombre inteligente. ¿Dijiste que se llamaba Tony? ¿Solo Tony?

—Sí, eso es todo lo que tengo para ti ahora —contesté y caminé de un lado a otro en mi estudio, haciendo una pausa para pasar un dedo por encima del trackpad de mi portátil y despertar la pantalla—. Dios, ni siquiera debería estar llamándote. Según Audrey, no quiere que llame a la policía o a los federales. Pero este hijo de puta no sabe con quién está tratando.

—Que no lo haga —contestó Dan—. Mira, mantén un ojo y un oído atento, y ponte en contacto conmigo si tienes alguna otra información. Volveremos a hablar.

—Sí —Y colgué el teléfono.

No debía sentirme mal por llamar a Dan, aún después de lo que había dicho Audrey, ya lo habíamos arruinado anoche cuando llamamos a la policía después de que ella fuera atacada.

Vinieron con un equipo forense y buscaron huellas dactilares. Incluso así no había surgido nada, y oficialmente estaba llegando al punto de desesperación. Necesitaba averiguar quién era ese Tony, que quería en realidad, y qué era ese corazón.

Contactar a Dan y buscar respuestas en Internet, sin tener éxito en ningunas, fueron las únicas cosas que me impidieron apresurarme a ir a Nantucket y encontrar a Audrey de nuevo. Se había ido con esa mujer Ciara para averiguar su pasado, y yo aún no confiaba en ella.

La idea de que estuviera ahí fuera, potencialmente expuesta, metiéndose en algún tipo de problema cuando yo no estaba cerca para protegerla, me mataba.

—Contrólate —me dije.

Me senté frente a mi escritorio e hice clic en la barra de búsqueda. ¿Qué carajo escribiría? ¿Tony y Corazón? ¿En qué me ayudaría eso?

Mi teléfono zumbaba a la vida en el escritorio, y lo levanté, frunciendo el ceño ante el número desconocido en la pantalla.

Le pasé el pulgar por encima y contesté.

—Habla Crowell.

—Hola —dijo esa voz fría—. Me alegra volver a saber de ti, Crowell. No me has devuelto la llamada.

—¿Quizás porque estás usando teléfonos desechables y no quieres que nos pongamos en contacto contigo?

—Inteligente —dijo—. Tal vez demasiado inteligente. Ya sabes quién soy, estoy seguro.

—Tony.

—Correcto. Pero aún no sabes lo que significa ese nombre. Lo harás muy pronto. Toma, tengo a alguien para ti en la línea. Espera un segundo.

Hubo una pausa, un barullo de ruido y un susurro.

—¿Hola? —Dije, en voz alta—. ¿Hola?

—¿Evan? —La voz de mi padre llegó a través del teléfono, amortiguada muy levemente.

—¿Papá! —Exhalé, el alivio inundó mis células. Fue de corta duración. Mi padre no estaba a salvo—. ¿Estás bien?

Pregunta estúpida.

—Estoy bien. Hijo, quiero que hagas lo que este hombre dice, ¿de acuerdo? Este hombre nos hará daño si no haces lo que dice, y no puedo dejar que le pase nada a Beatrice. Solo haz lo que te dice.

—Papá, relájate. Todo va a estar bien, ¿de acuerdo? Voy a encontrarte, y voy a llevarte a casa, ¿de acuerdo?

—No, no, no, no.

Tony había vuelto.

—Esa es la respuesta equivocada, Evan. Vas a hacer lo que tu padre acaba de decir. Y eso es exactamente lo que quiero. Si no lo haces, las consecuencias para tu padre y tu madrastra será el infierno, toda tu pequeña familia será eliminada.

Apreté los dientes tan fuerte que chillaron. ¿Cómo iba a responder a esto?

—Tomaré tu silencio como un sí. Bien. Ahora, ¿dónde está Audrey? Ponla al teléfono para mí ahora, como buen súbdito que eres.

—Ella no está aquí —le dije.

—¿Dónde está ella?

—Desapareció —le contesté.

—¿A dónde ha ido?

—No lo sé, hombre. Tú eres el que tiene todos los contactos. ¿No deberías saberlo ya? —pregunté, apretando los dientes, mintiendo a través de ellos. No había ninguna posibilidad de que le diera a este tipo lo que quería.

—Eso es lindo. ¿Crees que no sé lo que tramas, Crowell? Lo sé todo —gritó la última palabra y la rugió como un puto león—. Todo, ¿me oyes? Sé que anoche llamaste a la policía a tu apartamento. Y por ese error, tu padre va a sufrir.

—¡No! —Me levanté de mi silla—. Déjalo en paz. La policía estuvo aquí por el matón que enviaste para hacerle daño a Audrey.

Hubo una pausa, llena de tensión.

—¿Qué?

—El hombre que enviaste para que atacara a Audrey —le dije.

La línea se cortó y miré a la pantalla. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no reventar el teléfono contra la pared. Si lastima a mi padre... ¿Qué puedo hacer? Nada. Ni siquiera podía encontrar a ese imbécil.

¿Cuál era la mejor opción que teníamos? ¿Encontrar esta cosa del corazón y dárselo?

Podría decirle que lo encontramos la próxima vez que llamara. Y así pedirle una reunión. De esa forma, tendría la oportunidad de conocer a ese imbécil cara a cara y derribarlo.

Aflojé el agarre de furia que descargaba contra mi teléfono. Armé un plan completo en mi mente. Sí, eso funcionaría. Tendría que hacerlo. Si pudiera reunirme con él, ganaría. Le haría pagar por lo que había hecho. Este imbécil pensó que era el jefe, pero no tenía ni idea de con quién estaba lidiando y por lo que yo había pasado.

—Voy por ti, papá —murmuré y encendí la pantalla. Hojeé mi larga lista de contactos y seleccioné el indicado, luego pulsé “llamar” .

Ya era hora de acabar con esto.

Capítulo 20

AUDREY

—Oh mi Dios —Ciara gimió y se metió otra cucharada de sirope de chocolate en la boca. Lo tragó y volvió a gemir—. Dios mío, ¿Cómo puede ser tan bueno esto? Es tan jodidamente delicioso. Quiero decir, ni siquiera puedo lidiar con esto.

—Es lo máximo —dije y corté en un pedazo de waffle empapado en sirope y helado. Realmente era una comida súper rica para esta mañana, pero al diablo, me la merecía por la semana que había pasado. Al diablo con mantenerse delgada y en forma, necesitaba bañarme en este jarabe de chocolate y chupar unas cuantas cerezas.

Ligeramente erótico, pero provocativo.

Sin embargo, la dulzura no me apaciguó totalmente. Las preguntas habían surgido gracias a nuestra visita al consultorio. Unas que aún no habían sido contestadas. No entendía qué resultaría de esto ni cómo recordaría nada a este paso.

Me masajeeé la frente y cerré los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó Ciara.

—Sí, estoy bien. Solo un poco cansada, supongo —le dije.

Cansada y con el cerebro frito. Tomé un sorbo de mi Sprite y dejé que las burbujas limpiaran la capa de rico helado en mi lengua.

—Háblame de los viejos tiempos, sobre lo que solíamos hacer en Nueva York y eso.

—Oh, claro, es una gran idea —dijo Ciara y se arregló el cabello.

Ella había elegido otro de esos trajes profesionales hoy, y yo me puse el traje nuevo que había elegido en la boutique con Evan. Otro de esos vestidos de verano, sin chaqueta esta vez. Hacía mucho calor.

—¿Y? ¿Qué solíamos hacer?

—Bueno, antes de mudarme a Boston, quiero decir, Nantucket, solíamos, uh, pasar el rato, ya sabes. Como ver películas o ir a Central Park juntas. Por lo general, solo caminábamos y charlábamos —Ciara siguió comiendo, esta vez más despacio, tomándose su tiempo mientras masticaba.

—Central Park —dije.

Eso sí lo recordé, en realidad. El parque, pero no a Ciara. Había caminado por ese parque con mi madre, incluso cuando la nieve estaba espesa en el suelo en algunos lugares, y los bancos también estaban cubiertos de ella. Nuestras narices rojas, nuestras caras sonrientes, copos de

nieve atrapados en el cabello de mamá. Un fuerte anhelo de ver a mi madre, de nuevo surgió en mí. Había sido una roca durante tanto tiempo, pero ahora esa dureza se había ido.

—¿Estás bien?

—No tienes que preguntarme todo el tiempo —le dije y le sonreí a Ciara—. Si me siento rara, te lo diré.

—Está bien, solo estoy siendo cuidadosa. No quiero que hagas esto si no tienes ganas.

—Quiero hacer esto —le dije—. ¿Qué más puedes decirme sobre el pasado? Tal vez algo de lo que digas me haga recordar. Me apoyé del espaldar del asiento y jugué con el borde del mantel de algodón a cuadros.

—Bueno, estábamos muy ocupadas en el trabajo. Nos divertíamos en la universidad. Solíamos reunirnos los martes por la noche para bailar, en realidad. Ahí es donde conociste a Anthony.

Mi cuerpo se enfrió, desde la parte superior de mi cabeza hasta las puntas de los pies. Mi corazón latía como loco, y ese frío fue reemplazado por sofocos de calor.

—¿Qué, qué dijiste?

—Anthony —repitió, sonriéndome inocentemente. Como si no se hubiera dado cuenta de mi reacción—. Tu novio.

—¿Tengo novio?

—Oh, Dios, no. Mi error. Tu ex-novio. Pero nunca me dijiste exactamente por qué rompieron. Estaban tan bien juntos. Compañeros de baile. Él era un encanto.

—Anthony —repetí—. No lo recuerdo en absoluto —Mis dedos pellizcaron el mantel, y usé la sensación de que la tela entre mis dedos para mantenerme presente. Si cayera en un abismo de miedo ahora, nunca conseguiría la información que necesitaba—. ¿Cuánto tiempo salimos?

—Bueno, ¿para qué recordarlo? ¿No es ese el sueño? —preguntó Ciara y se rio a carcajadas. Había untado un poco de chocolate junto a su boca—. Imagina tener una relación, no funciona, y luego puedes borrarla de tu línea de tiempo. Suena como el cielo para mí.

—¿Cuánto tiempo salimos? —pregunté de nuevo.

—¿Como un año? ¿Quizás seis meses? No puedo recordarlo. Un día todo se había acabado, y estabas desesperada por venir a Boston y empezar una vida aquí en Nantucket. Pensé que solo querías estar con tu madre. Quiero decir, sin ofender ni nada, pero siempre has estado un poco apegada a ella.

—Ella es la única persona que siempre ha estado ahí para mí —dije, a modo de explicación, y para mantener la conversación—. ¿Qué más puedes decirme sobre Anthony?

—Tony era muy gracioso —dijo Ciara.

Otro escalofrío me pasó por encima. Tony. Era él entonces. Mi ex-novio era la razón por la que estábamos en esta situación. ¿A eso se refería con lo del corazón? ¿Quería mi corazón? ¿Para volver a estar conmigo?

—Gracioso —dije.

—Sí, siempre estaba dispuesto a bromear, y era rico. Como no tienes idea. Quiero decir,

obviamente eso no te importaba porque vienes de la riqueza, pero él estaba forrado en dinero. Y como todo hombre de negocios era un misterioso.

—¿No sabes a qué se dedicaba?

—No. Creo que por eso era tan atractivo. Tal vez tú lo sabías, pero yo no.

Una imagen de un hombre, guapo, de cabello castaño y ojos verdes brillantes, surgió de la oscuridad hacia mí. Tony. Ese era Tony. Un hombre que conocí y a quien había olvidado. Un hombre que enviaba ese frío en espiral a través de mi corazón. Era peligroso. Me quería matar. Me toqué el estómago con una mano.

—¿Te sientes mal? —preguntó Ciara.

—Sí. Demasiado gofre, creo —Era una mentira, pero una buena excusa.

Oh Dios, ¿esto es de verdad? Este Tony es... realmente es todo culpa mía. ¿Qué va a decir Evan sobre esto? Me aferraba a mi exterior tranquilo a través de respiraciones profundas, midiéndolas, inhalando y exhalando.

—Bueno, yo también he terminado —Ciara dejó su cuchillo y tenedor, luego suspiró, se acomodó en su asiento y se frotó el estómago—. Tengo que decir que los gofres con sirope me sentó muy bien. Entonces, creo que sería una buena idea ahora, ir a algunos de los lugares que solíamos frecuentar.

—Quiero ir al apartamento —le dije—. Quiero verlo.

Ciara parpadeó.

—¿Inmediatamente? Hay cosas por aquí que tal vez quieras ver. Quiero decir, pasabas la mayor parte de tu tiempo aquí, aparte de ir a visitar a tu abuelo.

—¿Mi abuelo?

—Sí, en el cementerio. Oh, lo siento, eso sonó duro. Lo siento. Es que solías hacer eso a menudo. Ir al cementerio a presentar tus respetos.

—Oh, oh bien, de acuerdo. Sí, pero me gustaría ir al apartamento primero.

—Claro. Déjame pedir la cuenta.

Ciara rompió el contacto visual conmigo, y yo busqué el significado de eso. Era ridículo, por supuesto. Estaba siendo paranoica, como Evan. Aunque anoche alguien había entrado en el apartamento e intentó estrangularme.

Me estremecí ante el recuerdo. No había dormido en toda la noche, pero no quería rogarle a Evan que durmiera en la cama conmigo y me abrazara. Solo habría hecho las cosas más complicadas.

Ciara pagó la cuenta, y media hora más tarde estábamos de vuelta en el ferry, rumbo a tierra firme. Fue un largo viaje de regreso a Boston. No entendía porque todavía no me había mudado para allá, tenía cada vez menos sentido a medida que nos alejábamos.

—¿Por qué no me he mudado a Nantucket todavía? —le pregunté.

—Por algo sobre tu madre, creo.

—¿Algo sobre ella?

—No, me refiero a que tu madre se quedó contigo hasta que se mudó con tu padrastro.

—Oh, oh. Entiendo.

Pero no, eso no tenía sentido para mí. Por lo que recuerdo, mi madre se había quedado en Boston después de que yo me fuera a Nueva York. Y eso significaba que tenía su casa, la que recuerdo de mi infancia. No en Nantucket, sino en Boston.

La brecha en mi memoria y el hecho de que lo que Ciara acababa de decir era incorrecto, chocó. Luché para entender la verdad.

—Vale, ¿así que mi madre vivía conmigo y luego se mudó cuando se casó?

—Sí, eso fue lo que pasó —dijo Ciara, y hubo alivio en su tono.

¿Qué está pasando aquí?

—Y he estado conduciendo qué, ¿cinco horas todos los días a la oficina?

—Bueno, no todos los días. Duermes en tu oficina algunas noches. La mayoría de las noches, en realidad. ¿No viste las almohadas y las cosas de ahí?

—¿No?

—Oh, bueno, estaban ahí dentro. Sí, la mayor parte de la semana te quedas y luego te vas a tu apartamento los fines de semana —dijo Ciara—. Como dije, planeabas mudarte a Nantucket después de que tu madre se casara. Eso es todo lo que puedo decirte sobre eso.

Nos quedamos en un silencio incómodo, durante el resto del viaje, con uno que otro comentario ocasional de Ciara. Mantuve la mirada fija en el exterior, en los edificios que pasaban. Lo que sea que estuviera pasando entre nosotras, no me gustaba.

Ciara conocía a Tony. Ciara y Tony, cielos, incluso los nombres eran similares. ¿Y si era mentira, y ella seguía en contacto con él todavía?

—¿Cuándo supiste de Tony por última vez? —pregunté, mientras nos estacionábamos frente a un edificio de apartamentos en Beacon Hill.

—Oh, no tengo ni idea. Ustedes rompieron, así que, ¿por qué diablos iba a estar en contacto con él? Soy tu amiga, no suya —Se encogió de hombros y me mostró una sonrisa amplia y brillante. Ella abrió la puerta del auto—. ¿Vienes?

—Claro —dije—. ¿Pero cómo vamos a entrar?

—Tengo un juego de llaves de repuesto. Me los diste en caso de emergencia.

—Oh, claro.

La seguí por la acera y subimos los escalones de ladrillo y piedra del edificio. Ciara nos dejó pasar, luego subimos al segundo piso y entramos en el pasillo. Se detuvo frente a la tercera puerta y me sonrió.

—¿Estás lista para esto, chica?

—Sí —dije, asintiendo. Estaba tan preparada como podía.

Ciara abrió la puerta y entró. La seguí, con los nervios en la boca del estómago, dando vueltas y vueltas.

La sala de estar era espaciosa, con un sofá acogedor y algunos cojines. Un televisor pantalla plana, empotrado en la pared y apagado. Los pisos estaban alfombrados, y había unas cuantas fotos de mamá y yo en las paredes. ¿Hacía una semana que no venía aquí? No recordaba este lugar en absoluto.

Caminé más adentro y miré a mi alrededor. La cocina estaba a la izquierda a través de una puerta abierta, y había una nevera de plata y un bloque de cuchillos en una encimera de granito. Junto a eso, una botella de agua, medio vacía. El hielo cubrió mi piel de nuevo. La habitación giró a mi alrededor al ver esa botella, y me agarré de la parte trasera del sofá para mantenerme de pie.

—¡Audrey! Dios mío, Audrey, ¿estás bien? —Ciara se apresuró a venir, me apretujó.

Le hice un gesto con la mano, intentando hacerla retroceder.

—Estoy bien. Solo me siento un poco rara.

—Dios mío, tal vez deberíamos haber hecho esto otro día. No estás preparada para esto. Vámonos de aquí. Te llevaré a casa.

—No —dije, caminé como pude alrededor del sofá y me senté en él. Enredé mis dedos a través de mi cabello presionando mi cabeza y los sostuve allí por un momento—. No —Recuperé el aliento, pero la habitación seguía girando. Necesitaba apoyo, pero no el tipo de apoyo que Ciara me ofrecía—. No, quiero quedarme —Abrí mi pequeño bolso de hombro. Saqué mi teléfono celular, luego desbloqueé la pantalla e hice la llamada, respirando profundo para calmarme—. Sí, ¿hola? Te necesito.

Capítulo 21

EVAN

—Puedo quedarme si me necesita. Estaría encantada de hacerlo —dijo Ciara, retorciéndose las manos y mirando a Audrey cada pocos minutos—. Probablemente debería quedarme. Ella me quiere aquí.

—Ella está bien —le contesté con firmeza, agarrando la manija de la puerta. Ya había acorralado a Ciara en el pasillo, y ahora la única tarea que me quedaba era conseguir que se fuera. Todavía no confiaba en ella, no me gustaba lo sospechosa que se comportaba conmigo—. Necesita tiempo a solas.

—Entonces, ¿también deberías irte tú? —preguntó Ciara.

—Soy su hermanastro —Extendí mi mano—. Las llaves, por favor.

Ciara dudó y se aferró a ellas por un segundo más.

—¿Por qué...?

—Audrey ha perdido su par, así que necesita el juego de repuesto que tienes. Estoy seguro de que te las devolverá una vez que ustedes dos se conozcan y todos sus recuerdos empiecen a regresar.

La observé cuidadosamente, la manera en que se movía, miré hacia las llaves y las señalé con el dedo.

Finalmente, Ciara las puso en mi mano.

—Muy bien. Bueno, estaré en contacto con Audrey en caso de que me necesite de nuevo.

—Buenas noches —le dije y le cerré la puerta.

La noche había llegado y había pasado demasiado tiempo lejos de Audrey. Todos los temores que tenía de que estuviera sola parecían injustificados, pero el hecho de que me llamara y me pidiera que acudiera a ella decía mucho.

Ella me necesita.

Crucé la sala de estar y me senté a su lado. Audrey se había instalado en el sofá de su sala de estar. Sostenía una botella de agua con ambas manos y bebía de ella periódicamente, mirando hacia la televisión, que estaba encendida pero silenciada. Veía una repetición de la serie “Cómo conocí a tu madre”. No sonreía, solo rasgaba la etiqueta del lado de la botella.

—Hola —dije—. ¿Estás bien?

—No —contestó ella—. No, no lo estoy. En cuanto entré aquí, me mareé, y no creo que sea nada con mi cabeza. Creo que es otra cosa. Un recuerdo que no puedo entender —Me miró—.

Gracias por venir. No podía hablar con Ciara sobre esto.

—Me alegra que me llamas.

—No sé qué me pasa, Evan. Esto no está bien. Lo que sea que me esté pasando. Y descubrí que Tony es mi ex-novio.

Un escalofrío me llegó hasta los huesos, pero mantuve mi cara inmutable.

—Ya veo —respondí, seguido de una pequeña punzada de celos, y luego ira. Entonces, su ex-novio era una especie de idiota vengativo—. ¿Y lo del corazón?

—No lo sé. Todavía no lo sé. Aún hay mucho que no entiendo. Solo te necesito aquí conmigo por ahora.

Asentí con la cabeza, la rodeé con un abrazo y le di un beso en la frente.

—¿Tienes hambre? ¿Cuándo comiste por última vez?

—Comimos gofres esta mañana. ¿Qué hora es?

—Pasadas las seis de la tarde —le dije—. Pediré algo. ¿Te parece?

—Sí, eso suena genial.

Me moví para levantarme, y ella agarró mi mano y la apretó.

—Evan, muchas gracias por todo esto. Por todo lo que has hecho por mí. En realidad no tienes ni idea de lo que significa. Yo solo... eres mi héroe ahora mismo.

—Cariño, eres lo suficientemente fuerte para todo esto. Date algo de crédito. Considérame una muleta ocasional —le dije y le sonreí. Me incliné y la besé en los labios esta vez, ella se apoyó en ese toque, gimiendo suavemente en voz baja.

El beso había sido impulsivo. Ni siquiera había pensado en lo que significaría, pero se sentía bien, y ese era el punto.

—Evan —dijo contra mis labios.

Me enderecé.

—¿Qué te apetece comer? ¿Pollo? ¿Pizza? ¿Chino?”

—Oh Dios, la comida china sería el cielo. Quiero, como, rollitos de primavera y todo. Todo.

—Lo tendrás, preciosa.

Entré a la cocina, saqué mi teléfono, llamé a mi lugar favorito y ordené toda la comida que necesitábamos y más que eso. Media hora más tarde, nuestra comida estaba aquí y desempacada en la mesa de café frente al sofá. Audrey comió unos rollitos de primavera y tomaba sorbos de agua, viendo la televisión con el sonido encendido esta vez. Era tan hermosa, incluso cuando estaba pálida y asustada, no pude evitar mirarla mientras comía. Eso se había convertido en mi pasatiempo favorito.

—Te traje tus medicinas, por cierto —le dije—. Por si acaso los necesitabas —Señalé hacia el mostrador de la cocina, donde las había colocado.

—Eres un salvavidas.

—No sé nada de eso —le contesté y sonreí.

—No, literalmente. Me salvaste la vida anoche —Agitó la cabeza, terminó su rollito de primavera y suspiró—. Esto ha sido una locura, Evan, y ahora sé que todo es culpa mía. Lo siento.

—No, tú eres una víctima en esto. Todos somos víctimas, no perpetradores, así que tranquilízate. No tienes porqué disculparte conmigo, ¿de acuerdo? Estamos juntos en esto —Y era verdad—. Audrey, voy a estar a tu lado hasta que todo esto se resuelva.

Cogió una caja y un par de palillos, asintiendo con la cabeza.

—Basta —murmuró—. No sigas.

Cielos, ¿había dicho algo malo?

Ambos nos enfocamos en la televisión de nuevo, y en comer nuestra comida. El tiempo pasó rápido y en silencio hasta que finalmente terminamos, y ella estaba bostezando.

—Estoy muy cansada —dijo— pero no quiero irme. Me siento segura y asustada aquí, aunque no tenga sentido. Segura porque estás conmigo, y porque no estamos en la casa donde nos encontraron la última vez.

—Entonces nos quedaremos aquí esta noche. Tienes un sofá para mí, una cama para ti. Estaremos bien.

—Genial —Se levantó—. Voy a darme una ducha, luego puedes darte una si quieres.

—Sí, perfecto.

Ella se fue por el pasillo, y yo me quedé atrás, mirándola mientras se movía. Tenía una forma de caminar tan elegante, un balanceo que no era muy pronunciado y una ligera sacudida, como un resorte en su paso.

¿Ahora estás admirando su forma de caminar? ¿Qué te pasa?

Una puerta se cerró un segundo después y la ducha se puso en marcha. Escuché el agua caer y bajé el ruido de la televisión. Era una tortura imaginarla bañándose, así que me dediqué a beber agua y masticar algo de lo que quedaba de comida.

Audrey era la última persona que esperaba conocer. Alguien que era vulnerable y fuerte, que me necesitaba y no me necesitaba, todo en uno. ¿Qué significaba eso? Que la quería como algo más de lo que era. Sin importar lo que esto sea en primer lugar.

No, no podía querer algo más. Debía enfocarme en mi padre y su madre, en encontrarlos, protegerlos, no en lo que sea que había ocurrido entre nosotros en el transcurso de la última semana. Dios, ¿solo había pasado una semana? Una semana desde el incendio y de nosotros pasando tiempo juntos, teniendo sexo, riendo, temiendo, y todo lo demás en el medio.

La ducha se cortó y me aclaré la garganta, volteé la cabeza y me concentré en la televisión para no verla salir de la tortura del baño y añadirlo al combustible de la fantasía. La puerta se abrió, y los pasos se acolcharon por el pasillo. Curiosamente, parecían estar acercándose en lugar de alejarse.

Levanté un rollo de primavera y me concentré en comerlo, en lugar de las fantasías salvajes que me llegaban solo con oírla caminar por la casa, probablemente en una toalla.

Audrey apareció a mi lado en esa toalla. Se metió en mi vista, entre la televisión y la mesa de

café, sosteniendo la toalla contra sus pechos con una mano.

—Te necesito esta noche —dijo ella—. Estar conmigo, dormir juntos en mi cama. Solo te necesito a ti —dejó caer la toalla.

Se me cayó el rollo de primavera en el regazo.

—Audrey —dije.

—Por favor. No me hagas suplicarte.

—Preciosa, no tienes que hacerlo —Levanté el rollo de primavera otra vez y lo puse de nuevo en su caja—. Eres tan hermosa que me hiciste soltar mi rollito de primavera.

—Oh, bueno, por supuesto, sigue comiendo. Estaré esperando en el dormitorio —Dejó la toalla en el centro de la habitación y pasó a mi lado, sus pechos rebotaban, su trasero temblaba. Ese movimiento era todo lo que necesitaba.

—Oye, ¿adónde diablos crees que vas? —gruñí y salté del sofá.

Soltó un chillido juguetón y corrió por el pasillo hacia su dormitorio. El dormitorio del que probablemente no podía recordar mucho, yo hice una pausa antes de perseguirla, y miré hacia la puerta. Comprobé que estaba cerrada con llave, el pestillo firmemente en su lugar, y luego entré al dormitorio.

Audrey ya estaba en la cama, acostada de lado, con una mano sosteniendo su cabeza mientras que con la otra dibujaba círculos y ochos en la cama. Ella me sonrió.

—¿Vienes?

—Por supuesto —respondí.

No ibas a hacer esto de nuevo.

Pero ella dijo que me necesitaba, y eso era todo lo que importaba. Le daría consuelo, apoyo, protección... Todo lo que ella necesitara.

Me arrastré sobre la cama junto a ella, quitándome los zapatos mientras avanzaba. Sus dedos volaron inmediatamente a los botones de mi camisa. Tomó segundos, probablemente minutos, pero Cristo, a quien le importaba. Yo estaba desnudo, ella también, y estábamos listos el uno para el otro. La besé, luego la acosté de espalda y me deslicé por su cuerpo.

Le abrí las piernas, admiré la humedad que me esperaba. Estaba hinchada, le soplé suavemente trayendo un pequeño jadeo y un movimiento de las piernas de ella.

—Así es —dije, y hundí mi cara en su centro. Era delicioso, con un sabor limpio y tan ligeramente dulce.

—Oh, Dios mío —se quejó.

Sumergí mi lengua dentro de ella, mojé mi pulgar y lo puse sobre su clítoris, trabajándolo como si fuera un instrumento que solo yo podía tocar. Como si fuera a tocar la nota correcta y hacerla cantar. Y eso era exactamente lo que planeaba hacer, pero su canto gritaría mi nombre al llegar.

—Evan, eso es demasiado bueno. Oh, Dios mío —Se retorció en la cama, me puso una mano en la parte superior de la cabeza y me rastrillaba el cabello con sus dedos—. Oh, Dios mío, eso es

tan bueno. No puedo... no, espera, detente.

Inmediatamente, levanté la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunté, frunciendo el ceño—. ¿Estás bien?

—Quiero chuparte —contestó ella, sus ojos eran salvajes—. Mientras me comes. Quiero venirme contigo. Quiero que entres en mi boca mientras me comes.

Mi pene palpitaba por el morbo que provocaban sus palabras. ¿Quién diablos era yo para negar su petición? Rápidamente, me puse de espaldas, le hice un gesto para que se levantara y se moviera. Se puso a horcajadas sobre mi cara, de espalda, luego se inclinó y me agarró la base del pene.

Esto era el nirvana. Era el cielo que no sabía que necesitaba. Ella estaba en plena exhibición frente a mí, mojada y desesperada por ser liberada, y yo palpitaba en su mano.

—Eres tan deliciosa —gruñí, y le puse las manos en sus nalgas, apretándolas. Las abrí de par en par y levanté mi cabeza, le chupé los labios, haciendo tanto ruido como pude. Era un desorden al comer, pero era perfecto.

Audrey gimió y chupó la cabeza de mi pene. El calor, la suavidad, me volvieron loco. Se me sacudieron las caderas y me subí. Abrió su boca lo más que pudo, tomando todo lo que podía. Frotaba con su mano el resto de mi miembro mientras se enfocaba en chupar mi glande.

El panorama estaba mojado, pegajoso, desordenado, y mi vista era perfecta. Ella montaba mi cara e hizo la mayor parte del trabajo para mí, meciéndose de un lado a otro mientras acariciaba su clítoris con mis dedos y penetraba su cavidad con mi lengua.

—Me voy a venir —dijo ella, prácticamente gritando.

Su trasero trabajaba de arriba a abajo, y se apretaba. Su vagina se prensaba alrededor de mi lengua. Se convirtió en un lío que se retorció y gemía en mis manos, y el hecho de que estuviera atrapada en tal placer me llevó directamente al mío.

Mis bolas se apretaron, y le di una palmadita en el trasero para que supiera que estaba en camino. Ella se dobló, se lo metió tan profundo como pudo, y chupó todo lo que le di. Mi mente se quedó en blanco. No había nada más que placer, ella encima de mí, y luego se vino.

La volteeé sobre su espalda lentamente, luego me levanté y me di la vuelta para acostarme a su lado.

—Vaya —dijo en voz baja—. Wow, eso fue lo mejor.

—De acuerdo —le contesté y la arrastré a mis brazos.

Ahora nos teníamos el uno al otro y toda la noche por delante. Y por supuesto que lo aprovecharía al máximo.

Capítulo 22

AUDREY

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó Evan—. ¿Por tu cuenta?

Se sentó en el sofá a mi lado mientras comíamos las tortillas que nos había hecho con lo limitado que tenía en la nevera. Levanté mi taza de café y la sorbí y luego le asentí con la cabeza.

—Estoy segura. Esto es lo que hay que hacer. Ayer pasé tiempo con Ciara y me ayudó a recordar. Y ahora sabemos que Tony es mi ex. Puede haber otras cosas que ella sepa, incluso sin darse cuenta. Y si puedo recordar, aún mejor.

No me molesté en decirle que algo de lo que ella había dicho no tenía sentido para mí. Solo lo alarmaría. Intentaría estar a mi lado, y eso no nos ayudaría en nada.

—Quiero que estés a salvo.

—Estaré a salvo, Evan. Voy a estar bien. Me siento mejor cada día.

En parte, gracias a él. Principalmente gracias a él, en realidad. El tiempo que habíamos pasado juntos había sido rejuvenecedor, cuando no estábamos siendo atacados o contactados por mi ex psicópata.

—Todo esto sería más fácil si nos pusiéramos en contacto con el imbécil de Tony y le dijéramos que tenemos tu corazón, sea lo que sea.

—¿Y qué pasará cuando descubra que mentimos?

—Nada —contestó Evan—. Yo me encargaré del resto. Todo lo que tengo que hacer es poner los ojos en ese cabrón. Le arrancaré miembro por miembro si es necesario.

—Ese suena como un plan suicida —le dije—. Eso solo terminaría matándote y no puedo dejar que eso suceda.

Estuve muy cerca de admitir que lo necesitaba, y demasiado. Fue aterrador. Me habían noqueado, claramente tenía una mala historia con mis ex-novios, y él era mi hermanastro.

—Oye —Evan dejó su taza de café, me agarró la mano y la besó, el roce de sus labios trajo escalofríos otra vez—. Estoy aquí para ti, no importa lo que pase. No vas a perderme.

Era muy complicado.

Me abrió los brazos, y yo lo abracé con fuerza. Él acarició mi cabello y me besó en la mejilla. Fue un gesto tan íntimo, que hizo que mi corazón latiera más rápido.

Giré la cabeza y lo besé. Nos volvimos a disolver el uno en el otro, en manos, dedos y bocas. Lo necesitaba ahora más que nunca, aunque fuera una idea terrible. Había mucho que perder, y la idea de que todo se derrumbara a nuestro alrededor era demasiado para soportar.

—Oye —dijo Evan de nuevo, y apoyó su frente en la mía—. Vamos a patearle el trasero a ese tipo. Vamos a encontrar a nuestros padres. Vamos a salir con vida. Superaremos esto juntos.

El “juntos” se quedó en el aire después, y lo dejamos en silencio.

Llamaron a la puerta principal, me separé de él y me levanté del sofá.

—Esa debe ser Ciara.

—Genial —dijo, alargando la “a”.

—No seas así.

—Tengo la libertad de hacerlo. No me gusta la mujer.

—Dilo más alto —siseé.

Me mostró otra de esas sonrisas encantadoras, y yo le volteé los ojos. Evan se acercó y me pellizcó el trasero, y yo me trague una risita. El chillido de mi risa trajo un recuerdo con él y mis ojos se abrieron de par en par. Era un recuerdo de la secundaria, donde estaba enamorada de un tipo llamado Jeffrey Tollhouse.

Tenía un nombre como las galletas, y yo le compré una para el Día de San Valentín. Se la comió y me ignoró el resto del año.

—¿Qué? —preguntó Evan, sentado al frente.

—Nada —dije y sonreí—. Nada malo.

Era un recuerdo, y fue gracias a Evan que había regresado. Solté un suspiro de satisfacción y luego caminé hacia la puerta y le abrí a Ciara.

—¡Buenos días, chica! Oye, mírate... —Ciara miró a mi lado y vio a Evan—. Oh, eso explica la sonrisa en tu cara. ¿Están desayunando bien temprano? ¿Sí sabes a lo que me refiero? —Se metió la lengua en el costado de la mejilla y la empujaba.

Jesús.

—Realmente no te conozco lo suficiente como para que estés bromeando conmigo de esa manera —dijo Evan.

Ciara palideció, aclaró su garganta, y miró hacia sus tacones de aguja perfectamente limpios. Una vez más, se había vestido con ese elegante traje de falda con una blusa debajo.

—¿Estás lista para irte, Audrey? —preguntó ella, más tranquila esta vez.

—Sí, estoy lista —Saludé a Evan.

—Llámame si necesitas algo. En absoluto —dijo, con tanta intensidad en sus ojos que me calenté por todas partes.

—Lo haré. Nos vemos luego —Salí al pasillo y cerré la puerta.

Ciara y yo salimos juntas del edificio, ella con un resorte en su paso y yo prácticamente en las nubes. Fue la forma en cómo Evan me hizo sentir. Como que todo lo que estaba mal se arreglaría, mientras estuviéramos juntos todo estaría bien. Y eso era muy peligroso en cierto sentido.

—Tu hermanastro es intenso —dijo Ciara mientras salíamos del edificio y caminábamos hacia

su BMW, negro y brillante, estacionado en un espacio frente a los escalones—. Quiero decir, muy intenso.

—Lo sé —dije—. Solo quiere lo mejor para mí.

—Si tú lo dices. Si me preguntas, parece un poco controlador o lo que sea.

—No lo es —le contesté—. No te preocupes por mí, Ciara. Puedo cuidarme sola.

Mi amiga abrió el BMW y entró en él. Me subí al auto tras ella y me puse el cinturón. La miré, frunciendo el ceño.

—Ahora es mi turno de preguntar, ¿estás bien?

—Estoy bien —dijo, encogiéndose de hombros y mostrando una gran sonrisa que era totalmente falsa.

—Ciara, me parece que no estás bien. ¿Qué pasa?

—Nada —dijo ella—. Es solo que... quiero decir, es bueno hacer todo esto contigo, pero siento como si hubiera perdido a mi mejor amiga... Nos conocíamos tan bien, y a veces veo esa mirada en tu cara, como si no creyeras que te estoy diciendo la verdad. Es un poco doloroso.

—Ciara.

—No me malinterpretes, sé a qué se debe eso, pero me duele. En fin, no quiero que eso nos detenga. Se suponía que íbamos a ir al cementerio hoy, ¿verdad?

—Sí —le dije y la estudié.

Era terrible que se sintiera así, pero una parte de mí todavía dudaba de ella. Era la semilla de la duda que Evan había plantado. No le gustaba, y eso me hacía desconfiar de ella también. O tal vez, era solo porque me habían noqueado y me habían prendido fuego. Básicamente.

Ella tenía razón, por supuesto. Había sido muy amable conmigo desde que nos conocimos, llegando incluso a llevarme en su auto, sin pedirme nada a cambio.

—Ciara, lo siento —dije—. Las cosas están complicadas para mí en este momento. No quiero que te sientas así. No dudo de ti, estoy confundida en general.

Era una especie de mentira, una pequeña, pero parecía aplacarla, al menos. La sonrisa de Ciara se volvió genuina.

—Bien, así que hoy en nuestra lista de viaje está, uh, el cementerio primero, para ir a ver la tumba de tu abuelo. ¿Y luego podemos ir a la antigua casa de tu madre? Tal vez encuentres algo allí que te recuerde el pasado.

—Está bien —dije, aunque recordaba la mayor parte de mi infancia y la casa. Mucho de Boston me resultaba familiar ahora, y si giraba en círculo, probablemente podría señalar la dirección en la que la casa de mi madre había estado con facilidad. Pero no me molesté en decírselo a Ciara. Cualquier cosa que hiciéramos ayudaría. Tenía que hacerlo—. Estoy lista para irme cuando tú lo estés.

—¡Genial! Entonces, vámonos —Ciara encendió el auto y salimos por la ciudad, siguiendo los caminos que reconocía ahora.

No pude evitar la emoción de esa familiaridad. Cuanto más veía, más cerca estaba de

recordar.

Ya voy, mamá. Te encontraré y te ayudaré.

¿Y lo del corazón? Eso también vendría.

—Entonces, um, tal vez esta es una pregunta inapropiada —dijo Ciara— pero ¿tú y tu hermanastro son como... algo?

—No, no estamos juntos —Y eso era cierto. Apenas nos habíamos dado cuenta de lo que éramos. Estábamos flotando, disfrutando de la compañía del otro—. Solo somos hermanastros.

—Bien, porque como dije, es súper intenso y protector contigo. Lo cual es agradable y todo, pero un poco espeluznante en cierto modo.

Eso me molestó, pero me guardé la ira para mí. Ciara me estaba ayudando. Ella era mi transporte. Nos detuvimos frente al cementerio, miré las gruesas columnas de piedra y las puertas de acero negro. Otro recuerdo me golpeó y alejó mi frustración con Ciara al instante.

Yo caminando entre esas puertas, llevando un ramo de flores, agarrando algo alrededor de mi cuello.

Me toqué los dedos, frunciendo el ceño. Algo faltaba aquí. Algo que debería haber estado ahí.

—¿Ciara?

—¿Sí? —Se desabrochó el cinturón pero se detuvo a mitad del movimiento, claramente captando algo en mi tono—. ¿Qué pasa? Tus cejas están haciendo algo raro. ¿Estás bien? ¿Te sientes mal otra vez?

—No —dije—. No. Solo tengo una pregunta. Puede parecer extraño, pero ten paciencia conmigo, ¿de acuerdo?

—Chica, después de esta semana, Raro tiene una nueva definición. Adelante, dime —Ella soltó el resto del cinturón.

—¿Usaba mucho un collar?

—¿Eh?

—En la universidad o recientemente. Un collar. ¿Usaba uno?

Ciara asintió.

—Sí, en realidad. Un medallón para el corazón.

Capítulo 23

EVAN

Estacioné el auto al lado del BMW negro de Ciara y miré dentro de él. Estaba vacío. Las mujeres obviamente habían entrado al Cementerio Evergreen para ver la tumba del abuelo de Audrey.

Esperaba atraparlas antes de que entraran. En el momento en que se fueron, el apartamento había quedado en silencio y los pensamientos y las dudas habían perseguido mi mente. No iba a dejar que Audrey se fuera sola con Ciara, por mucho que ella me insistiera.

Necesitaba protección. ¿Y si otro de los matones de Tony apareciera y la atacara? Si algo le pasara, y yo no estuviera cerca para ayudarla, lo lamentaría por el resto de mi vida.

—Eso no va a pasar.

Salí del Audi y caminé hacia la entrada del cementerio. Entré suprimiendo un escalofrío. Los cementerios no eran lo mío. Me gustaba más concentrarme en la vida que en la muerte, y cuando me llegara el día, este sería el último lugar en el que quería que me pusieran.

Tendrían que cremarme y esparcirme sobre el océano. Cualquier cosa menos estar enterrado en una caja bajo tierra, donde la gente venga a poner flores y llorar por mí. No es que haya muchos que puedan asistir a mi funeral algún día. No había hecho muchos amigos, tenía más enemigos.

Estos pensamientos no son para nada morbosos.

Caminé entre las lápidas, sobre hierba verde, tratando de ignorar la sensación de que estaba literalmente caminando sobre el lugar de descanso final de alguien. Escaneé el lugar en busca de Audrey y vi a dos figuras solitarias vagando justo delante de mí.

Una de ellas llevaba jeans y una blusa, con su cabello rubio atado en una cola de caballo alta. Audrey. La otra era una morena alta que vestía ropa que no era apta para espeleología.

Alargué el paso, odiaba caminar en un cementerio y me acerqué a ellas.

—¿Algo de esto te trae recuerdos? —Ciara le preguntó a Audrey, mientras me acercaba.

—Hola —dije en voz baja.

Ambas mujeres se detuvieron, Ciara soltó un pequeño chillido, y me miraron. La cara sombría de Audrey irrumpió en una sonrisa alegre en el momento en que me miró.

—Evan —dijo ella.

—Hola —Le volví a sonreír, me dolían las mejillas.

Todos los temores que había tenido fueron finalmente desestimados. Ella estaba aquí, estaba

completa, y yo estaba con ella.

No puedes estar con ella cada segundo del día. Después de todo esto, tienes una vida a la que volver. Un negocio que atender. Una vida vacía para llenar con... ¿qué? Nada. No tienes nada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Ciara preguntó, y de hecho entrecerró los ojos hacia mí. La desafíé con una mirada fija, y su expresión se transformó instantáneamente—. Quiero decir, es bueno que nos encontremos aquí, pero, ¿cómo nos encontraste?

Aun así, una pregunta extraña.

—Te seguí —respondí—. Resulta que sentarse en un apartamento vacío no es mi estilo. Soy más un hombre de acción.

—Me alegro de que estés aquí —dijo Audrey—. Me acordé de algo. Y creo que es importante.

—¿Qué pasa?

—Tiene que ver con el corazón —contestó Audrey—. Sígueme.

Me puse a su lado y caminamos juntos por el cementerio, entre árboles y sobre hierba verde. Hoy estaba nublado, y la luz resaltaba el brillo en los ojos de Audrey. No pude evitar mirarla fijamente.

Ciara caminaba al otro lado de Audrey, y mi mirada se dirigía a ella de vez en cuando. Estaba rígida como un puto poste, caminando con una mano en su bolso, continuamente, y mirando alrededor del lugar como si estuviera preocupada de que un zombi estuviera a punto de levantarse de entre los muertos y atacarnos.

—¿Estás bien Ciara? —le pregunté.

Movió la cabeza.

—¿Estoy...? Sí, bien, supongo. No soy un gran fan de lugares como este. Me dan escalofríos. Todos los cadáveres y esas cosas.

—Es por aquí —dijo Audrey, y me concentré en ella en lugar de en su amiga excepcionalmente rara—. ¿Ves? ¿Allí? La tumba de mi abuelo.

Caminamos hasta la piedra grande de mármol, con el nombre de su abuelo grabado -Noah Ryan Hudson-y las fechas de su nacimiento y muerte. Había un ramo de flores marchitas en la tumba.

—Debí haber traído algo conmigo —dijo Audrey, moviendo la cabeza—. Cada vez que vengo aquí, siempre traigo algo conmigo. Un ramo de flores o un, oh, a veces traigo dulces. Al abuelo le encantaban los dulces cuando estaba vivo.

—¿De qué tipo? —le pregunté.

—Caramelos de goma —Se rio en voz baja—. Los chupaba hasta que se ablandaban. Es lo que más me gusta hacer.

—¿Es eso lo que recuerdas? —le pregunté, frunciendo el ceño.

—No. No, no es eso. Había algo más —Audrey pasó junto a la lápida de su abuelo y se

dirigió hacia el gran roble que flotaba sobre ella, sus hojas caían al suelo y tenía bellotas colgando de sus ramas.

Audrey desapareció detrás de él, y Ciara y yo intercambiamos una mirada, ambos confundidos.

—¿Audrey? —Hubo un gruñido y un suspiro—. ¿Audrey? ¿Estás bien?

—Sí, necesito ayuda. Ven aquí, Evan.

Caminé hacia la parte posterior del roble y la pillé con el brazo clavado dentro del árbol, hasta el codo. Había un enorme agujero en el centro.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

Audrey luchó, gruñendo y gimiendo.

—Bueno, Evan, estoy buscando el portal oculto de Narnia.

—¿Qué estás haciendo?

—Uh, está lejos de mi alcance. ¿Puedes intentarlo tú?

—¿El portal? —le pregunté y me acerqué para unirme a ella.

—Muy gracioso —contestó ella—. Es una caja. Recuerdo haberla puesto ahí, debe haber sido hace unas semanas. No estoy segura exactamente, pero sé que lo puse ahí, y sé que estaba asustada cuando lo hice, por alguna razón.

Me metí en el agujero, extrañamente incómodo por violar un roble viejo como éste, mientras los muertos miraban, y mis dedos rozaron el cartón.

—Lo siento —dije.

—Sácalo de ahí. Es importante —Audrey estaba sin aliento, con los ojos bien abiertos—. Creo que eso es lo que Tony quiere.

Agarré la caja, estiré mis dedos alrededor de su anchura, y la saqué. Salió junto con un poco de corteza o tripas de árbol, lo que sea que fuera, me hizo sentir incómodo. Limpié la parte superior de la caja y se la di a Audrey.

—¿Tu paquete?

Ella lo aceptó con los dedos temblorosos y luego se arrodilló.

—Esto es todo.

Me caí junto a ella, hombro con hombro.

—¿Qué pasa, Audrey?

—El corazón. El que él quiere —Levantó la parte superior de la caja y expuso el papel de seda que había dentro. Lo hizo a un lado y sacó un paquete, una pequeña bolsa marrón. Ella lo desenrolló y luego metió la mano dentro y sacó un medallón de corazón sobre una cadena de plata.

—¿Eso es todo? —le pregunté.

Ella asintió una vez y luego abrió el relicario. Dentro había una foto de su madre de un lado y de ella del otro. Ella insertó una uña debajo de la imagen de sí misma y la levantó con su dedo.

Extrajo una microSD y la levantó en el pulgar.

—Esto es todo —susurró y cerró la mano alrededor de chip—. Es lo que él quiere.

—¿Pero qué es? —le pregunté.

—No sé, solo que lo quiere, y que hará todo lo que pueda para conseguirlo.

Un arma se cargó detrás de nosotros, un ruido con el que estaba demasiado familiarizado, y mis músculos se tensaron.

—Es todo lo que ha hecho mal en los últimos años —dijo Ciara—. Todo lo malo que puede ponerlo tras las rejas por el resto de su vida.

Rápidamente, me volteé hacia ella y me puse entre Audrey y su “amiga” con el arma.

—Quédate detrás de mí Audrey —dije.

—Ciara, ¿qué está pasando? —Audrey me miró y trató de dar un paso al costado, pero yo saqué el brazo y la bloqueé para que no se moviera.

La sombría cara de Ciara se transformó en una sonrisa letal. Ella tiró de la pistola hacia un lado, haciendo un gesto con ella.

—Déjala pasar —dijo—. Quiero ver la expresión de su cara cuando se dé cuenta de quién soy.

Capítulo 24

AUDREY

—Dije, déjala pasar. Sabes que puedo dispararte a ti y luego a ella —dijo Ciara, burlándose. No era un sonido que había oído de ella en los últimos días.

—Está bien —dije, y toqué el brazo de Evan—. Está bien. Déjame pasar.

—No.

—Evan, tengo que encargarme de esto yo misma.

Dejó caer su brazo, solo una pulgada, y yo lo empujé, tomando mi lugar a su lado. La microSD estaba pegada contra mi sudorosa palma, con la esperanza de que eso no arruinara cualquier dato que tuviera, lo que sigue siendo un misterio para mí, y el relicario, cerrado ahora, colgaba de mi mano derecha.

—Ahí estás —dijo Ciara y se rio, casi histéricamente—. Oh, Dios mío, por fin puedo dejar de actuar. Los últimos días han sido una tortura total. Eres tan patética, tú y tu temblor y tu estúpida memoria perdida. Pensé que tendríamos que ir a todos los lugares que habías pisado en toda tu vida para encontrar el medallón del corazón.

No le contesté, pero la miré, tratando de encontrar una solución a esto. Un plan de escape.

—Tony ni siquiera me dijo si era un collar o no. No paraba de hablar del corazón, del corazón. No sé cómo terminó en esto —dijo ella, moviendo el arma de un lado a otro—. Estoy feliz de que todo haya terminado.

—Trabajas para Tony —le dije.

Evan estaba tenso a mi lado. Era una estatua, parado y observando todo. Pero parecía estar listo para moverse de un momento a otro. En el momento en que tuviera la oportunidad para hacer algo, para escapar.

—Bueno, eso es lo que Tony piensa, al menos. Mi hermano es un poco imbécil.

—¡Tu hermano!

—Sí, un hecho que convenientemente olvidaste. En serio, si lo hubieras recordado, tal vez habrías sospechado algo —dijo Ciara, riendo de nuevo—. Pero no lo hiciste, ¿verdad? Quiero decir, se suponía que morirías en ese incendio, pero no lo hiciste, y en realidad funcionó bien para todos nosotros. Porque si lo hubieras hecho, nunca habríamos encontrado el corazón.

—¿Por qué tratar de matarla en primer lugar? —preguntó Evan, las palabras salieron entre sus dientes apretados.

—Eso fue un error. Quiero decir, un error de mi parte. Mi chico se dejó llevar un poco,

supongo. De todos modos, ya se ha hecho cargo de él —continuó Ciara—: Y mi segundo chico, bueno, casi los atrapa a los dos, pero bueno, ¿qué vas a hacer?

Me pareció que Ciara era más una espina en el costado de Tony que otra cosa. Sus dos intentos habían fracasado. Busqué en mi memoria algún recuerdo de ellos juntos, pero nada regresó.

Apenas recordaba cómo era Tony. ¿Cuál era su apellido? Jenkins, obviamente. A menos que eso fuera una mentira.

—¿Eres siquiera una terapeuta? —le pregunté.

—¡Por supuesto que no! —Ciara volvió a reírse—. Oh Dios mío, ¿estás bromeando? Tampoco fuimos juntas a la universidad, chica. Nos hicimos amigas cuando empezaste a salir con mi hermano, y las cosas fueron a partir de ahí. La educación es para maricas.

—Con clase —dijo Evan.

—Cierra la boca —Ella le apuntó con el arma, pero él no se inmutó, simplemente le levantó una ceja.

—Trabajas con un viejo en esa oficina. Jenkins, o lo que sea —continuó Ciara, poniendo los ojos en blanco—. Dios mío, ¿a quién le importa eso ahora? Vine por una cosa, no para explicártelo todo. Dame el medallón del corazón.

—¿Qué vas a hacer con él? —pregunté, fingiendo que era importante para mí. Lo retiré para que pensara que no quería que lo tuviera.

—Voy a usarlo para destruir a mi hermano, de una vez por todas y tomar el lugar que me corresponde como jefe de la familia. Duh. Ahora, dame el estúpido medallón del corazón, o te volaré el cerebro sin memoria de tu linda cabecita —Ella me apuntó con el arma.

—Espera —dijo Evan—. Espera, tiene que haber alguna negociación aquí.

—¿Negociación? —Ciara movió su oscuro cabello sobre su hombro—. ¿Qué negociación?

—¿Qué obtenemos por el medallón del corazón? —preguntó Evan, tratando de acercarse a mí de nuevo.

Aproveche la oportunidad para meter la microSD en el bolsillo delantero de mis jeans. Ciara claramente no tenía idea de que lo había sacado del relicario.

—¿Qué obtienes? Amigo, ustedes tienen sus vidas. Prometo no matarte si me das el medallón del corazón. Quiero decir, no puedo prometer lo que hará Tony. Obviamente no voy a decirle que tengo la información sobre él, o me matará a mí en vez de a ti. Entonces, ¿tu vida estará en sus manos? No lo sé, no me importa. Dame el relicario ahora y te dejaré vivir.

Evan me miró, sus ojos azules oscurecieron como las profundidades del océano.

—Audrey.

—Lo sé. Tenemos que hacerlo.

—Entonces recurrimos al Plan Suicida ¿No? —preguntó.

—Si es necesario.

—¿Qué? ¿Qué carajo acabas de decir? —Ciara enloqueció.

—No tiene nada que ver contigo —respondí—. Es con tu hermano.

Había tantas preguntas que aún tenía. ¿Quién era Tony, en realidad? ¿Cómo íbamos a salir de esto? ¿Por qué yo tenía esa información y cómo lo había grabado? Definitivamente era psicóloga.

—Como que sea. Solo dame el relicario —Ciara extendió su mano—. Vamos, perra, dámelo y no te mataré.

Me mordí el labio inferior, fingiendo que lo consideraba. Finalmente, avancé, dando pasos lentos y medidos.

—Alto, alto, alto ahí —dijo Ciara y me apuntó con el arma—. No muevas ni un puto músculo.

Hice lo que me dijo y esperé, mientras Ciara avanzaba casi como si yo fuera la que tuviera el arma cargada. Finalmente, me arrebató el relicario de la mano y luego volvió a retroceder, tambaleándose sobre sus tacones.

Evan se adelantó, y Ciara se puso firme y le apuntó con el arma.

—No te atrevas, carajo. No te atrevas a hacerlo. Si te mueves de nuevo, te dispararé en esa gorda cabeza.

—No lo hagas, Evan.

—Sí, escucha a tu extraña hermanastra y no te muevas. Porque te volaré los sesos hasta sacártelos del cuerpo.

Ciara pasó apresuradamente el collar sobre su cabeza, y me dolió ver mi relicario colgando de su cuello.

Mi madre me lo había dado. Ahora lo recuerdo. Por mi cumpleaños 21. Y como ella me lo había dado, nunca me lo había quitado hasta hace unas semanas, aparentemente.

—No intentes seguirme —dijo Ciara—. O te juro que te vuelo los sesos.

Comenzó a retroceder, paso a paso, con el arma en alto apuntándonos.

—Mentira —Evan gruñó y dio un paso al frente, sus manos se convirtieron en puños.

—¡No! —grité.

Ciara giró el arma hacia él y apretó el gatillo. Le siguieron dos detonaciones, y Evan se detuvo en su camino y se dobló sobre su pierna derecha, agarrándose del muslo.

—Te dije que te dispararía, imbécil.

Esa fue la despedida de Ciara. Se volteó y arrastró su trasero a través del cementerio, sus tacones desprendían terrones de tierra y pasto.

—¡Evan! —Lloré y corrí a su lado—. Dios mío, ¿estás bien?

—No te preocupes por mí —dijo, haciendo presión sobre la herida de su pierna, la sangre se filtró entre sus dedos, y mi cabeza giró. No era buena con la sangre—. Solo quería el puto relicario.

—No tenías que hacer eso —respondí, sacando mi teléfono del bolsillo—. Le quité la microSD antes de dárselo a ella.

—Ojalá lo hubiera sabido antes de intentar recuperarlo —contestó Evan, el sudor le cubría la

frente. El pánico me atravesó el estómago, pero lo comprimí y llamé al 911.

Evan se arrancó la camisa delante de mí y se la ató a la pierna, con la mandíbula apretada.

—Ya vienen —dije y volví a guardar mi teléfono—. Estarán aquí pronto. ¿Estás bien, Evan?

—He estado mejor —contestó—. Pero no creo que sea profundo. Creo que todo saldrá bien.

Se recostó sobre sus antebrazos, echó la cabeza hacia atrás y exhaló por la nariz. Ahora le goteaba el sudor, y yo me acerqué más a él.

¿Qué más podía hacer?

—Evan, mantente despierto, ¿de acuerdo? Quédate conmigo. Todo va a estar bien. Estoy justo aquí.

—Lo sé —contestó.

—Siento mucho que esto haya pasado. Esto es mi culpa.

—No vamos a hablar de eso ahora —Evan retrocedió más, se acostó en el césped junto a la tumba de mi abuelo y me miró fijamente—. Voy a dormir un poco. Me hará bien.

—No, Evan. Evan, no te duermas, por favor —Presioné mis manos contra sus hombros y lo sacudí suavemente—. No te duermas.

—Estaré bien, Audrey. Solo estoy descansando.

Sus ojos se cerraron, y ese pánico que había estado reprimiendo en mi estómago se liberó. Lo sacudí de nuevo mientras las sirenas gritaban en el fondo.

Capítulo 25

EVAN

Me senté en la cama del hospital, resentido silenciosamente por el hecho de que no me habían dejado salir todavía. Había perdido una cantidad considerable de sangre, pero afortunadamente, la bala no había tocado nada importante en mi pierna.

Sería libre de irme mañana, con instrucciones de mantenerme en reposo. Pero una noche en el hospital no era parte del plan. Necesitábamos ir tras Tony. No de Ciara, ya que el medallón del corazón era inútil sin la microSD.

La noche llegaba tranquilamente por la ventana del hospital, los últimos vestigios de la luz del sol brillaban en el horizonte, esparciendo matices de naranja y rosa sobre el cielo. Levanté el control remoto y lo apunté hacia el televisor para bajar el volumen.

Audrey estaba afuera buscando algo de comer, y mi mente vagaba hacia ella constantemente. Tenía las respuestas en la palma de su mano, pero prefería quedarse aquí conmigo, por miedo de lo que podría pasar si ella no estaba.

Igual no quería que se fuera.

Mi teléfono celular sonó en la mesa al lado de mi cama, y lo alcancé.

—Habla Crowell —respondí, más en susurros que palabras. Lo que había pasado en ese cementerio me había cabreado.

—Evan —dijo Dan—. Llevo toda la tarde intentando localizarte.

—Lo siento —respondí—. Estaba ocupado —Con dos balas en el muslo y una operación para removerlas—. ¿Qué es lo que quieres?

—Tengo información sobre el tipo del que me hablaste. Tony. Sé quién es, pero no lo que está haciendo en Boston. De nuevo.

—¿Otra vez?

—Sí —dijo Dan—. Tony no es el nombre real de este hombre. Su nombre completo es Paul Anthony Harden, y es un nativo de Boston. Como tú.

—Cielos —Luché por mantenerme erguido, mi pulso se aceleró—. ¿Es Paul? ¿El Paul? Paul el que...

—Sí, el Paul que sospechaba que trabajabas con los federales cuando eras parte de la banda de Beacon Hill.

El mismo tipo que había terminado cumpliendo una sentencia, acusado como adulto porque era un año mayor que yo. Ese hijo de puta había sido despiadado. En aquel entonces odiaba el hecho

de que no podía salir y hacer el trabajo de los de arriba, tenía que conformarse con entregar paquetes y trabajar a los pies de los jefes.

Apreté tanto los dientes que rechinaron. La voz de Tony me había sido familiar, pero yo había ignorado mi instinto respecto a él y a Ciara. Ambos terminaron jodiéndonos.

—Dios, ¿qué puedes decirme de él? —le pregunté.

—Después de salir de la cárcel, por buena conducta, estuvo en libertad condicional unos años. Por lo que cualquiera puede decir, ha estado limpio todo el tiempo. Se mudó de Boston a Nueva York, donde vivió los últimos cinco o seis años. Ahora, ha vuelto. No estoy seguro dónde tiene su base, pero definitivamente es el Tony que buscas.

—¿Es todo lo que sabes? —le pregunté—. ¿Eso es todo? ¿Sin ubicación? ¿Sin familiares?

—Nada más —contestó Dan—. Mira, estoy trabajando en ello. Si puedes conseguirme cualquier otra información, y pronto, podremos actuar más rápido. Por ahora, trata de mantenerte a salvo y lejos de él. Claramente está buscando sangre. ¿Llamaste a la policía?

—Lo hicimos. Nos tomaron declaraciones a los dos, y están buscando a Ciara.

—Mala idea —dijo Dan—. La gente como Paul tiene contactos en los departamentos de policía locales.

—Bueno, ya es demasiado tarde para preocuparse por eso. Hicimos lo que teníamos que hacer. Vendrá por mí de todos modos —murmuré.

—Solo mantente a salvo. No hagas nada precipitado sin hablar conmigo primero. ¿Lo tienes?

—Sí, gracias, Dan. Estaré en contacto pronto.

De hecho, tenía información para encontrarlo. Solo tenía que salir de esta cama y quitarle la microSD a Audrey. No había ninguna posibilidad de que la dejara ir por su cuenta, sabiendo quién era ese Tony. Un psicópata sediento de sangre y aparte su ex-novio.

Eso me hizo preguntarme, ¿Cómo había terminado saliendo con él en primer lugar?

Colgué el teléfono, luchando contra los sentimientos encontrados. Paul se había vuelto claramente poderoso. Habíamos sido los más jóvenes de la banda en aquel momento, y definitivamente nos habíamos ido por caminos separados. Yo había elegido ir limpio, hacer algo con el dinero que mi padre me había prestado, y él había elegido ir por ese camino sucio, notoriamente.

¿Y su hermana? Diablos, ni siquiera sabía que existía. Tal vez fueron sus rasgos faciales los que me recordaron a Paul, y despertaron esa sospecha en mis entrañas.

La puerta se abrió y Audrey entró, con una taza de café en la mano, tenía el cabello atado a un lado en un moño. Ella me sonrió.

—Ahí estás —dijo ella.

—¿Dónde más podría estarlo? —me quejé.

—Quiero decir que estás despierto —Se acercó, dejó su café en la mesa y luego se sentó en una de las sillas junto a la cama—. ¿Cómo te sientes?

—Frustrado —le contesté, y le expliqué rápidamente lo que había descubierto sobre Paul,

Tony o como carajo se llame ahora—. ¿Recuerdas algo de este tipo? ¿Cualquier cosa en absoluto?

Audrey arrugó la frente, sus arrugas me parecían bonitas a pesar de lo furioso que estaba por la situación.

—Nada —dijo ella—. Lo siento. Debería volver a tu apartamento y buscar el portátil para ver la información. Tienes un sistema de alarma y cámaras, ¿no? Estaré bien.

—No, no estarás bien —respondí—. No entiendes la clase de hombre que es Paul. Es un psicópata, de principio a fin, y no voy a dejar que te vayas por tu cuenta, Audrey.

—Entonces nos quedamos en el hospital esperando a que te mejores... o hasta que nos encuentre.

—Me retienen solo por esta noche —le contesté—. Es solo una noche. Una noche que pasaremos juntos, y todo saldrá bien después de eso, ¿de acuerdo?

Audrey suspiró y puso sus manos sobre la cama. Tomé una de ellas y la levanté, tocando ociosamente sus dedos. Era un gesto íntimo, y volví a dudar de mí, de lo que pasaba entre nosotros, cuando claramente nuestra unión solo nos había llevado a más problemas. A más vulnerabilidad. Las dos veces que la atacaron, no pude protegerla. La segunda vez, yo me metí en el camino más que cualquier otra cosa, mientras que Audrey lo tenía todo bajo control, tenía el SD todo el tiempo, engañó a Ciara.

Le apreté su mano a pesar de todo y la levanté para besarla suavemente.

—Evan —dijo ella—. Me asusté cuando te dispararon. Pensé que ibas a morir.

—Hierva mala nunca muere —respondí.

—Gracioso, pero hablo en serio. Eso fue aterrador.

—No me moriré, Audrey. Me voy a quedar para asegurarme de que salgas bien de esto. Hasta que recuperes tu vida.

Me sonrió, pero había tristeza en ello.

—Ojalá pudiera recordar. Todo sería mucho más fácil si pudiera recordar lo que hizo Tony, quién era y por qué yo tengo esa información. Claramente, quería deshacerse de mí por lo que sabía.

—Hmm, sí, bueno, es extrañamente afortunado también.

—¿Qué quieres decir?

Me aclaré la garganta.

—Conozco a Paul, Tony, o como quieras llamarlo. Sé de lo que es capaz y cómo se comporta, o cómo solía hacerlo. Es cosa del destino que mi padre se casara con tu madre, y que necesitaras mi ayuda así.

—No te ofendas, pero no creo que estemos haciendo un gran trabajo resolviendo esto ni ayudándonos mutuamente.

—Ahora tenemos los datos. Todas las respuestas están en nuestras manos.

Audrey se movió, arrastrando sus dientes por el labio inferior.

—Realmente debería irme, Evan. Debería subir esto a una nube y enviarlo directamente a tu contacto. Dios, si pudiera hacerlo desde mi teléfono, lo haría.

No le había comprado un teléfono inteligente, solo un celular del que pudiera llamar y enviar mensajes -ella había insistido en eso-y mi teléfono no tenía un adaptador para microSD.

—No, no quiero que te vayas —respondí—. Es demasiado peligroso.

—Evan.

—Van a tratar de llegar a nosotros. Lo intentarán mientras estemos separados, y no dejaré que eso te pase a ti.

Audrey suspiró.

—Quiero sacar a mi madre de ahí. A tu padre también, pero de mi madre no tengo casi recuerdos, de cómo fue conmigo, de los buenos tiempos, incluso los malos, están escondidos en mi mente. Necesito recupéralos.

—Lo haremos —le dije y le hice una seña—. Ven aquí. Ven y acuéstate conmigo.

—¿Lo permiten? —preguntó ella.

—Como si me importara eso. Trae tu trasero aquí, mujer.

Audrey se levantó de su silla y se subió a la cama, el olor de ella llenando mis fosas nasales, me reconfortó inmediatamente, floral, vainillado, todos los olores eran tan suyos, y me recordaban lo que habíamos compartido durante esos días.

Esto no tiene futuro. ¿Qué pasará después de que acabe todo? ¿Qué voy a hacer? ¿Casarme con ella?

La idea era ridícula. Ella era mi hermanastra, y cuando las cosas volvieran a la normalidad, cuando pasara esta nube de miedo, de lo desconocido y olvidado de nuestro alrededor, seguramente, las gafas de color rosa con las que nos mirábamos desaparecerán. Todo lo que teníamos era el tiempo que nos quedaba.

Capítulo 26

AUDREY

Aun no me conocía a mí misma, pero sentía cosas por él que no debía. ¿Cómo podría amar a este tipo si ni siquiera podía recordar quién era? ¿Qué pasaría si un día recordara todo de repente y me diera cuenta de que él no era el tipo de hombre para mí?

Era un pensamiento horrible, pero cierto. Y de paso es mi hermanastro.

Apoyé mi cabeza en su pecho con mi mano junto a la de él, y respiré lentamente, escuchando el profundo latido de su corazón. Era relajante, pero seguíamos metidos en un lío, y no había nada que pudiera hacer para sacarnos de él. Y todo por mi culpa.

Evan me acariciaba la espalda y me gustaba su toque. Sentirlo conmigo, que seguía vivo. Dios, había tenido tanto miedo en el cementerio.

—Oye —dijo, en voz baja.

—Oye —le contesté y le puse la mano en la cara. La apreté suavemente y lo acaricié con mi pulgar a lo largo de la barba que allí crecía—. ¿Cómo te sientes?

—Como si quisiera estar dentro de ti ahora mismo —contestó, el ronroneo de su voz vibró a través de su pecho y llegó hasta mí.

Me moví, la excitación comenzó a crecer de inmediato.

—¿Aquí?

—Sí, aquí —dijo—. Hoy me han disparado. Casi te pierdo. Te deseo, Audrey.

Me senté y lo miré, masticando el interior de mi mejilla. Era tan travieso, pero exactamente lo que necesitaba también. Para estar más cerca de él, para aliviar las cargas, para ayudarnos a pasar esta noche cuando había tanto peligro potencial asechándonos.

Evan levantó la manta de un lado, y yo me deslicé por debajo, desabroché el botón de mis jeans, la cremallera, y luego me los quité junto con las bragas de algodón. Me subí a él, con cuidado, y le quité la bata del hospital.

Su pene ya estaba duro y listo para mí, tendido sobre su abdomen, grueso y caliente.

Presioné mi vulva contra él, moviéndome hacia atrás y hacia adelante.

—Sí, Dios mío, eso se siente bien —le dije, frotándome contra él mientras mi clítoris lanzaba descargas de placer—. Tan bueno.

—Eso es, preciosa. Sigue. Me encanta cuando estás encima de mí —Sus dedos se clavaron en mis caderas—. Vamos, Audrey.

—Necesitamos un condón.

—Bueno, no me mires a mí —dijo—. Bromeo, mi billetera está en el armario.

Me bajé de él y abrí el pequeño armario debajo de su mesita de noche y luego rebusqué entre sus cosas. El aire en la habitación del hospital era fresco, y estaba muy consciente de que una enfermera o un médico podría entrar en cualquier momento.

—Date prisa —gruñó Evan.

Tomé un condón, abrí el envoltorio y lo dejé en el armario. Me arrastré encima de él de nuevo y le levanté su pene, le puse el condón lo más humanamente rápido posible. En el momento en que estaba envuelto, Evan me agarró, me levantó con sus brazos y me colocó encima de su miembro. Lo sostuvo en la base y se deslizó dentro de mí, mi vagina apretaba cada centímetro de él.

—Sí —siseé.

—Silencio —dijo—. No quiero que esto termine antes de empezar —Los brazos fuertes de Evan se flexionaron, levantándome y bajándome en su pene, una y otra vez—. Tócate, nena. Tenemos que venirnos rápido.

Deslicé mi dedo sobre mi clítoris y lo rodeé.

Lo hicimos con movimientos duros y rápidos, mi aliento se escapaba en cortos jadeos, mis extremidades temblaban por la presión de él entre mis piernas. Nuestros ojos se encontraron, y me fijé en la tensión de su mandíbula y la intensidad de su mirada.

—Ya voy a llegar —gruñó.

Y esa sola frase, junto con el hecho de que podríamos ser descubiertos en cualquier momento, me llevó al orgasmo. Me apreté a su alrededor, mordiéndome el labio inferior para evitar gritar su nombre.

Evan se entregó y gruñó, mientras se venía.

—Carajo, eso fue increíble.

—Mejor que increíble —le susurré y lo dejé.

Me deshice del condón por él, luego me puse las bragas y mis jeans. No fue lo más cómodo, pero no podía quedarme desnuda en la cama con él sin despertar la sospecha de las enfermeras y los médicos.

—Ven aquí —Evan me hizo una seña, y no pude negarme, ni siquiera quería intentarlo.

Cuando estaba con él, no parecía importarme que no pudiera recordar nada de mí. Era como si tuviera todas las respuestas que yo necesitaba. Como si los nuevos recuerdos con él pudieran reemplazar a los viejos.

Me metí en la cama con él otra vez y apoyé mi cabeza en su pecho.

—¿Cómo está tu pierna? —le pregunté.

—Me duele un poco —contestó—. pero sin duda está mejor ahora que estás aquí conmigo.

—Eso no tiene sentido.

—No es necesario que lo tenga —dijo.

Cerré los ojos con ese pensamiento, inhalando su olor natural, aún tenía mi cabeza sobre su pecho, y su latido del corazón golpeaba en mi oído.

Nos estábamos durmiendo juntos, los brazos de Evan me reconfortaban mientras caía profundamente en la oscuridad de los sueños.

LA HABITACIÓN ESTABA A OSCURAS. ¿La habitación del hospital? No, no se parecía a esa habitación.

Me senté en la cama y miré con atención a mi alrededor. Era mi dormitorio en mi apartamento de Boston, todo estaba en silencio. De repente un extraño crujido seguido por un golpe rompió el silencio, el sonido venía desde el pasillo. Los nervios comenzaron a hormiguearme en el estómago y corrían hacia mis piernas, las palmas de mis manos sudaban.

Busqué con los dedos el relicario de corazón alrededor de mi cuello, exhalé de alivio al comprobar que todavía estaba allí. Si lo encontraba... pero no, no sabía que yo había descubierto toda la verdad sobre él.

Otro golpe sonó desde lo más profundo del apartamento, y me estremecí. Alguien estaba ahí. Tenía que ser él. Coloqué mis piernas al lado de la cama, me levanté y caminé hasta la puerta de mi habitación.

El pomo de la puerta estaba frío contra la palma de mi mano. Lo giré lentamente y abrí la puerta, asomándome con cuidado hacia el pasillo. La luz fluía de la cocina, sus rayos se dispersaban sobre la alfombra beige.

Es él. ¿Quién más podría ser? ¿Ciara? Seguramente no era ella.

Salí del dormitorio y caminé por el pasillo, luego me detuve en la puerta de la cocina, debajo del arco.

Tony estaba de pie frente a mi nevera con la puerta abierta, al verlo se enraizó en mi interior. Alto, musculoso, con una camiseta sin mangas y un par de jeans. Tenía tatuajes a lo largo de sus brazos, y su cabello castaño estaba corto, casi a la par de su cuero cabelludo.

—Tony —dije.

Se giró, sosteniendo una cerveza en una mano y un muslo de pollo en la otra.

—Tony, ¿qué demonios haces aquí?

—Ahí estás, cariño —dijo, balanceándose un poco en el acto. Sus ojos verdes y brillantes viajaron sobre mí, codiciosos, lo que hizo cruzar los brazos sobre mi pecho—. Esperaba que despertaras. ¿Quieres compartir una cerveza y un poco de pollo conmigo?

—Tony, ¿qué haces aquí? Es tarde, y esta no es tu casa.

—Oh, lo sé, pero mi hermanita me dio tu llave, y pensé en venir a visitarte —Apestaba a alcohol—. Ha pasado mucho tiempo desde que tuvimos la oportunidad de hablar, cariño. Te echo de menos. Me dejaste en Nueva York.

—No te abandoné, Tony. Rompimos —dije con firmeza.

Había sido psicóloga demasiado tiempo para caer en sus juegos mentales. Si hubiera sido otra

persona, tal vez, pero mis antecedentes habían sido parte de la razón por la que había descubierto exactamente lo que estaba haciendo.

—No nos separamos —dijo, y se tambaleó hacia adelante, mordiéndose el muslo de pollo—. Tú rompiste conmigo. No fue una decisión mutua, cariño.

Este no era el Tony que conocía cuando salíamos, apenas lo conocía. No el hombre guapo de traje que una vez creí que era el indicado para mí. El Tony de mi pasado era inteligente, encantador y claramente se sentía atraído por mí. Respetaba mi trabajo y siempre entendía cuando pasaba tiempo extra con los pacientes. Pero algo siempre me había parecido un poco extraño, y hasta hace poco no había sido capaz de descubrir qué era.

—Tony, tú y yo no somos el uno para el otro —dije—. Y necesitas tener algunos límites. No puedes venir aquí sin mi permiso.

¿Y cómo diablos tenía Ciara una llave de mi apartamento? No la había compartido con nadie excepto con mi madre.

—Puedo hacer lo que me dé la gana —dijo, y su acento se hizo más pronunciado—. Haré lo que me dé la gana, cuando me dé la gana. Ya deberías saberlo.

—Tienes que irte —Me puse firme y lo miré fijamente.

La cara de Tony se puso roja, sus labios se separaron mostrando sus dientes demasiado blancos. Soltó un rugido y tiró la botella de cerveza contra la nevera. Pedazos de ella volaron en todas direcciones. Levanté el brazo para proteger mi cara, y Tony me alcanzó inmediatamente.

Me empujó contra la pared, golpeó mi cabeza contra ella, y presionó su cara contra la mía mientras me estrangulaba. El olor de su aliento me abrumó y me ahogué con él.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Hmm? Crees que puedes decirme qué hacer y cuándo. Ni siquiera sabes quién soy —Dudó y me miró fijamente—. O tal vez sí. Tal vez sabes todo lo que no deberías.

—Tony —dije, ahogándome—. Tony, suéltame. Esto es una locura.

—Locura —Tony gruñó—. Creo que no tienes idea de lo que eso significa. No puedo creer que haya sentido algo por ti. No eres más que una puta.

Me empujó contra la pared por última vez y luego salió de la cocina. Me hundí lentamente, abrazándome, y miré el desorden en la base de mi nevera. La puerta se cerró de golpe unos momentos después.

Vino tras de mí desde Nueva York. Me había perseguido. ¿Qué se suponía que tenía que hacer ahora?

Mis OJOS se abrieron en la oscuridad, y me tomó un minuto adaptarme a lo que me rodeaba.

No estaba en el apartamento de Boston. Estaba en el hospital con Evan. Su respiración era lenta y las luces estaban apagadas. La habitación estaba oscura a nuestro alrededor, aparte de la pequeña luz del botón de la TV.

Me senté lentamente, disipando el dolor en mi cuello por quedarme dormida sobre su pecho, y me levanté de la cama. Me estiré, tratando de descartar el terror de ese sueño. Pero ahora lo

recordaba. Recordaba a Tony, como fue nuestra relación y volví al pasado.

Fue bueno al principio, amable y cariñoso. Asistíamos juntos a reuniones en el club de campo. Compartíamos hermosas comidas después de duros días de trabajo. Y era tan... misterioso. Un hombre de negocios que nunca hablaba sobre su negocio, y así fue como mis sospechas crecieron.

La gente con la que salía no era la que esperaba. Tenían tatuajes en sus brazos que se parecían mucho a los que había visto en criminales pandilleros, pacientes que habían estado en prisión.

Ya lo sabía.

Tony era un mafioso, y haber descubierto eso casi me cuesta la vida.

Miré a Evan, y mi estómago se retorció al comprender que estábamos en peligro. Teníamos que salir de aquí. Tenía que volver al apartamento y resolver esto antes de que fuera demasiado tarde. Necesitaba descargar la información y envíala a los federales.

El Tony que conocí no esperaría ni un día más para actuar. Nos encontraría en el hospital y nos mataría a los dos, incluso si eso significara derribar la mitad del hospital para hacerlo.

Le di un beso suave a Evan en la frente y salí de la habitación.

Capítulo 27

EVAN

Desperté jadeando en la oscuridad. Era la primera vez que lo hacía en mi puta vida, me senté en la cama, confundido y mire la habitación. Las heridas de la pierna me punzaban. ¿Dónde estaba Audrey? Ella no estaba en la habitación.

—Audrey —dije, mi garganta estaba tan seca que salió como un graznido.

Giré la cabeza, registrando la habitación, pero estaba vacía y el baño estaba cerrado, sin la luz destellando por debajo de la puerta.

—¿Qué carajo? —Coloqué mis piernas sobre el costado de la cama y me levanté, moviendo la cabeza—. Audrey —Esta vez lo grité.

Di un paso y la onda de choque me hizo sentir dolor en el muslo. Hice una mueca, pero avancé descalzo entre la oscuridad, medio caminando, medio cojeando. Arrastré la intravenosa conmigo, gruñí con frustración, luego agarré el accesorio de la parte posterior de mi muñeca y me lo arranqué.

El dolor fue instantáneo, pero me permitió ir más rápido hacia la salida. Abrí la puerta y salí al pasillo verde melamínico del color del vómito.

—Whoa, whoa, whoa, whoa —dijo una voz desde el final del pasillo—. Hey, tú. ¿Qué estás haciendo?

Lo ignoré -no era Audrey-y empecé a caminar en la dirección opuesta.

—¡Audrey! —grité, lo suficientemente fuerte como para despertar a los muertos—. Audrey, ¿dónde estás?

—Deténgase ahí mismo, señor —dijo otra voz, la de un hombre, y una mano cayó sobre mi brazo—. Señor, por favor.

Traté de liberarme de la mano, pero el agarre era fuerte. Miré al tipo y me encontré con la mirada preocupada de un médico anciano, calvo, con ojos grises y patas de gallo en las esquinas. Si hubiera sido un poco más joven, lo habría empujado a un lado para escapar.

—Suéltame —le dije—. Mi novia está en peligro.

—Señor, tiene que volver a su habitación —Eso vino de una enfermera, que se paró directamente detrás del doctor. Nariz aguda, cabello oscuro atado firmemente y ojos que atravesaban el alma. Como una maestra de quinto grado pero con menos manzanas y amabilidad—. Ahora.

—No —le contesté y me alejé del doctor—. ¡Audrey!

Tropecé después de la pausa del médico, pero no me caí. Me dolía la pierna, pero podía arreglármelas; después de todo nada se perforó.

—¡Audrey! —grité de nuevo.

—Señor, deténgase ahí mismo, o nos veremos obligados a llamar a seguridad —dijo la enfermera con tristeza.

Una figura apareció al final del pasillo. Rubia, pequeña, curvilínea en todos los lugares correctos. Audrey caminó hacia mí, moviendo la cabeza. Vino rápidamente y se detuvo frente a mí.

—¿Qué estás haciendo? —susurró ella—. Evan, ¿qué demonios?

—¿Adónde fuiste? —le pregunté.

—Tienes que volver a tu cama, ahora mismo —dijo la enfermera detrás de nosotros.

Apreté los dientes, pero Audrey me tomó del brazo esta vez y volvimos juntos a la habitación. La enfermera y el doctor se apresuraron en ayudarnos y me acomodaron en la cama. La intravenosa no fue reconectada, pero el alboroto continuó por un tiempo, hasta que finalmente, la enfermera se fue, y el médico la siguió, después de una última advertencia de que no me levantara más de la cama. Me darían el alta en la mañana, y eso sería todo. Después, el silencio llenó el espacio, y Audrey me miró fijamente, la ira irradiando de su mirada.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó—. ¿Por qué me perseguiste así?

—Sabes por qué, Audrey. No podemos separarnos.

—Sí, podemos, y tenemos que hacerlo —contestó ella tranquilamente—. Sé qué clase de hombre es, Evan, y no va a parar. Vendrá hasta acá si tiene que hacerlo, para llegar a nosotros. Quedarse aquí no va a cambiar nada. Tengo que ir a darle esta información a ese amigo tuyo.

—Entonces voy contigo —Tiré de las mantas para hacerlas a un lado, pero ella se adelantó y me tocó el brazo.

—No puedes. No puedes irte de aquí hasta mañana. Ya oíste al doctor, Evan. Esto es lo que tenemos que hacer.

—No —No podía aceptarlo. Tenía el presentimiento de que algo pasaría si ella dejaba el hospital. Y yo no estaría allí para ayudarla—. No puedes ir sola.

—Evan, no me impedirás hacer esto. Acéptalo.

Apreté la mandíbula. No tenía el control de la situación y odiaba eso. No había manera de detenerla, de evitar que lo hiciera, pero si se iba eso sería el fin. Se acabaría todo para los dos.

—No lo hagas —le dije.

—Sí lo haré. Mira, la policía sabe lo que está pasando. Tenemos a tu amigo de nuestro lado también, y si hay una emergencia, los llamaré. No podemos quedarnos aquí toda la noche esperando que pase algo —Dio un paso atrás, y había algo diferente en ella. ¿Una desconexión de mí? ¿O algo que había recordado?

—¿Qué está pasando? —le pregunté.

—Sé lo que tengo que hacer —dijo—. Por primera vez, lo sé. Y finalmente voy a hacerlo. Voy a enfrentarme a esto de frente y terminarlo antes de que acabe con nosotros —Y con eso, se dio la

vuelta y salió de la habitación.

—¡Audrey! —La llamé desesperado.

Antes de que pudiera moverme para levantarme de la cama, la enfermera reapareció, con el ceño fruncido. Me miró fijamente por su aguda nariz y sus ojos brillantes desaprobadores.

—Es hora de revisar sus ataduras —dijo— ya que ha estado tan activo esta noche.

No le contesté.

En vez de eso, tiré las sábanas y me levanté de la cama.

Capítulo 28

AUDREY

Abrí la puerta del apartamento de Evan, y los nervios que habían estado al acecho en mi estómago desde que salí del hospital se intensificaron.

Tú tienes esto. Estás a salvo.

Entré en el apartamento, cerré la puerta y rápidamente apagué la alarma. La activé de nuevo y me adentré, encendí las luces del pasillo y de la sala de estar. Estaba vacío, en silencio, a excepción del sonido distante de los autos que pasaban frente al edificio.

—Estás bien —murmuré—. Ahora, muévete.

Me apresuré y caminé hasta el estudio de Evan. Su laptop estaba sobre el escritorio, la abrí, esperé a que se encendiera, y miré alrededor de la habitación.

Había una cámara en la esquina, encima de mi cabeza, y le hice un gesto descarado, por si acaso Evan terminaba viendo las imágenes en algún momento en el futuro.

La pantalla de la laptop se encendió y saqué la tarjeta MicroSD de mi bolsillo, busqué alrededor del portátil hasta que encontré la ranura del adaptador. Lo metí y esperé a que se cargara, mi ritmo cardíaco se aceleró.

Estaba a punto de obtener todas las respuestas que quería desde el principio. Lo que sea que estuviera en esa tarjeta me refrescaría la memoria, y eso era todo lo que necesitaba. Eso y la seguridad de usar esta información para derribar a Tony antes de que las cosas empeoraran. Antes de que nos cazara y matara.

Apareció un cuadro de contraseña en la pantalla y maldije en voz baja.

—Vamos —susurré—. Puedes hacerlo. ¿Cuál sería tu contraseña para esto? Repasé en mi mente los recuerdos que tenía, busqué una respuesta dentro de ellos que me diera lo que fuera que estuviera en esa tarjeta.

Lo único que tenía en mi vida era mi madre, mi consulta y el medallón de corazón.

Me incliné sobre las teclas y escribí la palabra “corazón”. Incorrecto. Probé con “Mi corazón” en su lugar, y la carpeta se abrió inmediatamente. Lo que no entendía era cómo Tony conocía esa contraseña, pero ahora ya no importaba.

Tenía lo que necesitaba.

Solté dos fuertes jadeos antes de que me las arreglara para estabilizar mi respiración. Abrí la primera carpeta y encontré varios videos y documentos. No abrí el video, no quería ver qué tenía allí, si era violento o... Dios, simplemente no quería verlo.

Hice clic en uno de los documentos y se abrió una hoja de cálculo con direcciones de lugares, codificados por colores. El rosa indicaba una residencia, el azul un escondite o un cuartel general, el amarillo un blanco, el verde un dispensario. ¿Dispensario de qué?

Busqué en la lista, la mayoría de las direcciones estaban en Nueva York, y la de Boston estaba marcada en azul, y estaba en... Beacon Hill. En la misma zona que mi apartamento. Mi garganta se cerró, y luché por mantener la calma.

Había estado allí todo el tiempo, observándome. ¿Por qué me había mudado a esa zona en primer lugar? ¿Había estado investigando esto? ¿O el apartamento había sido mi única opción?

¿Y si ese apartamento al que fui ni siquiera era mío?

No, había soñado con él en mi cocina. Todo esto era demasiado confuso. Cerré el documento, luego mordí el interior de mi mejilla e hice clic en el video. Había sido filmado en una habitación oscura, desde lo que parecía ser el interior de un armario, asomándose.

Un grupo de hombres se sentaba alrededor de una mesa, Tony era uno de ellos, apilaban drogas y contaban dinero. Bromeaban y se reían.

—Esta es la vida, ¿eh? —dijo uno de los hombres—. Tony, jefe, esto es vida.

—Mmm, sí, esto es vida. Es nuestra vida —Tony sacó una pistola dorada y estampada con un trébol de cuatro hojas en el cañón—. Al menos, es mi vida —Se levantó y apuntó con el arma al primer orador, un tipo con sobrepeso y traje—. ¿Realmente pensaste que no me enteraría, Gonzo? ¿Pensaste que podías ocultarme la verdad?

—Jefe, ¿qué está haciendo? No sé de qué estás hablando. Yo no hice nada, jefe.

Gonzo, que estaba sentado en una silla, casi se cae de espaldas. Se puso en pie y levantó las manos. Intentó dar marcha atrás, tropezó y apenas se mantuvo en pie.

La cámara tembló. ¿Había grabado esto? ¿O había estado trabajando con alguien más para reunir toda esta información? Parecía improbable que pudiera haberlo conseguido todo yo sola.

—Eres un desperdicio de balas —dijo Tony y bajó el arma.

Gonzo se relajó y se limpió el sudor de su frente, pero antes de que pudiera bajar la mano, Tony levantó el arma y disparó dos balas. Hubo un momento de ensordecedor silencio, y luego Gonzo cayó al suelo.

Rápido, cerré el video.

¿Drogas, asesinato, Dios sabe qué más, quizás prostitución? Tony era claramente un hombre que hacía lo que quería cuando quería. Todas las pruebas estaban allí, pero ¿sería admisible en el tribunal? ¿O había trabajado con alguien para conseguirlo?

—Date prisa —susurré, y abrí el navegador del portátil de Evan.

Escribí la dirección de mi servicio de nube, luego me conecté y empecé a copiar los archivos. En el momento en que se subieran, podría ponerme en contacto con el amigo de Evan y darle la contraseña y los detalles que necesitaban para acceder a ella.

Estaba tan cerca.

Los archivos comenzaron a subirse, y el indicador en la esquina inferior de la pantalla me decía que les llevaría otros cinco minutos subirlos por completo.

El corazón me dio un ritmo de pánico. ¿Cómo diablos terminé metida en este lío? Con Tony como mi novio, con el peligro a la vuelta de cada esquina. ¿Por qué me permití llegar tan lejos? Mordí mi labio inferior y me levanté del escritorio para caminar de un lado a otro.

Seguramente Tony tendría a mi madre en Beacon Hill. Era el único escondite que tenía registrado en los documentos, y si ese era el caso, sabía dónde estaban, y podía ir a buscarlos.

¿Estás loca? ¿Estás loca? No puedes ir tú sola.

Las autoridades podrían ir a buscarlos. Deberían apresurarse y hacer lo necesario para recuperar a mi mamá y al padre de Evan.

—Todo va a estar bien—murmuré.

El chillido de la alarma sonó justo después de que lo dije. Habían entrado al apartamento.

Alguien venía a por mí.

El indicador decía que aún faltaban dos minutos para que se completara la carga, pero no había manera de que pudiera dejarlo ahí. Si lo consiguieran, tendrían lo que buscaban, y ya no habría razón alguna para mantenernos vivos a nosotros o a sus rehenes.

Me dolían los oídos por el ruido de la alarma. Saqué la microSD del adaptador y la puse en el último cajón del escritorio de Evan, bajo un montón de papeles. Cerré el cajón y luego el portátil.

Unas pisadas se acercaban golpeando por el pasillo, aunque la alarma seguía encendida no era lo suficientemente fuerte como para bloquear los demás ruidos del lugar. Una sombra apareció encima de la pared del pasillo, frente a la puerta. Me arrodillé y me arrastré bajo el escritorio de Evan.

Escuché las pisadas dentro de la habitación, y sofiqué un grito en la parte posterior de mi garganta. Estaba aquí, me tenía. Y no había nada que pudiera hacer excepto esperar a que me llevara.

Evan. Por favor, ten cuidado. Por favor, encuéntranos.

Capítulo 29

EVAN

El chofer del Uber no hizo ni un comentario al hecho de que yo estuviera en bata de hospital, ni de que tuviera mi culo desnudo pegado a sus asientos y mi muslo vendado. El dolor en él indicaba que probablemente se me había desgarrado un punto de la sutura en mi exitoso intento de escape del hospital y de la enfermera de ojos saltones.

Me importaba un carajo lo que la gente pensara o dijera. Audrey me necesitaba.

Una constante corriente de miedos pasaba por mi mente, cada uno más extremo que el anterior. Audrey secuestrada, asesinada, desaparecida, y todo porque yo no había podido evitar que saliera del hospital. Si algo le pasara, sería mi culpa.

Ella está viva. Vas a ir al apartamento y verás que está bien. Tendrá toda la información cargada y enviada a Dan.

Pero mi instinto no decía lo mismo.

El conductor se detuvo fuera de mi edificio, le pagué, me bajé y corrí hacia la entrada con mi trasero inundado por el aire fresco de la noche mientras la bata aleteaba con cada paso.

No era así como me lo imaginaba. Yo, medio desnudo y herido, corriendo a mi apartamento como el peor héroe en la historia de todos los héroes. El hombre que normalmente estaba detrás del la recepción había desaparecido.

Esto no es normal.

Entré en mi ascensor y presioné el botón del último piso, golpeé mi pie con impaciencia mientras las puertas se cerraban.

—Vamos, vamos —gruñí—. Date prisa, carajo.

Finalmente, las puertas se abrieron, y escuché el estridente sonido de mi alarma.

Salí corriendo del ascensor hasta la puerta principal del apartamento. Estaba entreabierto. ¿Cuánto tiempo tendría la alarma encendida? ¿Cuánto tiempo hace que...

Me apresuré a introducir el código y luego entré a la sala de estar. No había señales de lucha, todo estaba normal.

—¡Audrey! —grité, los oídos aún me zumbaban por el ruido—. Audrey, ¿estás aquí? —Mis entrañas se retorcían y soltaban.

Tengo que encontrarla.

Corrí por el pasillo, ignorando las punzadas de dolor en mi muslo, y revisé el cuarto de huéspedes. Ella no estaba allí. La puerta del estudio estaba abierta, entré en él mirando todo el

espacio. También estaba vacío.

—¿Audrey? —llamé, pero no había respuesta.

No tenía ningún sentido. Si la alarma se había activado por tanto tiempo, ¿por qué la compañía de seguridad no había respondido todavía?

¿Y dónde estaba también la seguridad del edificio?

Tony lo tiene todo. Tiene el control de todo.

Y yo no tenía control de nada en esta situación. Caminé por el costado del escritorio y revisé debajo de él. No había nadie allí tampoco. Pero tenía que haber respuestas a lo que había pasado. A menos que Audrey nunca hubiera venido al apartamento, y los hombres de Tony simplemente entraron aquí para buscarla y no encontraron nada en su lugar.

El sistema de vigilancia.

Abrí mi portátil y esperé a que se iniciara, con el pulso acelerado. Ella dijo que venía para acá. No habría cambiado de opinión así tan fácil, realmente no tenía otro lugar a donde ir.

Finalmente, el portátil estaba activo y operativo. Inmediatamente me conecté a mi sistema de vigilancia y abrí la última grabación. Mostraba solo la oficina vacía. Adelanté las imágenes desde la mañana hasta la noche y observé cómo Audrey entraba en la habitación.

Mi corazón dio un vuelco. Ella había estado aquí.

Ella le hizo un gesto descarado a la cámara, y no pude evitar admirar su actitud. Incluso ahora, cuando las cosas estaban en su peor momento, estaba feliz y decidida.

—¿Dónde estás? —Murmuré.

Abrió el portátil e insertó un adaptador de microSD. Unos minutos después ella veía un video que no pude entender, y entonces sonó la alarma. Audrey se congeló en la pantalla, miró hacia la puerta y luego al portátil.

—¿Qué estás haciendo? Sal de ahí —gruñí—. ¡Corre!

Pero no lo hizo. Ella sacó el adaptador y luego abrió el cajón último de mi escritorio y lo escondió dentro. Cerró de golpe el portátil y se arrastró bajo el escritorio, solo podía ver sus pies en el marco.

Apreté mis puños sobre del escritorio. ¿Qué estaba a punto de ver?

Una sombra pasó por la pared fuera de la oficina, y luego apareció una figura en la entrada. Alta, morena y femenina. Era esa perra de Ciara, entró en el estudio y miró a su alrededor. Rodeó el escritorio, estudiando las paredes, luego se agachó y miró directamente al escondite de Audrey.

Hubo forcejeo entre ellas, luego Audrey la echó a patadas, pero Ciara cogió su pie y la sacó del escritorio apuntándola con un arma, ambas intercambiaron palabras bajo el bullicio de la alarma.

Ciara la obligaba a caminar a empujones, con las manos detrás de la espalda y el arma colocada contra la parte posterior de su cráneo, luego salieron de la habitación y se perdieron de vista.

—¡No! Tiene que haber más.

Me salté los diferentes ángulos de la cámara y conseguí una vista nada útil de Ciara escoltando a mi mujer fuera del apartamento. La mujer de la que me enamoré. Ni siquiera podía negarlo ahora, sin importar cuánto lo quisiera.

Había rechazado la idea de estar con ella, o con alguien a largo plazo, porque significaría confiar de nuevo, pero ella era... todo para mí ahora, y si la perdiera, sería mi fin. Eso sería todo.

La última toma mostraba a las dos mujeres en la puerta principal. Audrey echó una mirada a la cámara de la puerta y luego fue empujada fuera de la vista.

Golpeé mi puño contra el escritorio.

—¡Carajos!

Tenía que encontrarla. Tenía que hacer esto bien. Me dijo que quería subir las pruebas a una nube y enviárselas a Dan. ¿Lo habría logrado?

No, Dan ya habría intentado contactarme. ¿Y dónde estaban los policías, los tipos de la compañía de alarmas?

¿Por qué nadie había respondido a la alarma? Era por la influencia de Tony en todo esto, y ahora Audrey se había ido.

Ya voy, Audrey. Ya voy para allá.

Me agaché y abrí el cajón del escritorio, revisé los papeles hasta que encontré la microSD que había escondido. La saqué, la instalé en el adaptador del portátil y esperé a que todo se cargara.

Rápidamente, escané lo que había. Hojas de cálculo, documentos, grabaciones de audio y videos. Uno de los documentos estaba etiquetado como “direcciones”, y yo hice clic para abrirlo, con la esperanza creciendo en mi pecho. Escané la larga lista y encontré una en Boston, presioné mi dedo en la pantalla sobre esa dirección.

—Tiene que ser esa. Tiene que serlo.

Cada célula de mi cuerpo gritaba para que fuera inmediatamente tras ella. Para salvarla antes de que fuera demasiado tarde, pero tenía que ser inteligente, no actuar precipitadamente. Necesitaba ayuda, ayuda de los federales que seguramente ya estaban tras la pista de Paul Anthony Harden.

Abrí mi servicio en la nube, me conecté y copié todos los archivos, mientras se transfería saqué mi teléfono y marqué el número de Dan.

—¿Hola? —Dan respondió—. ¿Tienes algo para mí?

—Creo que sí. Y creo que tengo la dirección de la base de operaciones de Harden en Boston.

—Bien. Entonces podemos enviar un equipo y arreglar todo esto antes de que vaya demasiado lejos.

—Tiene que ser esta noche —le dije.

—Espera, espera —contestó Dan—. Es más complicado que eso. Necesitaremos echar un vistazo a la evidencia primero, analizarla, asegurarnos de que es permisible en la corte antes de que podamos hacer algo. Necesitamos órdenes para esto...

—No me importa la burocracia. Esto tiene que clasificarse como una persecución violenta —

dije—. Tienen a Audrey.

—¿Qué?

—Se la llevaron. Y sé dónde está. Voy a ir hasta allá esta misma noche y necesito tu ayuda, Dan. Tienes que ayudarme. Me debes una.

Era un mal momento para cobrar un favor, pero era eso o nada.

—Eso cambia las cosas. ¿Tienes pruebas de que se la llevaron? —preguntó Dan.

—Vídeos de vigilancia.

—Envíamelos —contestó Dan—. Entraremos y la sacaremos. No hagas nada precipitado, Evan. No hagas nada estúpido. Déjanos esto a nosotros.

Pero dejar las cosas a otros no era mi fuerte.

—Ya te lo envió —dije, y luego colgué.

Si Dan realmente pensaba que no iría tras ella, no me conocía en lo absoluto. Audrey era mi calma y mi cordura desde que mi padre desapareció.

Ya voy, Audrey.

Capítulo 30

AUDREY

—Mira esa cara furiosa —dijo Tony, inclinándose frente a mí—. Eres tan guapa como la última vez que te vi. —Mostró una sonrisa, con sus dientes perfectamente rectos y blancos—. ¿Estás cómoda?

—Púdrete —lo escupí.

Me habían atado a una silla en el centro de un elegante estudio en Beacon Hill. Una columna central dividía el salón principal de la cocina. Tenía piso de madera, y una fina biblioteca en la esquina de la habitación. Una alfombra persa adornaba el suelo frente al sofá a juego, de un color rojo intenso con respaldo de madera.

Ciara yacía sobre él con sus pies colgando del apoya brazos, mientras se limaba las uñas.

—¿Por qué estamos haciendo esto? Me parece una total pérdida de tiempo. Deberíamos matarlos a todos y acabar con esto de una vez —dijo ella.

—Cierra tu estúpida boca, perra —Tony le respondió.

Él la miró fijamente, apartándose de mí, y aproveché la oportunidad para comprobar mis ataduras. El cable enrollado en mis muñecas estaba demasiado apretado, sentía que me cortaba la piel y la circulación.

¿Cómo voy a salir de esto?

—Si hubieras hecho bien tu trabajo, nada de esto habría pasado —continuó Tony—. Tenías un trabajo, hermana. Uno solo, y ni siquiera pude confiar en ti para eso.

—No fue mi culpa —se quejó Ciara—. Ella me engañó.

—¿Qué tan difícil es revisar el interior de un medallón? —Tony chasqueó los dientes, luego se dio la vuelta y me miró de nuevo—. Ese fue un movimiento básico de Audrey. Siempre fue demasiado lista para su propio bien.

—Entonces, admites que ella fue inteligente al sacarlo. Lo que no significa que yo fuera estúpida —refunfuñó Ciara.

—No lo fuiste —contestó Tony, sin girar la cabeza—. Eres estúpida.

Ciara suspiró y continuó limándose las uñas y moviendo sus pies de tacón mientras lo hacía.

—No veo cuál es el problema. Ya tienes lo que querías.

—¿Lo tengo? —preguntó Tony, y me miró fijamente—. ¿Dónde escondes la tarjeta, Audrey? No está en tus bolsillos, no estaba en tu ropa.

—No sé de qué estás hablando —dije en tono inocente. Por supuesto, no se lo creería, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Decirle la verdad? Me mataría si se enterara de lo que había hecho—. ¿Dónde está mi madre?

—No sabes de lo que estoy hablando —repitió Tony lentamente, y pasó una mano por encima de sus cabellos castaños—. ¿Es eso cierto? ¿No tienes ni idea?

—Perdí la memoria por si no lo sabes.

—No me tomes por tonto —gritó en mi cara—. Acabará contigo antes de que sepas lo que ha pasado. No jodas conmigo.

Un escupitajo cayó en mi mejilla derecha, y me estremecí. Era aterrador, pero no podía dejar que supiera cuánto me asustaba. Sería una ventaja para él y seguramente la usaría.

Tony se enderezó y caminó hacia el otro lado de la habitación, hacia la chimenea que estaba frente al sofá. Se apoyó en el manto y miró a la rejilla.

—Tal vez lo estés escondiendo en otro lugar —dijo.

—¿Y si se lo tragó? —dijo Ciara—. Podríamos comprar laxantes y hacer que se los coma. Eso sería divertido.

—Cállate —dijo Tony—. Si se lo tragó, la abriré.

—No me tragué nada —respondí rápidamente. Con miedo o sin él, no iba a quedarme sentada mientras discutían los diferentes métodos de torturarme—. Realmente no sé a qué te refieres. ¿De qué tarjeta estás hablando?

—Oh Dios mío, ¿en serio? —Siseó Ciara—. Estuve contigo en el cementerio. Sabes perfectamente lo que está pasando.

—Oh, el cementerio, ¿quieres decir? —le pregunté, dirigiendo mi mirada hacia ella, sentía la ira arrastrándose sobre mi piel y mi cuero cabelludo—. Recuerdo algo sobre un cementerio. Recuerdo que dijiste que tenías un medallón de corazón y que no se lo llevarías a tu hermano, sino que lo usarías para hundirlo. Dijiste algo de que así serías el jefe de la familia, ¿no fue así?

Ciara se puso rígida y dejó caer las manos sobre su estómago.

—¡Eso es mentira! —gritó.

Tony entrecerró los ojos mientras la miraba fijamente.

—Mi suposición es que como no encontraste lo que querías, solo viniste a decirle a tu hermano que yo te había engañado en su lugar —continué.

—¡Cállate! —Ciara saltó del sofá y se acercó mí, levantando el puño.

—Para —Esa única palabra bastó para que se congelara en su camino. Tony se alejó de la chimenea y cruzó la habitación. Puso una mano sobre el hombro de su hermana y esta se estremeció—. Adelante, saca a los otros dos ahora. Eso la hará hablar.

Ciara soltó un pequeño suspiro, aunque el miedo seguía apareciendo en su expresión, luego se giró y salió a paso rápido de la habitación.

—La traición me rodea —dijo Tony, una vez que ella se fue—. Primero fuiste tú, Audrey, y ahora es ella, sin olvidar los incontables que quieren ocupar mi lugar.

No dije una palabra, solo me obligué a concentrarme en él, a tratar de recordar todo lo que había pasado.

—Cuando te conocí, pensé que serías la reina de mi vida. Eras genial tratando a la gente, demasiado buena para ser real, si sabes a lo que me refiero, ¿verdad?. Rica, atractiva, inteligente, una mujer trabajadora fijada en sus metas. Me llevó mucho tiempo convencerte de que nuestro destino era estar juntos. El sexo era perfecto. Tan bueno, cariño, que casi dejo de follarme a mi chica de compañía —Me pellizcó la barbilla con dos dedos. La sonrisa enferma en su rostro se transformó en una mueca. Luego me soltó—. Pero tú solo fuiste otra decepción.

—No sé de qué estás hablando. No puedo recordarlo.

—Claro que no puedes. Deberías agradecerle a Ciara por eso —dijo, haciendo una mueca de dolor—. Pero déjame ponerte al día, cariño. Estuvimos juntos durante años y luego decidiste que no querías estar más conmigo. Tal vez sospechaste de mí. Tal vez te aburríste. En fin, no sé cuál fue la razón, pero tu hocico de perra se fue con los de antinarcóticos, y luego empezó todo.

Había estado trabajando con un agente federal.

—El principio del fin para ti. Capturé al agente que trabajaba contigo y luego me vine tras tu rastro, pero te escondiste de mí y escondiste la evidencia.

Entonces, ¿mi sueño había sido falso? Nunca lo había encontrado en mi cocina.

—Pero no podías esconderte para siempre, ¿verdad?

La puerta al final de la habitación se abrió y entraron tres personas. Mi madre, canosa y hermosa, con ojos verdes brillantes, y su cabello atado a la nuca que le daba a su cara una forma de corazón, el verla hizo que se me salieran las lágrimas. La seguía el padre de Evan, que parecía una versión más baja y antigua de él.

Verlos juntos trajo de vuelta fragmentos de otro recuerdo. Era el día de su boda. Yo como dama de honor. Mi madre llorando, mi padrastro abrazándome. Su primer baile juntos.

Ciara intervino al final de la fila, sosteniendo un arma casi como si le fastidiara todo esto. Les ordenó que se pusieran contra la pared junto a la chimenea.

—Mamá —dije, con voz ronca.

—Dios mío, cariño —gritó mi mamá—. Estás a salvo. Estoy tan contenta. Oh, Dios mío.

—Mamá, siento mucho todo esto. Todo es culpa mía. Nunca debí haber venido a visitarlos...

—Todos ustedes cierren la boca —dijo Tony e hizo un gesto con la mano—. Me estás dando dolor de cabeza. Esto no es una reunión, es una consecuencia de sus acciones. ¡Quiero mi información! Dame la información o todos morirán.

Me temblaba el labio inferior.

—No lo hagas —dijo mamá—. Cariño, no sé de qué se trata todo esto, pero es un hombre malo. No le des nada.

El padre de Evan asintió, de acuerdo lo que ella había dicho. Alargó su mano y agarró la de mi madre, entrelazando sus dedos.

—¡Cállate! —Ciara gritó y movió el arma hacia mi madre—. O te dispararé ahora mismo.

—Ciara, cálmate —dijo Tony y luego se volvió hacia mí—. Ahora, verás, cariño. El final está aquí, y vas a conseguir lo que mereces. La muerte. A menos que me digas lo que quiero saber.

—Los archivos son... —Empecé a buscar una respuesta a esto. ¿Qué podía decir? Si se enteraba, probablemente nos mataría a todos y luego se iría para recuperar los documentos y las pruebas. Mi mejor opción era mentir, buscar una oportunidad para atacar.

—Me mientes y lo sabré, cariño —dijo Tony, como si pudiera leer mis pensamientos, o al menos leerlos en mi cara.

—Yo...

Un choque de vidrios rotos tronó en todo el apartamento, desde todas las direcciones. Las ventanas se rompieron y los hombres vestidos con uniformes de los SWAT entraron por ellas, irrumpieron en el salón principal con armas y apuntaron a los sospechosos.

—¡Suelten sus armas! ¡Agáchate!

Gritos de percusión cruzaban la habitación, y todo sucedió en cámara lenta. La cara de Tony se transformó en pura furia, sacó la misma pistola con sello de trébol de oro y me apuntó, directamente a mí. Hubo un estallido, pero sin dolor, y sin el destello de su pistola.

En vez de eso, cayó de rodillas frente a mí, agarrándose el pecho. Sus dedos se ensangrentaron. Levantó su arma de nuevo y me apuntó por segunda vez.

Otro estallido sonó, y esta vez se desplomó hacia un lado, el arma se liberó de sus dedos pálidos y sin vida. Ciara gritaba y lloraba en el rincón, ya contenida. El caos seguía, y la presión de todo esto fue demasiado. Cerré los ojos y me desplomé.

Capítulo 31

AUDREY

—Audrey —la voz se movió a través de la oscuridad, y me concentré en ella. Había tanta calidez en esa sola palabra—. Audrey, estoy aquí. Abre los ojos, preciosa, estoy aquí.

Desperté, parpadeando varias veces, intentando adaptar mis ojos a la luz que me rodeaba, miré fijamente la cara que estaba sobre a mí. Era Evan, tenía la frente se arrugada mientras sus ojos me miraban, estudiándome.

—¿Me oyes? —preguntó.

—Sí —dije—. Sí, puedo oírte. ¿Dónde estoy? —Luché para levantarme y miré alrededor de la habitación.

Un televisor en lo alto frente a la cama en la que yacía acostada, sábanas impecables y lisas, una puerta cerrada y sillas a mi izquierda, junto a una mesita de noche con un ramo de rosas.

—En el hospital —dijo, y luego sonrió ampliamente—. En caso de que no te hayas dado cuenta.

—¿Por qué? —le pregunté.

Lo último que recordaba era a Tony cayendo, agarrándose el pecho, luego levantando el arma y apuntándome. Toqué mi cuerpo con las manos, buscando una lesión.

—¿Me hirió?

—¿Quién?

—Tony, ¿me disparó?

—No, no lo hizo —dijo Evan, su sonrisa se ensanchó más—. Te desmayaste justo cuando entré al apartamento. Te caíste hacia adelante en la silla y te golpeaste la cabeza.

Leve unos dedos a mi frente y acaricié la protuberancia en ella.

—¿Otra vez?

—Otra vez.

Compartimos una larga mirada, una que estaba llena de demasiados sentimientos. Me preocupaba por Evan. Lo cuidaba más de lo que debería, dado cómo habían empezado las cosas. Él era mi hermanastro pero igual lo hice y lo seguiría haciendo.

Cuida de él. Ámalo.

—¿Dónde está mamá? ¿Y tu padre?

—Están a salvo. Están en mi apartamento ahora. Ciara ha sido arrestada y acusada. Las pruebas están en manos del FBI. Tienen todo lo que necesitan para acabar la operación de Tony, gracias a ti y al agente con el que trabajaste en Nueva York.

—Jake —dije, el recuerdo del tipo hosco con cabello oscuro y los ojos cerrados a la superficie—. Era un buen tipo. El día que le dispararon fue el día que me decidí venirme.

—Oh, Dios mío —Evan me agarró la mano—. ¿Te acuerdas?

Asentí con la cabeza, y me estremecí ante el zumbido de un dolor de cabeza.

—Lo recuerdo. Recuerdo a Tony, y recuerdo que me di cuenta de que no era honesto. Recuerdo a mis pacientes. Recuerdo mi consulta y al terapeuta con el que trabajé, Theodore Jenkins. Recuerdo todo, excepto el fuego. Aún no hay nada sobre el fuego.

—¿Y recuerdas lo que ha pasado en el transcurso de la última semana? —preguntó Evan.

—Sí —Y mi piel se calentó, me excitaba el recuerdo de sus manos en mi cuerpo, sus labios en los míos.

Las aventuras de una noche nunca habían sido lo mío, ni siquiera en la universidad. Había perdido la memoria y con eso rápidamente tiré todas las reglas por la ventana. O tal vez no fue tanto porque perdí la memoria, sino porque lo conocí.

—Evan, yo...

—No tenemos que hablar sobre eso ahora. Necesitas mejorar. El médico dice que tienes líquido en el cerebro por todos los golpes que has recibido, pero sin coágulos, gracias a Dios. Vas a tener que quedarte un par de días, y luego te dejarán ir. Cuando esto pase, hablaremos.

—Supongo que está bien.

La necesidad de tocarlo me picaba en las palmas de mis manos. El hecho de que pudiera recordar casi todo, quién era, qué me impulsaba, cómo había evitado complicaciones, hombres, relaciones, todo se había ido por la borda.

Tony había roto mi confianza completamente. Evan la había reconstruido de nuevo. Me protegió cuando no había nada que ganar para él.

Me senté, cerré los ojos y respiré lentamente, aceptando este momento, y que las cosas no serían normales entre nosotros de inmediato. ¿Cómo podría serlo? El miedo se había ido, Tony estaba finalmente muerto, mi mamá y su papá estaban libres y a salvo, y estábamos destinados a ser hermanastros. No amantes.

—Audrey —dijo Evan en voz baja y tomó mi mano—. ¿Qué necesitas? ¿Qué puedo hacer por ti?

Otro tipo de miedo surgió en mi estómago. Los recuerdos de mi pasado, todos esos miedos que había tenido, los problemas de confianza, estaban ahí de nuevo. Quería tanto estar con él, pero necesitaba tiempo para pensar. Para aceptar quién había sido y en quién me había convertido debido a mi conexión con Evan.

No podía apresurarme a tomar decisiones ahora. Abrí los ojos y me encontré con su mirada.

—Tiempo. Necesito algo de tiempo a solas.

Evan asintió.

—Entiendo —Se levantó y me dio un beso en la frente, uno tan dulce e íntimo que casi me dejó sin palabras—. Estaré aquí para cuando me necesites.

Luego se fue, y el vacío que quedó en mi interior era más grande de lo que esperaba.

—PIENSO QUE ES PERFECTO —dijo mamá y me puso el brazo alrededor de la cintura—. Creo que es una jugada inteligente y que te va a encantar estar aquí. Cuanto más cerca estés de nosotros, mejor —Me besó en la mejilla, luego se alejó y aplaudió con emoción, mirando la casa que había elegido para alquilar.

Estaba cerca de la playa y de mi oficina en Nantucket como para que la palabra “ferry” fuera cosa del pasado.

Habían pasado tres semanas desde que salí hospital. Tres semanas desde que hablé con Evan, aunque había pensado en él todos los días desde entonces. Necesitaba tiempo para volver al trabajo, para encontrar un nuevo lugar para vivir, para recuperar mi equilibrio, sin tener su influencia.

Porque cuando él estaba cerca, no podía pensar con claridad. Y nuestros padres aún no sabían lo que había pasado entre nosotros después del incendio.

Dios, ¿qué dirá mamá sobre eso?

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Mamá y me abrazó contra su costado—. ¿Estás emocionada?

—Supongo —dije—. Me preocupa más todo lo que tengo que desempacar.

Tenía las cajas cargadas con mis cosas en el auto. El sueño que había tenido sobre Tony en mi apartamento de Boston no se había basado en la realidad, no era un recuerdo mío, pero había sido una advertencia que me impulsado a todo lo que siguió.

—Cariño, estás muy callada hoy. ¿Estás bien?

—Estoy bien, mamá. A veces pienso en lo que pasó, es todo. Lo tengo en la cabeza de vez en cuando.

—¿En serio? Has estado hablando con tu terapeuta —Mamá me acarició la parte superior de la espalda.

Apoyé mi cabeza contra la de ella y suspiré.

—Sí, mamá, lo he hecho. He estado haciendo todo lo indicado para superar lo que pasó.

Pero aun así no había logrado ninguna diferencia. Algo faltaba. La alegría y la emoción que sentía al vivir con Evan se habían ido, y no podía dejar de sentir que él era lo que yo necesitaba.

—Deberías venir a visitarnos este fin de semana —dijo mamá—. Para almorzar. Voy a hacer pizzas, y tu hermanastro también va a venir. Sé que trabajaron juntos para salvarnos, cariño. Sería bueno que ustedes dos pudieran encontrarse de nuevo.

La mención de Evan hizo que las mariposas revolotearan por mi estómago.

—De acuerdo, sí. Eso suena bien, mamá.

—Bien —dijo ella y me dio una palmadita en la espalda—. Voy a llevar algunas de estas cajas

adentro.

Se giró y caminó hasta la puerta abierta de mi Kia y se inclinó para sacar una de las cajas más pequeñas y una lámpara. Ella caminó hasta la casa y entró.

Mi casa era pintoresca, de dos pisos, con un porche de madera y aleros decorativos, ventanas de guillotina y un exterior despejado. Estaba a la vuelta de la esquina de Lighthouse Beach, y claro que sí, planeaba correr por la playa todas las mañanas. Encontrar una manera de devolver el equilibrio y felicidad a mi vida.

Estuve tan enfocada en salvar a mi mamá, y en lo que estaba pasando con Evan, que me dejé ir, y ahora que me tenía de vuelta podría enfocarme en mí... Dios, pero en vez de eso lo extrañaba demasiado. Extrañaba la prisa de vivir con él, de tocarlo. Fue mi decisión distanciarme, necesitaba mi espacio pero ya había pasaron tres semanas de silencio y mi necesidad de él era cada vez más grande.

Tendría la oportunidad de disculparme con él este fin de semana. Sería un paso.

—Hola —la voz profunda y retumbante pasó por mis oídos, casi íntimamente. Di un suspiro. Una exhalación involuntaria de aliento.

—Evan —dije en voz baja.

—Adivinaste.

¿Adiviné? ¿Cómo diablos iba a olvidar su voz? Me volteé hacia él, estaba parado junto a mi auto con una mano metida en el bolsillo de sus jeans, tenía las mangas de su camisa arremangadas para exponer esos antebrazos musculosos y bronceados. Se había afeitado la barba y sus ojos azules y cristalinos me traspasaban.

—Intenté llamarte —dijo—. Pero no me contestas el teléfono.

—Lo sé —contesté y me mordí el labio inferior—. Mira, Evan, lo siento. Solo necesitaba tiempo para pensar en todo lo pasó. Es mucho, y ahora que recuerdo cosas, quién soy, de dónde vengo, qué tuve que hacer para alejarme de Tony... Es duro.

Asintió, con una lenta inclinación de su cabeza, sin apartar nunca su mirada de la mía.

—Lo entiendo —dijo—. Pero eso no cambia las cosas entre nosotros.

—¿Qué se supone que debemos hacer? —pregunté, y miré por encima de mi hombro, en dirección a la casa—. Mi madre, tu padre, quiero decir... lo hicimos... ya sabes.

—Oh, ya lo sé —contestó y apretó sus labios.

No pude evitar reírme a pesar de la situación. Y por un milisegundo, me sentí de vuelta a la normalidad, como si todo estuviera bien entre nosotros. Pero esa vibración se disipó rápidamente.

—Nuestros padres no lo entenderían, ¿le has contado a tu padre lo que pasó?

—No —dijo—. Pero puede que lo haga.

—¿Por qué? Dijiste que no querías nada serio —Y eso fue lo que yo también dije, excepto que ahora quería todo lo contrario.

—Porque...

—¡Evan! —Mi mamá gritó de emoción desde la puerta. Se apresuró a bajar por la escalera y

caminó sonriendo hasta alcánzanos—. Oh, qué bien. ¿Estás aquí para ayudar a tu hermana?

—Hermanastra —dije apresuradamente.

Mi mamá me frunció el ceño y luego se encogió de hombros.

—Es lo mismo. Entonces, ¿nos vas a echar una mano? Hay mucho que hacer en la casa. Mucho desempacar.

—En realidad, Evan solo vino a saludarnos, mamá. Tiene una cita por aquí a la que tiene que ir. ¿Verdad, Evan? —Lo miré, desesperada.

Era imposible para mí fingir delante de mi madre, me conocía perfectamente. No iba a poder ocultar lo enamorada que estaba de él teniéndolo cerca.

¡Enamorada!

—Correcto —dijo Evan, asintiendo de nuevo—. Encantado de verlas, señoritas. Nos vemos este fin de semana en la noche de pizza.

—Estoy deseando que llegue pronto —Mamá le hizo un gesto con la mano mientras él caminaba de regreso a su Audi. Entró y se fue, y mamá se volvió hacia mí, sonriendo—. Bueno, fue muy amable de su parte pasar por aquí. Deberías pasar algún tiempo con él, Audrey. Tengo la sensación de que Evan está un poco solo. Su vida es solo trabajo.

—Mi vida es igual, mamá.

—Razón de más para que ustedes dos se hagan amigos —Mamá me dio una palmadita en la espalda—. ¿Vas a ayudarme a instalarte en tu casa o qué? —Me dio un pellizco juguetón en el brazo, luego agarró dos cojines del sofá y los llevó de vuelta adentro.

Levanté una caja de mis libros, gimiendo, y vi a Evan irse, mi corazón pesaba tanto como la caja en mis brazos.

Estás enamorada de él. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué dudas?

Me di la vuelta y volví a la casa, mi resolución se hacía más fuerte con cada paso.

Capítulo 32

EVAN

No iba a dejar que esto acabara.

Yo la quería, y ella me quería a mí. Las últimas semanas habían sido un infierno, era desgarrador regresar cada noche y encontrar el apartamento vacío, se sentía sin alma. No quedaba ni rastro de su presencia.

Subí los escalones de la nueva mansión de mi padre -sí, ya tenía otra-y llamé dos veces a la puerta principal.

Pasos apresurados cruzaron el vestíbulo, y la puerta se abrió un segundo después para revelar a Beatrice, la madre de Audrey.

—Aquí estás, Evan. Me preocupaba que no pudieras venir.

—No me lo perdería por nada del mundo —le dije y le ofrecí la botella de vino que había traído.

—Oh perfecto, gracias —Me abrazó cálidamente y me besó en la mejilla.

Beatrice era genial, no solo porque hacía feliz a mi padre, sino porque era muy parecida a Audrey, me había aceptado al instante, aunque yo tenía mis problemas. A pesar de que en ocasiones solía ser rudo y arrogante.

—Adelante, entra. Estamos todos en la sala de estar.

Entré y miré alrededor del pasillo de entrada, era todo de mármol, con una lámpara de cristal en la parte superior.

—¿Cuál de tantas? —pregunté, con la comisura del labio hacia arriba.

—Gracioso —contestó ella y agitó la cabeza—. Pero sí, tienes razón. Creo que este lugar es gigantesco, pero tu padre tenía su corazón puesto en él.

La seguí por el pasillo hasta la sala de estar. Era una gran sala, que se extendía para albergar dos sofás y sillones, un televisor de pantalla plana contra una pared blanca, una chimenea, una biblioteca y otra de esas lámparas en lo alto. El lugar estaba decorado en azul fresco y blanco.

Pero nada de eso importaba. Mi atención estaba puesta en la mujer que se sentaba en el sofá frente a la mesa de café. Tomaba un sorbo de vino de su copa y después subió la mirada para encontrarse con la mía sonrojándose en el acto.

—Audrey —dije.

—Hola, Evan. ¿Cómo estás?

Era dolorosamente hermosa, como siempre. Simplemente perfecta, y me obligué a romper el contacto visual. Su cabello rubio estaba suelto alrededor de sus hombros, con muy poco maquillaje en su rostro, llevaba un vestido azul que me recordaba al océano y se ceñía a su cuerpo marcando sus curvas.

—¡Hijo! —Mi padre entró en la habitación y se acercó a mí con los brazos abiertos.

Lo abracé fuerte dándole palmaditas en la espalda.

—Me alegra verte, papá. ¿No podías haber comprado una casa más extravagante? ¿Acaso, el Taj Mahal no estaba disponible?

—Gracioso —dijo papá, en una imitación exacta de su nueva esposa. Realmente eran dos gotas de agua—. Estoy tan contento de que hayas venido hoy, hijo. Toma asiento.

—¿Cómo están las pizzas? —le pregunté—. ¿Necesitan ayuda con algo?

—Oh, no, no, —contestó Beatrice—. Las estoy haciendo yo misma. Me encanta hacer pizza — Ella sonrió y caminó hacia la puerta que probablemente llevaba a la cocina.

—Espera un segundo —dije, y los nervios que había estado manteniendo a raya se dispararon al frente. Era ahora o nunca. Necesitaba terminar con esto. Si eso significaba tener a Audrey, valdría la pena.

—¿Qué pasa? —preguntó Beatrice, girándose hacia mí. Mi padre frunció el ceño, y Audrey me miró con una mezcla de miedo y esperanza en sus ojos.

—Estoy enamorado de Audrey —le dije.

Las palabras fluyeron solas, fue muy fácil admitirlo, pero al mismo tiempo, lo más difícil que había hecho en mi vida.

El silencio invadió el lugar. Mi madrastra parpadeó varias veces. Mi papá agitaba la cabeza como si sus oídos estuvieran tapados y el movimiento los ayudaría a destaparse.

Audrey se puso blanca como una sábana, y sus manos volaron hasta su boca.

—¿Qué dijiste, hijo? —preguntó papá—. Creo que escuché mal.

—No, no lo hiciste. Estoy enamorado de Audrey. Me enamoré de ella durante el tiempo que trabajamos juntos resolviendo el rescate de ustedes. Y la amo, todavía. Quiero estar con ella, y solo quería que ustedes dos lo supieran. Para que no fuera una gran conmoción si lo descubrían de otra manera durante la reunión.

Los dos me miraron fijamente, con la boca abierta.

Me volteé hacia Audrey, busqué en mi bolsillo y saqué una cajita de cuero que había traído conmigo. Era demasiado grande para un anillo y la sostuve frente a ella.

—Audrey, sé que tuvimos el comienzo más extraño de nuestra relación, pero esta es la verdad. Estoy locamente enamorado de ti. Cada día que paso sin tenerte a mi lado es una tortura para mí. Te quiero y necesito en mi vida. Quiero estar contigo para siempre.

—Evan —chilló, aún con las manos en su boca y se levantó del sofá. Tropezó pero la agarré por debajo del codo y la mantuve erguida.

—Cuidado —dije irónicamente—. No te golpees la cabeza.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

—Por supuesto que sí. Las últimas semanas han sido una tortura sin ti. Sé que se suponía que debíamos seguir como siempre, fingir que lo que pasó entre nosotros no pasó, pero la verdad es que no puedo hacerlo —Le di la caja.

Audrey mordió su labio inferior y la aceptó pasando sus dedos sobre el cuero. La abrió lentamente, y jadeó.

—Oh, Dios mío. Pensé que lo había perdido para siempre.

—Sí, bueno, los federales no pueden quedarse con todo como prueba. Digamos que le pedí un favor a un viejo amigo.

Audrey sacó el medallón de corazón de la caja, y luego me miró con sus ojos llenos de lágrimas.

—Oh, Dios mío, esto es increíble —Ella se dio la vuelta, me entregó el relicario y se lo puse alrededor del cuello—. Evan... —dijo ella y se giró hacia mí.

La abracé y apreté mis labios contra los suyos, sin importarme lo que mi padre o su madre pensarán. Sin tener en cuenta mi miedo de perderla y de que otra mujer me dejara atrás, como lo había hecho mi propia madre.

—Te amo —le dije y la besé de nuevo en sus labios, su nariz, sus mejillas, en un ojo y luego en el otro—. Te amo, y quiero que seas mía.

—Ya lo soy —susurró y se fundió en mis brazos. Besándonos de nuevo.

Una garganta se aclaró detrás de mí, y la razón de que habíamos hecho todo eso delante de nuestros padres nos sacudió. Nos separamos, pero entrelazamos nuestras manos, nos aferrábamos el uno al otro para encararlos a ellos. Juntos.

—Espero que puedas aceptarlo, papá —le dije—. Porque esto no va a cambiar.

—Aceptarlo —dijo papá y pasó con sus dedos por su cabello canoso y luego a lo largo de su mandíbula—. Eso puede llevar algo de tiempo.

—Oh, por favor —dijo Beatrice, moviendo sus manos hacia nosotros—. No es como que hayamos sido familia desde hace mucho tiempo. O como si fuéramos consanguíneos. ¿Quiénes somos nosotros para interponernos en el camino del amor verdadero?

—¿Mamá? No esperaba esa reacción de ti —Audrey se apoyó en mí, y yo la abracé más fuerte.

—Bueno, cariño, después de lo que he pasado, ¿cómo no creer en el amor verdadero? Tu padre se fue cuando eras pequeña, y yo era la persona más solitaria del mundo hasta que conocí a tu padrastro. ¿Cómo puedo pararme aquí y decirte que no deberías tener la misma felicidad que yo? ¿Solo por las convenciones? ¿Normas?

—Todavía hay que acostumbrarse —murmuró papá.

Presioné mis labios contra la sien de Audrey e inhalé su olor. Después de todo lo que había pasado el mes pasado, esta idea era lo que me mantenía en pie. Este momento, la idea de que finalmente podría tenerla conmigo.

—Muy bien —dijo Beatrice y aplaudió de repente como en un acto de negocios—. Ahora que

se aclararon las cosas, ¡vamos a comer! Hora de la pizza.

Audrey dejó salir una risa, y la alegría que provocó en mí me demostró que había tomado el camino correcto. Yo la amaba. Estábamos hechos el uno para el otro, y de ahora en adelante, las cosas serían como debían ser.

Para siempre.

Capítulo 33

AUDREY

Estamos fuera de mi casa y estacionamos en la calle. Había dejado mi Kia en casa de mi mamá, porque todo lo que quería hacer ahora mismo era pasar tiempo con Evan o lo que sea que eso significara.

Evan salió del Audi y dio la vuelta hasta mi lado. Abrió la puerta y me ofreció su mano para salir. Me paré frente a él, tan cerca uno del otro, sentía el deseo arrastrándose por mis vertebras otra vez. Por fin estábamos juntos. Tres semanas separados, y ahora...

—Dios, te extrañé demasiado —dijo Evan y sostuvo mi cara con sus manos. Incliné la cabeza hacia atrás y lo miré.

—No quería creer lo que sentía por ti. Pensaba que era producto de la pérdida de memoria.

—Es real —Evan apretó sus labios contra los míos, y yo volví a fundirme en un charco de humedad.

Le devolví el beso con fuerza, mi lengua rozando la suya, saboreándolo. Cerró la puerta del Audi detrás de mí, y luego me presionó contra él, sus manos salvajes viajaron hasta mis senos, acariciándolos y luego bajaron hasta mis caderas apretando mi carne allí.

—Oh, Dios —me quejé, rompiendo el beso—. Será mejor que entremos antes de que mis vecinos me denuncien por obscenidad pública.

—Que se jodan —gruñó y me besó por el cuello, lamiendo y luego chupándolo.

—Preferiría tenerte dentro de mí —respondí.

—Entonces vamos adentro —Me tomó de la mano y caminamos hasta las escaleras. Eso me puso la piel de gallina.

Saqué la llave de mi bolso y abrí la puerta principal, acto seguido, nos estrellamos en el pasillo besándonos desesperados, con las manos sobre el otro de nuevo. Apenas saqué la llave de la puerta, él la cerró de golpe.

—¿En el dormitorio? —preguntó.

—Aquí —dije. No podía soportar ni un segundo más sin tenerlo dentro de mí.

Evan soltó las tiras del vestido y las bajó de mis hombros, luego lo deslizó por todo mi cuerpo hasta dejarlo caer al suelo. La luz de la lámpara del vestíbulo era aguda e iluminaba todo, incluyendo mi necesidad desesperada de él y la suya de mí.

Nos quitamos la ropa en segundos, sus pantalones y camisa no estaban, mi vestido y ropa interior tampoco. Su presencia me dejó sin aliento, una vez más. Sus tatuajes se extendían sobre su

pecho y bíceps, y era tan fuerte como antes. Se me hizo agua la boca.

—Dios, eres tan preciosa —dijo y me besó de nuevo. Su boca viajó de mi cuello a mis clavículas, y siguió bajando hasta alcanzar mis pezones. Me chupó uno, rodeándolo con su lengua y luego reclamó el otro, gruñendo ante gusto de mi carne.

—Te extrañé tanto, nena —dijo.

—Te quiero Evan —le susurré y metí los dedos en su cabello tirando de él—. Oh, Dios mío, te deseo tanto.

Siguió bajando continuando el camino de besos hasta caer de rodillas frente mí, abrió mis piernas y me probó, metiendo su lengua entre mis pliegues, lamiendo y chupando hasta volverme loca, hasta que ya no pude soportarlo más.

—Por favor, cariño, por favor. Te quiero dentro de mí.

—No tengo condón —dijo, haciendo una mueca de dolor—. Carajo, no pensé que esta noche terminaría de esta manera.

—No me importa —respondí.

Los ojos de Evan se abrieron de par en par.

—¿Qué?

—Te quiero crudo dentro de mí. Piel contra piel.

Y era verdad. No me importaba si quedaba embarazada, al contrario, sería mucho mejor. Este hombre era todo lo que quería, y sí, tal vez era rápido, tal vez era una locura pensar de esta manera, pero él sería mío para siempre.

—He querido hacer esto contigo desde la primera noche, Audrey.

Me acosté en el suelo, y me abrí para él. Evan estaba de rodillas entre mis piernas, se inclinó y presionó su glánde en mi entrada.

—¿Estás lista para esto?

—Estoy lista para todo contigo —respondí.

Entró en mí en un movimiento rápido, sellando así la conexión entre nosotros. Ya éramos parte el uno del otro, y me llevó a niveles de placer que nunca antes había alcanzado, gimiendo, jadeando, acariciándolo, y él se descargó dentro mí, mordiéndome el cuello mientras lo hacía.

Era Evan.

Mi futuro, mi todo, y por primera vez en mi vida, no quería dejarlo ir. Porque, esta vez, todo tenía sentido.

EPÍLOGO

Evan

Me senté en la mesa frente a mi hermosa esposa, era nuestro quinto aniversario, junto a ella estaba nuestra pequeña hija de cuatro años de edad. Sonreí al verlas, ¿Cómo no iba a hacerlo? Esto era todo lo que no sabía que quería. Una familia feliz, una esposa hermosa.

—¡Qué rico! —dijo Sara, tomando otro rollo de primavera del plato frente a ella. Lo masticó y sonrió—. Es delicioso, papá.

—Me alegra que te guste, cariño.

Vivíamos juntos en Nantucket, en la casa de dos pisos cerca de Lighthouse Beach, y nuestra felicidad.

Excepto que algo no estaba bien del todo. Audrey había estado muy callada toda la noche, durante toda la semana pasada, de hecho, y mientras nos sentábamos y comíamos nuestra comida china a la luz de las velas.

—¿Audrey? —le pregunté.

Levantó la vista, metiendo sus palillos en la comida.

—¿Sí?

—¿Cómo estás hoy, preciosa? ¿Un día duro en el trabajo?

—Sí, se podría decir que sí.

—Mamá está triste — dijo Sara.

—Oh no, cariño —contestó ella y se acercó más a nuestra hija. La besó en la mejilla y le acomodó un mechón de su cabello tras la oreja—. Mami siempre es feliz cuando está con su familia.

La comida terminó en relativa calma, con Sara como foco de nuestra atención mientras nos entretenía con sus cuentos infantiles de lo que había sucedido hoy en su colegio, donde hablaba y hablaba a medias. Después, Audrey cargó a Sara y la llevó arriba para bañarla y dormirle.

Me ocupé de los platos, sonriendo mientras los lavaba. Esta era la vida que nunca había querido, pero era exactamente la que me correspondía. Nada me hacía más feliz que esto. Estar ahí para mi familia. Terminé de limpiar y fui hasta la habitación de Sara para darle las buenas noches a mi preciosa chica.

Audrey le leía una historia. Me senté a su lado a escuchar sobre “El gato con sombrero”, me

sabía sus diálogos de memoria, ya lo había escuchado cincuenta millones de veces antes, era su favorito. Al terminar el cuento me levanté y le di un beso en la frente a mi hija.

—Duerme bien, cariño —dije y salí de la habitación con la mano en la espalda de Audrey.

Encendí la luz del pasillo y luego caminé con mi esposa hasta nuestro dormitorio. Audrey se alejó de mí y se sentó en el borde de la cama. Se cruzó de brazos sobre el pecho y se mecía de un lado a otro.

—¿Qué está pasando? —le pregunté—. Es nuestro aniversario y estás actuando como una loca, Audrey.

—Tengo algo que decirte —dijo ella, palideciendo ahora, apretando una mano contra su boca—. Me siento mal. Oh, Dios.

—Audrey, ¿qué pasa? —Mi mente voló hacia todas las posibilidades, desde que Ciara escapó de la cárcel hasta que algo pasó en su trabajo o su madre estaba enferma—. ¿Audrey?

—Estoy embarazada —dijo desde detrás de su mano—. Ugh, lo siento. Ya era demasiado con las náuseas matutinas. Ahora son nocturnas. Esa comida china no me sentó bien.

—¿Embarazada?

—Sí, embarazada —dijo ella y dejó caer su mano—. Me enteré ayer. No estaba segura de cómo lo tomarías. Sé que esto no era parte del plan.

—¿Qué plan? —le pregunté—. ¿El plan de tener una familia feliz? Eso es exactamente parte del plan.

—Sí, pero tú querías ir a ese viaje familiar en diciembre, y yo estaré en mi tercer trimestre para ese entonces, no podré volar a las Seychelles contigo.

Me reí de lo linda que era por considerar eso y levanté ambas manos, sosteniéndolas a modo de balanza.

—Hmm, ¿vacaciones familiares o un bebé precioso? Nuestro bebé. ¿Qué crees que preferiría?

—¿Estás contento? —preguntó y exhaló lentamente—. ¿Estás contento con esto? No estaba segura de que estuvieras listo para eso después de Sara.

Sara había sido una bebé difícil, había sufrido de cólicos y había tenido dificultades para dormir sin Audrey a su lado y sin amamantar.

—Cariño, estoy listo al cien por cien para tener otro bebé contigo. Estoy muy contento.

—¿Lo prometes? —Se levantó de la cama, con lágrimas en los ojos. Se las limpió—. Ugh, lo siento, estoy muy sensible estos días. Ni siquiera puedo evitarlo.

La rodeé con mis brazos y besé su mejilla, sentí su corazón latir contra mi pecho, le quité el cabello de la cara y la besé suavemente en los labios.

—Eres mi mundo, y no hay nada que me haga más feliz que estar contigo para siempre, y eso incluye tener bebés contigo.

—Te amo —dijo ella y me besó, frotando su nariz contra la mía—. Gracias por ser tan increíble.

—Cinco años juntos —respondí—. Casados, al menos. No puedo esperar a pasar el resto de

mi vida contigo. Ahora, por qué no te acuestas en la cama para demostrarte lo feliz que estoy hoy.

Audrey se rio y jugó con los pelos de mi pecho.

—Me parece una idea genial.

Nos acostamos juntos, conectándonos de nuevo, ya había perdido la cuenta de eso. Ella tenía mi corazón y yo tenía el suyo, y así seguiría siendo, por el resto de nuestras vidas. Sin importar los desafíos que enfrentáramos, lo lograríamos juntos.